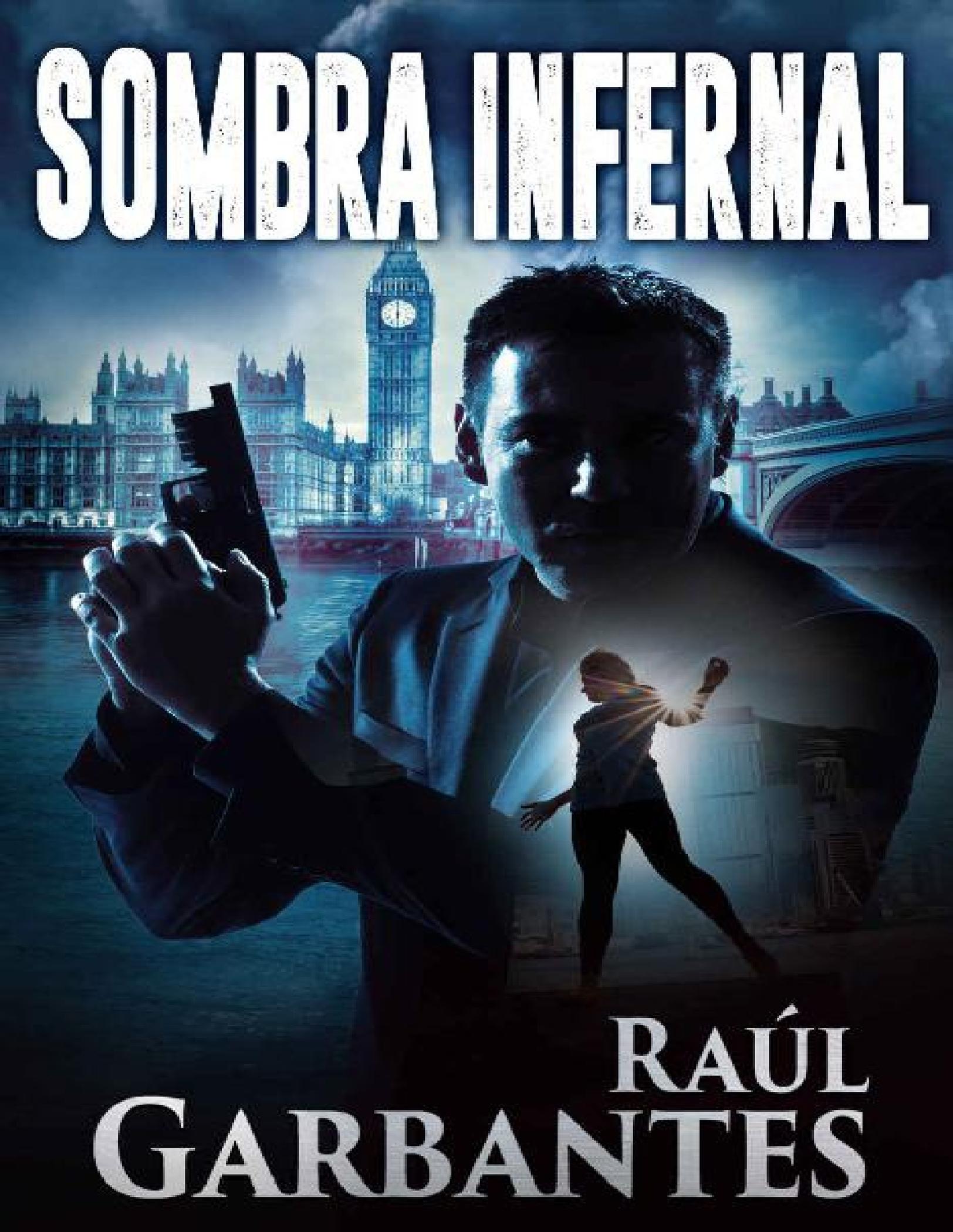


SOMBRA INFERNAL

A movie poster for 'Sombra Infernal' featuring Raúl Garbantes. The main image shows a man in a dark suit holding a handgun, with a ghostly figure of a woman appearing inside his chest. The background is a dark, blue-tinted view of London, featuring the Big Ben clock tower and the Houses of Parliament. The overall mood is dark and mysterious.

RAÚL
GARBANTES

SOMBRA INFERNAL

Raúl Garbantes

Amazon Kindle Edition

Copyright © 2018 Raúl Garbantes

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

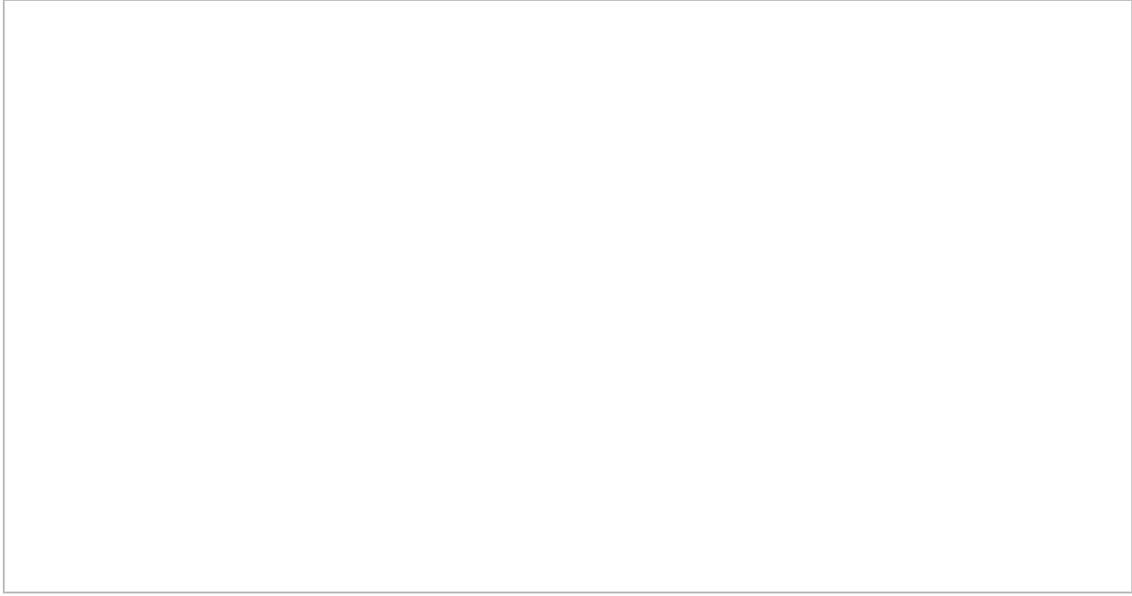
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Consultores de publicación y marketing

Lama Jabr y José Higa

Sídney, Australia

www.autopublicamos.com



Suscríbese a nuestra lista de correo para obtener una copia gratis de “La Caída de una Diva” y mantenerlo informado sobre noticias y futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Haga clic [AQUI](#)

Últimas publicaciones del autor:

Colección Dorada de Misterio y Suspense (10 novelas)



Disponible en Amazon:

[Internacional](#)

[España](#)

[México](#)

Contenido

[Capítulo 1: Una sorpresa brutal](#)

[Capítulo 2: Preguntas](#)

[Capítulo 3: Visitando a Brooks](#)

[Capítulo 4: Un mensaje arrojado a la oscuridad](#)

[Capítulo 5: Decisión](#)

[Capítulo 6: El diputado Aldridge se enfrenta a un ciudadano furioso](#)

[Capítulo 7: Michael Cullen recibe la llamada de un viejo amigo](#)

[Capítulo 8: Febril amanecer](#)

[Capítulo 9: Un día extraño para Brooks](#)

[Capítulo 10: Un viaje poco habitual](#)

[Capítulo 11: Ninjas y samuráis](#)

[Capítulo 12: Agradable reencuentro, inquietantes circunstancias](#)

[Capítulo 13: Un arma en forma de hombre](#)

[Capítulo 14: El plan](#)

[Capítulo 15: Brooks recibe una llamada incómoda](#)

[Capítulo 16: Una transacción comercial y un disparo preciso](#)

[Capítulo 17: El detective Archer subestima su importancia](#)

[Capítulo 18: Inicia la guerra](#)

[Capítulo 19: Conversaciones](#)

[Capítulo 20: Un momento de calma a la espera de la tempestad](#)

[Capítulo 21: Una furtiva aparición que echa sal en la herida](#)

[Capítulo 22: Un insomnio infestado de recuerdos](#)

[Capítulo 23: Baráth hace valer la influencia de sus amigos](#)

[Capítulo 24: Las mujeres y los planes](#)

[Capítulo 25: La voz inhumana](#)

[Capítulo 26: Una mala noche para Neil Farrel](#)

[Capítulo 27: Un plan a la manera de Thomas Tanner](#)

[Capítulo 28: Postales de viaje](#)

[Capítulo 29: A la hora señalada](#)

[Capítulo 30: La culpa y el martirio](#)

[Capítulo 31: Abre los ojos](#)

[Capítulo 32: Vuelta a casa, entrada al infierno](#)

[Capítulo 33: Una sorpresa](#)

[Epílogo](#)

[Notas del autor](#)

[Otras obras del autor](#)

Capítulo 1: Una sorpresa brutal

En ese momento, mientras caminaba junto con Sandra, a Thomas Tanner la niebla de Londres se le antojaba un sol primaveral. Recién regresaban de cenar y beber unas copas, y él hubiera querido decirle:

—Sandra, la verdad es que te mentí. Yo no trabajo en una oficina, soy un mercenario, robo y mato por dinero. Pero ahora te conocí y quiero retirarme. Quiero comenzar una vida nueva contigo.

Por supuesto que Tanner no iba a pronunciar en voz alta una confesión tan temeraria y tan cursi. Pero el mero hecho de que se le pasara por la cabeza resultaba preocupante. ¿Se había ablandado? ¿Estaba viejo?

O quizá debería haberse negado, un par de horas atrás, a ordenar esa última botella de vino.

—Tienes cara de borracho, William—le dijo Sandra con una sonrisa entre tierna y maliciosa. William era el nombre que él usaba en Inglaterra para sus escasas relaciones no profesionales.

—Para nada—dijo «William»—: nunca estuve menos perdido que en este momento.

«Cállate», se ordenó mentalmente. Intentó volver a la frialdad habitual: mostrar una fingida ternura sin abandonar una íntima indolencia, igual que cuando seducía mujeres para cumplir algún trabajo.

Claro que esto no era igual, ni siquiera parecido.

—¿Y yo te ayudé a *encontrarte*? —le preguntó Sandra.

Él se limitó a sonreír y cambió de tema.

Ya en el departamento de Sandra, Tanner se derrumbó sobre el colchón. Su profesión lo había acostumbrado a un perpetuo estado de alerta, pero ahora se dejaba llevar. No se sentía tan relajado desde los tiempos en que se dedicaba

a oficios no penados por la ley. Y así cayó dormido, sin darse cuenta

Un roce lo despertó. Dirigió la mano al bolsillo, tanteo la nada, y comprendió que en ese momento no llevaba arma ni pantalones. Recordó que estaba en la cama de Sandra. Y la vio a ella, que acababa de levantarse y caminaba hacia el baño. Una hermosa silueta negra deslizándose en la penumbra.

Sandra lo habría golpeado, sin querer, al levantarse. Un hombre común hubiera seguido durmiendo, y mucho más después de una cena con alcohol, pero Tanner despertó ante ese estímulo mínimo. Le dolía la cabeza y percibía la habitación como una difusa mancha movediza. Sin el arma, se sentía vulnerable. Gajes del oficio.

La preciosa silueta de Sandra acababa de salir del baño y ahora se recortaba contra la tenue luz de luna que penetraba por el ventanal.

A veces estos asuntos son más superficiales de lo que suponen, o fingen suponer, poetas y filósofos. A veces los provoca y a la vez los sintetiza una simple imagen, una postal viviente que promete unas vacaciones eternas. Y así, cuando Tanner vio a Sandra deslizándose hacia el baño, cubierta por una luz espectral, supo que la amaba sin remedio y que estaba perdido por ella.

Y quizá por eso tardó un segundo más de lo habitual en advertir que la luz del ventanal se intensificaba, y que un ruido monótono y creciente llegaba desde afuera y expandía su eco por la habitación. Y distinguió un punto rosa en la oscuridad, una luciérnaga redonda y demoníaca flotando en el abdomen de ella.

Entendió que el ruido de afuera provenía de una hélice.

Un helicóptero apuntaba su mira infrarroja contra esa mujer a la que él amaba.

—¡Al suelo! —alcanzó a decirle Tanner.

Pero ni siquiera pudo oírse a sí mismo: el timbre de su voz sucumbió ante

el martilleo estrepitoso de los disparos. Entre los vidrios que estallaban, Sandra se retorció, su cuerpo mantenía la horizontalidad merced a la brutal inercia de los proyectiles, flotaba en una bruma de humo y de sangre.

Impotente como nunca, Tanner se lanzó al suelo y reptó hasta debajo de la cama.

Los disparos seguían. Una ráfaga demencial, interminable. El atacante quería asegurarse de arrasar con el departamento entero. O, mejor dicho, con sus ocupantes.

Y, en el caso de Sandra, sin dudas lo habría logrado.

Tanner apretó el puño y las mandíbulas. En ese momento nada podía hacer.

A través del espacio entre la base de la cama y el suelo distinguió, iluminado por la lejana luz del helicóptero, el cuerpo tendido de su amante.

Al fin la balacera terminó. Tanner no se movió hasta que el ruido de las hélices se diluyó en la lejanía. Salió de debajo de la cama y caminó hacia el interruptor de luz. Ningún disparo le había acertado a la lámpara. El cuarto se iluminó.

Un huracán no hubiese causado más destrucción en ese departamento, devenido en un rompecabezas desparramado. Pedazos de madera, que solían formar parte de la mesilla, se mezclaban con incontables restos de vidrio. Al esqueleto roto de la biblioteca lo rodeaban libros mutilados y volutas de humo.

Pero nada era más terrible que contemplar ese bulto sanguinolento, irreconocible, que alguna vez fue Sandra.

Tanner se lo prometió a ella, y también a sí mismo: el culpable de esto lo pagaría muy caro.

Ya oía, en el resto del edificio, el rumor de los escandalizados vecinos. En breve llegarían los de Scotland Yard.

Debía salir de ahí. Él no era un hombre muy dado a que lo investigaran.

Cogió del suelo los pantalones y la camisa que anoche, borracho, habría arrojado al aire sin siquiera pensar en dónde aterrizarían. Estaban sucios de polvo, pero no era momento de preocuparse por la elegancia.

No necesitó buscar la llave: los tiros destrozaron la puerta a tal punto que, arrancando algunas partes, lograron hacer un agujero lo suficientemente grande como para salir.

Una mujer rubia y gorda lo miraba con la boca abierta, asomada a la puerta del departamento de enfrente.

—En la próxima reunión de propietarios podrá quejarse de los ruidos molestos, señora—dijo Tanner—. Por cierto, le recomiendo olvidarse de mí. Si usted se atreve a describir mi cara le prometo que la verá de nuevo. Y será lo último que vea.

La mujer no podía abrir los ojos y la boca más de lo que ya los tenía abiertos, pero se puso a temblar.

—Necesito que me preste la llave de la puerta principal del edificio—volvió a decir Tanner—. No pretendo dañar a nadie. Saldré de aquí y le dejaré la llave apoyada sobre el buzón de afuera.

Inmóvil y callada, la mujer asintió.

—Apúrese.

La insistencia de Tanner pareció arrancar a la rubia de su parálisis. Se metió al departamento sin cerrar la puerta. Él se acercó para vigilar que no hiciese nada raro. Pero evidentemente ella solo quería sacarse el problema de encima. Le entregó la llave.

—Gracias, señora. Disculpe mi brusquedad.

Tanner usó las escaleras. En la planta baja el portero conversaba con algunos nerviosos ocupantes del edificio. Por fortuna, aún no había rastros de la policía.

Caminó hacia la puerta sin apuro, sin esconderse, sin mirar a nadie. Después de salir limpió la llave con un pañuelo. La dejó apoyada sobre el buzón.

Capítulo 2: Preguntas

En su departamento, y durante la tarde del día siguiente, Tanner meditaba sobre lo sucedido. No era un hombre que tuviese tiempo ni aptitud para llorar, pero sí podía formularse preguntas.

¿Quién lo quería muerto?

Lo atormentaba esa duda, insistente y feroz como la ametralladora que se había llevado la vida de Sandra.

Alguien buscaba sacarlo del juego, y aquella que ya nunca sería *su mujer* sí había sido la azarosa víctima de un ataque que no iba dirigido a ella. Un *daño colateral*, según el burocrático eufemismo al que apelan los ejércitos a la hora de redactar informes sobre sus batallas.

Sandra pagó una cuenta que no le correspondía. Como si el destino hubiera querido decirle a Tanner: nunca escaparás de la sordidez y la violencia, ni serás feliz con una mujer.

Ya no podía negárselo: de un tiempo a esta parte, él no era el mismo. Su cuerpo y su mente ya no le respondían igual que antes.

Quizá la fase más evidente de su declive había iniciado en Birmingham, hacía ya más de un año y medio. Recordaba con amargura aquel trabajo. El objetivo era un policía corrupto, un pobre diablo que se quedó con un dinero que no le correspondía. Tanner se encargó de recuperar el dinero y castigar al infractor. Pero algo muy desagradable había sucedido en el medio. Un niño. Un inocente niño de unos ocho o nueve años que por esas crueldades del azar apareció en el peor lugar y en el peor momento. Un niño y una bala de Tanner. Y la cabeza del niño explotando como un globo de sangre y sesos.

Gajes del oficio, se había dicho Tanner. Los accidentes le ocurrían

incluso a los mejores. Llevaba más de dos décadas trabajando para políticos, policías y criminales —si es que no eran todos más o menos lo mismo—. Ejecutaba las tareas de las que ellos no podían o no querían encargarse en persona. Siempre fue un silencioso y eficaz depredador. Aunque desde aquel accidente tan horrible, Tanner sentía que habían mermado sus capacidades. No porque ningún cliente le hubiera reprochado alguna falla: él cumplió varios encargos después de aquel, y sin inconvenientes. La sensación de vulnerabilidad la sentía él dentro de sí. Y mucho más ahora que había dejado morir a Sandra...

A ella la conoció durante ese extraño momento de su vida, cuando la imagen de esa muerte infantil lo llevó a considerar la posibilidad de terminar su carrera. Después de tantos años contaba con capital suficiente para poner un negocio o invertir en negocios ajenos, lavar sus ganancias y disfrutar del dinero acumulado. Tanner tenía cuarenta y seis años. ¿Cuánto más podía exigirle a su cuerpo? Por no hablar de la erosión mental que implicaba un oficio como el suyo.

Y Sandra se había acercado a él como un guiño de la suerte. Fue una noche de sábado en que Tanner se tomaba unas pintas en el The Butcher's Hook, rodeado por seguidores del Chelsea y borrachos de diferente calaña. También visitaban el lugar algunas mujeres atractivas, y una de ellas le hizo un comentario «casual» a Tanner mientras él bebía en la barra.

—Me da curiosidad—le dijo Sandra sentada al lado de él y llevándose a los labios su propia copa—la historia de esa cicatriz.

Tanner, obnubilado por la sorpresa —y por la belleza—, tardó en comprender que ella se refería a los restos visibles de un tajo en su frente, cicatrizado hacía ya más de una década.

—Un accidente jugando al fútbol—mintió, lacónico, Tanner. En realidad, la cicatriz era el recuerdo de una puñalada que le había pasado demasiado

cerca.

Acostumbrado a la soledad, a Tanner no le fue fácil seguir la conversación. Sin embargo, esa belleza desconocida y radiante lo ayudaba, proponiendo temas y riéndose hasta de sus chistes malos. Los síntomas típicos en una mujer atraída por un hombre.

Terminaron la noche en el departamento de ella. Compartieron la misma cama bajo la que, tiempo después, Tanner se cubriría de una interminable ráfaga de disparos. Pero esa noche no hubo disparos, balas ni muerte; no hubo más batalla que la de los cuerpos desnudos.

A partir de ese momento, y ya iniciada entre ellos una relación tan informal como intensa, a Tanner lo acecharían sentimientos ambiguos. Por un lado, la sospecha de que él podía formar una familia, ser un hombre normal con un trabajo normal y una esposa normal. Por otra parte, percibía una nube negra siguiéndolo, quizá por esa paranoia inherente a su profesión. Parecía demasiado bueno para ser cierto.

Y anoche, al fin, la nube negra desató sobre Sandra y él una tormenta de balas.

Tanner no había olvidado su juramento. Descubriría al autor del atentado y lo obligaría a pagar.

¿Quién poseía los recursos para organizar un ataque como ese y, a la vez, conocía la verdadera identidad de Tanner?

En toda Inglaterra un único hombre reunía esas dos condiciones: Edmund Brooks.

Brooks percibía un porcentaje de cada asalto a un banco o una gran empresa, y también del comercio de drogas. Era lo más parecido a un capo de la mafia que uno podía encontrar en Londres. Aunque más valía no encontrárselo.

Pero Brooks no tenía motivos para matar a Tanner. De hecho, él había

realizado varios encargos para su organización.

De todos modos iría a preguntarle.

Sería esa misma noche. Aunque más lo haría porque no soportaba quedarse allí, sometido a un encierro inútil, pensando en esa boca que no volvería a besar nunca más.

Capítulo 3: Visitando a Brooks

Tanner decidió ir en taxi hacia lo de Brooks. La tarde arañaba el crepúsculo y el cielo ya se manchaba de oscuridad. La noche era aliada de Tanner, aunque también podría serlo de quien pretendiera asesinarlo.

La noche, con su nombre de mujer, no le era fiel a nadie. Eso solía decir Tanner de la noche, y de las mujeres, antes de conocer a Sandra.

Brooks residía, muy cómodo y muy a gusto, en la decente opulencia del barrio de Knightsbridge. Tanner se bajó a una cuadra de su destino y caminó hasta la puerta de la lujosa casa. Brooks no se ocultaba del público, que lo conocía como un hombre envuelto en negocios legales. Muchos suponían que esos negocios justificaban los ingresos de actividades turbias. Pero solo quienes contactaban directamente con él, como Tanner, sabían hasta qué punto Brooks manejaba el crimen organizado.

En el exterior de la casa de Brooks no lo esperaba una jauría de rottweilers hambrientos ni un contingente de guardias armados, apenas el ojo circular de una cámara web observando la puerta de entrada. Más allá de una verja circular había un jardín enorme.

Tocó el timbre.

Una voz, diferente a la de Brooks, respondió por el telefonillo:

—El señor Brooks no puede atenderlo en este momento, señor Tanner.

—Dígale que es urgente. —Él ya esperaba una bienvenida así.

—No va a ser posible, señor.

—Dígale que tendrá que ser posible.

Tras otro poco de forcejeo verbal convenció al empleado para que insistiese a Brooks. Minutos después un gorila de traje salió a abrirle la

puerta. Caminaba con lentitud y cara de pocos amigos la distancia que mediaba entre la puerta que conducía al jardín, donde esperaba Tanner, y la puerta que conducía hacia el interior de la casa.

Al fin frente a él, el gorilale abrió y lo invitó a pasar con un gesto desganado y silencioso.

Ahora fue Tanner quien recorrió el jardín junto con el gorila. Traspasaron la puerta principal y un amplio salón. Colgaban en las impecables y extensas paredes blancas cuadros de los que Tanner sabía más bien poco, pero supuso eran carísimos.

Al fondo de ese corredor, detrás de un amplio escritorio de roble, lo esperaban el arrugado rostro de Brooks y su sarcástica sonrisa.

—Qué impaciencia, mi estimado Tanner—le dijo y lo invitó a tomar asiento. —¿Acaso no respeta usted mis ocupaciones?

—Sí, ya veo que se encontraba muy ocupado—repuso Tanner, continuando la ironía. Brooks vestía una bata de dormir, color rojo brillante. Gustaba llevar ese tipo de prendas, que lucen ridículas si uno no es rico.

—Iré al grano, señor Brooks—dijo Tanner—. No quiero perder mi tiempo ni que usted pierda el suyo.

—Hable, entonces.

El gorila trajeado se había quedado de pie a un costado de la habitación. Detrás de él había una escultura negra de más o menos medio metro de altura. Tanner sabía tanto de esculturas como de cuadros, lo que no le impidió volver a suponer que se trataría de alguna obra muy cara.

A Tanner, no obstante, le importaba muy poco la decoración de Brooks. Habló:

—El sábado en la noche un helicóptero destrozó a tiros el departamento de mi amante. Yo dormía con ella.

—Considerando que usted está aquí, aparentemente vivo, yo diría que es un hombre de mucha fortuna.

—Yo sí, pero ella no. —Tanner intentaba ocultar la furia que le inflamaba las venas—. Si alguien sabe algo de esto, ese es usted.

Brooks se arrellanó en la butaca. Se mantuvo en silencio con los dedos entrelazados.

—Imagino que usted pensó que yo podría estar detrás de ese ataque —dijo al fin.

Tanner asintió.

—Pero después entendió que yo carecía de motivos para hacerlo.

Tanner volvió a asentir.

—Aunque nunca podría estar cien por ciento seguro de eso. Y, aun así, vino a verme.

Esta vez Tanner permitió que su silencio asintiera por él.

—Más allá de su comprensible inquietud por averiguar quién intentó matarlo, es claro que usted quería mucho a esa chica. —Brooks abandonó su tono irónico—. Lo lamento mucho.

—Gracias, señor Brooks.

—Y lamento no poder orientarlo respecto a la identidad del culpable.

—¿En verdad no tiene idea?

—No, ninguna idea. Como imaginaré, ya me había enterado del ataque, y puedo asegurarle que no fue mi gente. Ellos saben que usted es valioso para mí.

Tanner meditó unos segundos.

—¿Y Corman o Riggs? —indagó.

—No tomarían esa medida sin consultármelo. Además, usted bien sabe que ellos no tienen intereses en Londres. ¿Para qué lo querrían muerto?

—No se me ocurre mucha más gente en este país que sepa quién soy.

Ahora fue Brooks quien meditó en silencio. Se puso de pie.

—Hay otra posibilidad, señor Tanner.

—Lo escucho.

—Un pez muy gordo con muchos contactos. Aldridge...

—¿El diputado?

—Ese mismo.

—Algunos medios lo relacionaron con asuntos de drogas. Todo un ejemplo para nuestra sociedad. ¿Pero por qué él querría...?

—No, no, no se trata de él, sino de una cosa que él me dijo.

Tanner se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, se mostraba ansioso: no podía evitar interrumpir a Brooks antes de que completara su idea. Igual que aquella noche, cuando sentía el impulso de confesarle a Sandra su verdadero nombre y trabajo, intentó calmarse. Y habló de nuevo, ahora en un tono más pausado:

—¿Y qué le dijo Aldridge?

—Me dijo que la Sombra estaba en Londres desde hacía un tiempo indeterminado, y que buscaba a alguien. A él se lo contó un amigo del MI6, y él me preguntó a mí si sabía algo. Obviamente, le dije que no sabía nada.

Tanner se quedó en silencio, analizando la información.

—Usted escuchó hablar de la Sombra, ¿no? —dijo Brooks con el tono de un abuelo que narra al nieto un cuento terrorífico.

—Sí, conozco su leyenda. —contestó Tanner.

Y por supuesto que la conocía. La Sombra, según los rumores, era un asesino profesional del más alto nivel. Se le atribuía la aniquilación de importantes políticos, empresarios y hasta estrellas de cine. La mayoría de esos crímenes se habían publicitado como muertes naturales o azarosas. Con la probable excepción de algunos peces demasiado gordos, nadie conocía su rostro verdadero ni su nacionalidad, el menor rasgo físico ni nada sobre él.

De ahí su mote: era apenas una sombra que condenaba a aquel sobre quien se cernía. Se había convertido en un mito dentro del ámbito del crimen y algunos pensaban que literalmente se trataba de eso: un mito, una figura inexistente a la que se relacionaba con trabajos ejecutados por otros, una criatura tan imaginaria como Drácula o Medusa.

Y había algo más que decir sobre la Sombra. Brooks se lo contaba en ese momento:

—Aunque lo que podríamos llamar la «marca de autor» de la Sombra suele relacionarse con trabajos sutiles que no levantan sospechas, todo indica que no es un hombre reacio a utilizar la violencia más estruendosa si considera que la situación así lo amerita. Por ejemplo, sería capaz de balear desde un helicóptero un departamento ubicado en un piso a gran altura. También es conocido por ser el más indicado no solo para matar a una persona, sino para *destruirla*. Se dice, aunque esto ya me suena demasiado fantasioso, que más de una vez lo han contratado para torturar a su objetivo antes de borrarlo de la faz de la tierra.

—La tortura no es ninguna fantasía —interrumpió Tanner—. Usted lo sabe tan bien, o incluso mucho mejor que yo.

—No me dejó terminar, Tanner. No me refiero a la tortura física vulgar y silvestre, eso de darle al cautivo un poco de electricidad o unos golpes en zonas específicas del cuerpo y mediante variedad de aparatos. Eso es muy divertido, pero lo puede hacer cualquiera.

—¿Y a qué se refiere entonces?

—La Sombra tortura psicológicamente a sus objetivos, incluso durante meses. Más de una vez, y siempre según las leyendas y habladurías, ha provocado que un hombre pierda su trabajo, su familia, sus amigos, sus ganas de vivir... Todo eso porque su cliente le encargó que el objetivo sufriese de la peor manera antes de ser aniquilado.

—Debe poseer una gran cantidad de contactos para conseguir todas esas cosas.

—Sí, sí... —Brooks agitó la mano, como quien ahuyenta una mosca, y puso cara de que aquel asunto sonaba ridículo—. De todos modos no debemos entusiasmarnos tanto con este tipo de inventos. Los criminales suelen tener mucho tiempo libre entre golpe y golpe, y a ellos les gusta inventarse cosas. Y aunque esta Sombra existiera, personalmente pondría en duda que poseyera semejante talento y recursos. Le comenté esto porque no encontraba un verdadero sospechoso.

En efecto, se dijo Tanner, si él decidía creerle a Brooks —y aunque Brooks no fuera precisamente un adicto a la honestidad, en este caso no había razón para no creerle— su único sospechoso era alguien de quien lo ignoraba todo, incluso si en verdad existía.

Menudo misterio. Se necesitaría una legión de Sherlock Holmes para solucionarlo, y Tanner ni siquiera trabajaba como detective. A él se le encargaba una misión y la llevaba a cabo. Punto.

Tras un poco más de charla, que no le aportó ningún dato certero, se despidió de Brooks. El gorila de traje lo acompañó hasta la puerta.

Capítulo 4: Un mensaje arrojado a la oscuridad

Tanner dejó atrás al gorila de traje y la elegante fachada de la casa de Brooks, erguida sobre los cimientos de incontables cadáveres anónimos y con dinero sucio. Tras caminar unos pasos volteó y miró hacia la puerta que le abrieron hacía unos segundos. El gorila ya se había vuelto a meter y a la oscuridad apenas la iluminaban algunos faroles ubicados en el jardín, protegidos por la enorme verja circular.

En un barrio como Knights bridge esa residencia no llamaba en absoluto la atención. En el fondo, se trataba de fortalezas disimuladas bajo el glamur de su construcción y la firma de prestigiosos arquitectos. Los miserables nunca penetrarían esas verjas y esos altos muros. Los criminales tampoco, salvo por los que vivían adentro y los socios a los que se les abría la puerta.

Claro que Tanner era el menos indicado para ponerse a impartir lecciones de moralidad.

Creyó conveniente saltar la primera parada de taxis y caminar hacia la segunda. Necesitaba despejarse un poco y pensar de la mejor manera. Básicamente, debía buscar las respuestas a dos preguntas: ¿Existía la Sombra? Y, en caso de que fuera así, ¿era ese implacable asesino quien andaba detrás de él?

Volvió a decirse, frustrado, que su única pista era un fantasma, los relatos de una leyenda urbana repetida entre criminales. Brooks le había proporcionado el nombre de Aldridge. Eso era lo más concreto que tenía, así que quizá no resultara una mala idea visitarlo. Implicaba un riesgo, desde ya,

pero no se quedaría parado sin hacer nada.

O quizá se precipitaba, se dejaba llevar por la impulsividad de su carácter. No podía contemplar este asunto con objetividad, ya que había una muerte personal en juego, la de Sandra. Y eso sin contar el riesgo en que se hallaba su propia vida.

¿Qué haría si se tratara de un encargo estrictamente profesional?

Esperar órdenes, eso haría. Cumplir con lo que otro le pidiese. Él podía diseñar un plan para matar a alguien, ese era su trabajo y lo ejecutaba a la perfección, o al menos así había sido hasta el incidente con el niño aquel...

Alejó su mente de esos malos recuerdos. Se obligó a ser objetivo, a guiarse por la razón y no por la furia.

Entonces, si bien él era capaz de diseñar un plan concreto destinado a un objetivo concreto, aquello difería en mucho de emprender una investigación partiendo de unos pocos datos. Esa era la especialidad, por ejemplo, de su amigo —su único amigo— Cullen. Quizá debiera llamarlo. Cullen, por más amigo que fuera, no le daría esa gran mano gratis, pero al menos no le cobraría tanto como otros. Para colmo, lo último que se había enterado de Cullen era que estaba residiendo en Irlanda, en Dublín, si no recordaba mal. Era una mudanza motivada, igual que tantas otras veces, por alguna misión.

Decidió que ya era momento de detenerse en la segunda parada de taxis que encontró. Esperó unos minutos, contemplando la ruta desolada. Había una hilera de árboles cerca de él, y una plazoleta detrás. Resultaría necio negar que, fuera de cualquier otra consideración, Knightsbridge era un hermoso barrio.

Le dieron ganas de fumar. Tanner no era un verdadero fumador, de los que arrasasen con una o dos cajetillas por día, pero cada tanto le gustaba consumir los cigarrillos que él mismo armaba. Ese consumo, precisamente por ser ocasional, no perjudicaba demasiado sus pulmones y le ayudaba a

sobrellevar momentos de inquietud y estrés, o a festejar consigo mismo los momentos contrarios: los de alegría.

Aunque la alegría no había abundado en la vida de Tanner, y quizá sus primeros cigarros festivos vinieron con Sandra. Nunca le resultó tan delicioso el tabaco aquel como cuando se armó un cigarrillo tras la primera vez que compartió la cama con ella.

Ahora, por supuesto, no necesitaba fumar por hallarse en un estado de alegría. El silencio y la noche no solían inquietarlo: quien se preocupase por tan poco difícilmente podría ejercer el oficio al que Tanner se dedicaba. Era algo intangible, una insidiosa intuición la que lo punzaba en esos instantes, parado en espera del taxi.

Por otra parte, y a pocas horas de contemplar con lujo de detalles cómo alguien había acribillado a Sandra buscándolo a él, lo raro hubiese sido sentirse seguro.

Oyó el calmo ruido de un motor. Divisó, al fin, un coche que se materializaba ante sus ojos, como vomitado por la oscuridad que le velaba la lejanía de la calle. El chofer manejaba lento. Quizá demasiado lento. Tanner se acercó a la calle para que lo viera y levantó la mano. Poco a poco distinguió el rostro del conductor, cubierto a medias por un sombrero. Vio que el tipo parecía levantar apenas la mirada y después dirigirla hacia abajo. ¿Qué buscaba en la parte inferior del coche?

No, no buscaba nada en el coche, sino algo que llevaba él mismo. Ese movimiento del brazo, leve aunque perceptible, Tanner lo había visto un millón de veces durante su carrera: el de un hombre que saca un arma sin apuro, sabiendo que su objetivo no se espera el ataque.

Corrió un par de metros, en busca de impulso, y se lanzó detrás de los árboles. Por el rabillo del ojo contempló a su atacante, ese sin duda falso chofer de taxi, sacando el brazo armado por la ventanilla.

Pero, ya cubierto tras un ancho tronco, Tanner no oyó el estruendo de un disparo. Tampoco se trataba del sonido de un silenciador. Era diferente....era como una...

Tanner lo comprendió cuando comprobó que el taxi había seguido su camino, y con cautela salió de su escondite. En la acera, cerca de la calle, había un papel enrollado. Hubiese caído justo a sus pies si él, ignorante de las verdaderas intenciones del supuesto taxista, se hubiera quedado en la parada.

Tanner levantó el papel. El ruido que oyó fue causado, sin duda, por esa pistola que él había visto. Pero la oscuridad y la rapidez de la visión le impidieron advertir que no se trataba de un arma de fuego, sino de una pistola de esas que pueden lanzar dardos o tranquilizantes. Tanner lo comprobó al levantar el papel: se dio cuenta de que estaba enrollado no sobre sí mismo, sino sobre un angosto tubo de plástico, que sin duda era lo que en realidad había lanzado la inofensiva arma.

Desenrolló la hoja. Era un mensaje escrito con letras impresas en un burlón color rosa. Decía:

«Lástima que no supiste cuidar a tu mujercita. ¿Sabrás cuidarte tú, gran mercenario? Ya lo veremos».

Capítulo 5: Decisión

Se despertó con un resabio pegajoso y reseco que le dificultó separar los labios. No necesitó levantarse a prender la luz: el sol se inmiscuía por la ventana y caía sobre la mesa de noche. En concreto, iluminaba la botella de Jack Daniel's, el vaso, el cenicero, la pequeña bolsa de tabaco y el correspondiente papel para armar cigarrillos.

Lo incomodaba un ligero dolor de cabeza. Tanner comprendió que había llegado —había *regresado*, mejor dicho— a esa etapa en la que uno no recuerda la cantidad que se bebió la noche anterior. Podría haberla calculado observando qué tan llena estaba la botella y tratando de recordar qué tan llena había estado antes de ayer, pero no le apetecía ponerse a realizar comparaciones. Al fin y al cabo, no cambiaría el hecho de que sentía sobre la nuca el aliento fétido y peligroso del vicio, el mal hábito por el que lo habían echado del MI6. Tanner, a semejanza de la mayoría de los mercenarios, había sido agente del Gobierno hasta que se entusiasmó demasiado con la botella y comenzó a cometer errores. Y el servicio secreto no se caracterizaba por su tolerancia al error.

Por fortuna, y aun despedido, le quedaban los contactos y las habilidades. Abandonó la ingesta de alcohol, y muchos de sus antiguos colegas se acostumbraron a contar con él a la hora de ejecutar tareas de índole personal, o incluso sus antiguos jefes le asignaron encargos extraoficiales, misiones secretas dentro del propio secreto.

Tanner a menudo experimentaba una mezcla de pena y envidia cuando caminaba por la calle, o recurría al transporte público, y se cruzaba con todas esas personas comunes y corrientes que vivían de un trabajo tan normal como

confesable, abrazaban a sus hijos y besaban a sus esposas al llegar a casa, o quizá se despedían de sus amantes nocturnos ante el primer rayo de luz matinal. Gente que ignoraba por completo el modo en que se manejaban las cosas, y más o menos creía en sus gobernantes. Gente que introducía un voto dentro de una urna, y acaso confiaba en esa pequeña cuota de poder ciudadano que acababa de ejercer, y consideraba que entre un candidato y otro existía una verdadera diferencia.

Tanner, a veces, hubiese deseado poseer esa ignorancia. Lástima que la ignorancia no era algo que se pudiera aprender: uno sabía una cosa y la sabía para siempre, y el conocimiento lo carcomía como un cáncer hasta *secarlo* de toda esperanza.

Salvo por un período en particular. Salvo por el tiempo que pasó con Sandra...

Trató de no pensar en ella. Recordarla y extrañarla no la traerían a la vida. Además, ya bastante dispersión arrastraba Tanner durante los últimos meses. Había comenzado a cometer errores en su trabajo, igual que en aquellos últimos tiempos en el MI6.

Había matado a ese chico. Y falló en protegerla *a ella*.

Él no podía darse el lujo de bajar la guardia. Nunca.

Y, sin embargo, se dejó llevar por esa apariencia de normalidad que adquiriría su vida cuando la vivía al lado de Sandra: cuando la besaba, cuando se tomaban una copa y escuchaban *jazz*, o cuando se acostaban y se despertaban después de *no* dormir durante una cantidad de horas tan imposibles de medir, como lo son las horas delirantes que transcurren en los sueños.

Basta de cursilerías, se ordenó a sí mismo. Debía de volver a comportarse como el hombre práctico y eficaz que siempre había sido. De no ser así, la Sombra, o quien demonios lo persiguiera, se cobraría una víctima con

demasiada facilidad.

Tanner se levantó al fin de la cama. Revisó el móvil: ya daban las once y media. Había pasado de largo la alarma de las nueve. Y también pasaría de largo sus ejercicios físicos.

Salió de la habitación. A mitad del pasillo que llevaba a la cocina se topó con el espejo que colgaba en la pared. Podía contemplar allí su cuerpo entero. En ropa interior no hubiese sido capaz de ignorar cierto deterioro en su musculatura. No estaba gordo, pero su abdomen tampoco describía una planicie perfecta; los bíceps se sostenían, aunque los tríceps menguaban; el pecho ostentaba los primeros síntomas de la gravedad y su trabajo incansable. Lo cierto era que Tanner —el cuerpo entero de Tanner— ya se hallaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, y esa terca acumulación de años se dejaba ver en cada milímetro de su carne, en mayor o en menor medida. Y, hablando de medidas, el reciente regreso al *whisky* como costumbre no ayudaba mucho.

Lo asaltó aquel inquietante apodo: la Sombra. ¿Ese sería en verdad su perseguidor? Tanner sentía que la peor amenaza lo acechaba en el peor de los momentos.

Y recordó aquello que le había comentado Brooks respecto a que la Sombra a menudo era contratado para destruir la moral de sus objetivos, sometiéndolos a una prolongada tortura psicológica, antes de liquidarlos en el sentido literal de la palabra.

Sin duda, ese mensaje burlón que le arrojaron anoche concordaba con esas intenciones. El chofer del coche, que probablemente no fuese la Sombra sino algún simple lacayo, nunca quiso dispararle. Desde un primer momento, solo intentaba *humillarlo*.

Y, sin duda, lo había conseguido.

Y quizá, recién ahora se le ocurría la hipótesis, el objetivo había sido

Sandra desde el primer momento. Quien disparó desde el helicóptero no intentó matarlo a él, sino a quien finalmente mató: es decir, a su amante. Lo habían seguido, conocían cada uno de sus movimientos relativamente recientes. Y él, a pesar de su experiencia y oficio, no lo había notado. Y ellos sabían de su relación con Sandra, y sabían que matándola a ella —matándola frente a los ojos de él— minarían su moral. Lo dejarían abatido, como un muñeco con el que jugar hasta que se aburriesen y decidieran lanzarlo al bote de basura.

La carne de Sandra llena de agujeros, sostenida en el aire por una inclemente orgía de balas, era el contundente inicio de la tortura mental a la que planeaban someterlo. Y con ese papel habían querido, además de echarle sal en la herida, comunicarle que la pesadilla apenas acababa de empezar.

Debió de haberse dado cuenta antes, en el mismo momento en que leyó aquel papel. En lugar de razonar aquello, se concentró en sus deseos —por no decir su *necesidad*— de humedecer el mal momento con unos tragos fuertes.

Al menos, se consolaba Tanner, sus capacidades intelectuales todavía bastaban para advertir una conducta extraña, como la de ese falso chofer de taxi. Hizo bien en guarecerse tras el árbol. Cualquiera hubiese supuesto que el tipo sacaría un arma de fuego, no una bengala.

Era ridículo. El asunto se le hubiese antojado hasta gracioso de haberle sucedido a otro y no a él.

Hoy se dedicaría a efectuar algunas averiguaciones, y mañana visitaría al diputado Aldridge. Ya no le preocupaba ningún riesgo.

No se la pondría fácil a la Sombra. Ni a su contratante, quien quiera que fuera.

Hasta ahora lo habían tomado por sorpresa. Pero ya estaba prevenido. A partir de ahora, Tanner los estaría esperando.

Les mostraría a sus enemigos que, viejo o no, él todavía sabía cómo jugar

duro.

Capítulo 6: El diputado Aldridge se enfrenta a un ciudadano furioso

A Tanner no le demandó mucho tiempo ni esfuerzo enterarse de que Aldridge vivía en Hyde Park. Ni siquiera debió de llamar a un contacto: le bastó una búsqueda en Google.

Por primera vez relacionó aquello de «Hyde» con el doble siniestro del Dr. Jekyll de la famosa novela de Stevenson. Vivir en un barrio que recordaba a la historia de un hombre de comportamiento muy civilizado en público, y a quien sus pares consideraban un ciudadano ejemplar, y que sin embargo ocultaba un mortífero rostro atroz: un destino muy adecuado para la clase política. Una clase formada por sujetos del estilo de Aldridge, que primero besaban a los niños frente a las cámaras y después, en privado, trataban con delincuentes y hasta contrataban a mercenarios. Por ejemplo, al mismo Tanner.

O, quizá, a la Sombra.

Ya había anochecido del todo. Desde el crepúsculo, él espiaba y acechaba al diputado a una distancia prudencial de su lujosa vivienda. Aquella casa, o quizá habría que decir aquel castillo, debía de costar al menos unos cincuenta millones de libras. Tal vez era mucho más: en realidad, tales cifras ya perdían sentido en la mente de Tanner y se volvían imposibles de estimar. En comparación al bellísimo monstruo que se había agenciado Aldridge —fortaleza de sangre azul, cuya modernidad no acallaba sus ecos feudales—, la fachada de Brooks quedaba reducida al nivel de un asentamiento tribal.

Otra diferencia con la casa de Brooks era que, esta vez, Tanner no debería

superar un extenso jardín antes de enfrentarse a la puerta principal. Apenas unos metros, cubiertos con césped más bien decorativo, separaban la verja exterior de los muros de la propiedad. La verja tampoco poseía una gran altura.

Tanner había llevado los prismáticos. Se trepó a un árbol dos veces, en el lapso de una hora, y logró comprobar que un único vigilante custodiaba la puerta. El vigilante había cambiado de rostro entre un avistamiento y otro, y él no vio a nadie salir, por lo que el cambio de turno era en realidad un cambio de posición. Uno de esos hombres permanecía dentro de la casa, el otro, afuera. Así que, como mínimo, había dos. Aunque seguro contaría con más.

La ventaja con los políticos era que, por lo general, ni ellos ni la seguridad esperaban realmente que los atacasen. Ciertamente, la guardia oficial estaba allí, cumplía con sus labores y ejecutaba sus chequeos de rutina. Pero en el fondo —y salvo en situaciones muy especiales— creían que el mero cargo resultaba suficiente protección. La política ya no resolvía las cosas a los tiros, y mucho menos la política inglesa. Eso se lo dejaban a la mafia siciliana. En lugar de balas o matones, ellos apelaban a operaciones de prensa, sobornos, traiciones y alianzas espurias.

Tanner se alegró por aquello: siempre resultaba una ventaja que el objetivo se creyese inmune.

Al fin, decidió que ya era hora.

Enfundado en un traje bastante ceñido, cargando apenas una pequeña mochila y con el rostro cubierto con un pasamontañas, todo de color negro, Tanner se lanzó en carrera hacia uno de los extremos exteriores del largo muro que bordeaba ese castillo. Apoyó la espalda contra la pared y rápidamente sacó uno de sus mortales juguetes del cinturón de ataque que llevaba puesto. Este sería un ataque directo, astuto, inmisericorde, al mejor

estilo de los antiguos *ninjas*.

Lanzó el «juguete» hacia el otro lado del muro: una bomba de humo que desataría una neblina oscura, mucho más impenetrable y densa que la producida por motivos naturales, incluso tratándose de Londres.

Apenas oyó el silbido del gas al estallar contra el suelo, Tanner saltó el muro con agilidad de pantera. Se felicitó por sus cuarenta y seis años tan bien llevados mientras corría hacia el desconcertado vigilante, que vacilaba entre sacar su arma y cubrirse los ojos, seguramente irritados. Al final su profesionalismo le ganó a su reacción instintiva y el tipo sacó el arma, pero Tanner ya estaba encima de él. Con una patada en la mano le obligó a soltar el revólver antes de que pudiera siquiera intentar apuntarle a ese enemigo, que acaso no había logrado ver. Él, no obstante, se encargó de que sí lo sintiera y le aplicó un puñetazo en la mandíbula. Más allá del trabajo, Tanner experimentó cierto placer al percibir la dureza de ese rostro ajeno devastada por sus nudillos: durante los últimos días había necesitado golpear a alguien. Otros preferían la seguridad de asistir a terapia o charlar con amigos. Él se había acostumbrado a hacer catarsis por otros medios.

Forzó la puerta y la abrió de par en par. Un novato hubiese entrado sin pensarlo ni un segundo, guiado por su propio ímpetu. Pero Tanner no era un novato y se corrió a un costado de la puerta, dejando que el disparo que vino desde adentro, y lo buscaba a él, se perdiera entre la perdurable neblina negra.

Hubo varios balazos más. El guardia tiraba a lo loco, mientras bramaba amenazas e insultos. Cuando le llegó la inevitable hora de recargar, Tanner corrió hacia el interior de la casa. El guardia ya levantaba la pistola recién cargada con intención de apuntarle, pero él lo durmió con otro puñetazo certero.

De un vistazo percibió que en esa planta había una cocina y un amplio dormitorio. Oyó unos leves ruidos de desplazamiento, relativamente lejanos.

Contempló una escalera a un par de metros de él.

Aldridge estaba arriba.

Tanner volvió a correr a toda velocidad, esta vez subiendo los escalones.

Aldridge, si era la clase de hombre que algunos medios sugerían, no lo esperaría con las manos desnudas. Tanner sacó del cinturón un pequeño cuchillo, su versión moderna y occidental de una estrella *ninja*.

Pateó la primera puerta que se le cruzó y tuvo la fortuna de encontrar al diputado de pie, detrás de su escritorio y, tal como él se lo esperaba, con el rostro atemorizado, pero aun así apuntando con su arma.

Tanner le lanzó el cuchillo, y acertó.

Claro que no había apuntado a Aldridge, sino a un cuadro colgado en la pared, muy cerca de la cabeza del dueño de ese enorme despacho. El diputado reaccionó del modo que Tanner había previsto, el mismo modo en que hubiese reaccionado cualquier persona no entrenada en los menesteres del combate: miró el cuchillo, desconcertado, víctima de una nueva dosis de miedo que era una lluvia sobre el mojado piso. Tanner aprovechó ese desconcierto para cubrir los pocos metros que los separaban a ambos y cogió la muñeca de Aldridge. Presionó en un punto en extremo doloroso y lo forzó a soltar el arma, además de arrancarle una mueca de horror.

Tanner levantó el arma y la apuntó hacia Aldridge, que ya no parecía tan poderoso. En su dilatada carrera, él había conocido muy pocos hombres que pudieran seguir luciendo poderosos en una situación así.

—Siéntese, señor diputado—dijo Tanner con una impostada aspereza en la voz: no tanto por intimidar aún más a su objetivo sino para evitar que, llegado el caso, pudiese reconocerla en el futuro—. Le pido que me disculpe la rudeza, pero necesitaba hablar con usted.

Aldridge se sentó detrás del escritorio, en una gruesa y exquisita silla de roble.

—Me hubiese pedido una cita.

—Con mucho gusto hubiera optado por ese procedimiento mucho más noble. Pero dudo que usted, más allá de sus ideales democráticos, hubiese accedido a verme.

Aldridge esbozó una media sonrisa. Tanner advirtió que aquel hombre, muy poco habituado a las situaciones de inferioridad, recobraba su entereza. De seguro lo había tranquilizado darse cuenta de que aquel intruso con pasamontañas no pretendía matarlo, o al menos no sin antes conversar con él. En el campo de la negociación, Aldridge debía de sentirse mucho más a gusto que en la confrontación física.

—Ya tiene su cita—dijo el diputado. Era enjuto, alto, sin dudas más cerca de los setenta que de los sesenta. El poco pelo que le quedaba se había blanqueado con la edad, denunciada también por las hondas arrugas. Aunque a Tanner le llamaron la atención las manos pobladas de lunares y que derivaban en un trémulo racimo de dedos huesudos, por no decir esqueléticos. Aldridge los presionaba sobre el resplandeciente escritorio, en un gesto inconsciente de nerviosismo, y daba la sensación que de un momento a otro irían a quebrárseles.

Antes de hablar, Tanner tuvo una grotesca visión: se vio a sí mismo, en un muy cercano futuro, retirándose de ese despacho con una bolsa llena de dedos.

Pero volvió a concentrarse en la realidad, que a menudo no resultaba menos grotesca:

—Quisiera algunos datos sobre una persona que trabajó con usted—dijo. Ya no apuntaba al interrogado, no hacía falta.

—¿A qué persona se refiere?

—A la Sombra.

—¿A quién?

Los dedos del diputado aumentaron la presión que ya ejercían sobre el escritorio. Por un momento Tanner pensó que se los quebraría de verdad.

—No se haga el desentendido, señor diputado. No soy un reportero entrevistándolo para la televisión.

Aldridge tosió y brotó de él un sonido bastante desagradable. Al menos separó las manos del escritorio para llevárselas a la boca.

—No tengo todo el día—le increpó Tanner—. No intente ganar tiempo en espera de que acuda alguien o lo mataré. Si se apura y me dice lo que sabe, este incidente no significará para usted otra cosa que un mal recuerdo.

—Usted no tiene idea de mis recuerdos—dijo Aldridge recuperado de su ataque de tos.

—Eso no me importa. Conteste lo que le pregunto: ¿quién es la Sombra?

El diputado lanzó una risotada espasmódica, otro sonido en extremo desagradable.

—¿Y usted piensa que yo lo sé? —dijo—. ¿Cree que ese tipo logró ser un secreto durante tantos años revelando su identidad ante todos sus clientes?

Entonces la Sombra no era un mito: Aldridge había reaccionado a la mención de ese nombre con toda naturalidad.

Más allá de esa importante revelación, y por detrás del grueso pasamontañas, Tanner apretó las mandíbulas: dijera o no la verdad respecto a su ignorancia, aquel bastardo tenía un buen punto. Y él mismo debía de haber pensado en eso antes de precipitarse y asaltar la casa de un político. Sin duda, no estaba razonando sus movimientos con claridad, ni siquiera un novato hubiera actuado de manera tan impulsiva.

Pero sí había otra información importante respecto a la que Aldridge no podría alegar ignorancia:

—¿Quién lo contactó con la Sombra? Eso sí debe poder decírmelo, señor diputado.

En busca de mejorar la eficacia de su persuasión, Tanner acercó el gatillo a la sien de Aldridge. En un primer momento el viejo mostró cierta inquietud, pero después se atrevió a una media sonrisa. Le dijo a Tanner:

—Estimado, usted y yo sabemos que la policía llegará muy pronto, supongamos que en dos minutos. Y usted necesita disponer de ventaja para poder escaparse, así que deberá salir de mi casa en la mitad de ese tiempo.

—Y también sabemos que lo estoy apuntando. Si yo no salgo de aquí, usted tampoco regresará nunca más a esas sesiones parlamentarias en las que con tanta nobleza vela por los intereses del pueblo.

—Veo que, a pesar del apuro, usted se toma unos segundos de más para ser sarcástico. —Aldridge dejó escapar una breve y aguda risita de serpiente—. Me gusta esa actitud, se nota que todavía no está tan desesperado como para matarme. Sabe que irrumpir en mi casa ya es bastante osado, pero dispararme... No, dudo de que usted vaya a hacer eso. Mejor dicho: estoy seguro de que no lo va a hacer.

Una vez más, el canalla estaba en lo cierto. Tanner no eliminaría a un diputado, salvo en una situación muy extrema. Matar a Aldridge resultaba muy diferente a matar a un ciudadano de a pie, las consecuencias no serían las mismas.

—Para que se quede usted un poco más tranquilo—siguió diciendo Aldridge—, le diré que el contacto hasta la Sombra me llegó desde las más altas cúpulas, gente a la que usted no podría tocar de ninguna manera. Debo de reconocer que tuvo agallas al venir hasta aquí, pero para meterse con quienes se ubican arriba de mí, creo que hace falta estar loco. Y no creo que usted esté loco.

Irrumpió en aquel despacho un coro de sirenas lejanas. Tanner le dijo a Aldridge:

—Espero, por su bien, que no volvamos a vernos, señor diputado.

Regresó corriendo a la planta baja. Aunque los patrulleros aún no hubiesen llegado, no quería salir por el frente. Se lanzó por una de las ventanas traseras. El muro era más alto allí, así que lo superó con ayuda de una soga que tenía un gancho en un extremo.

Al salir decidió subirse a un autobús que pasaba, sin la menor idea de adónde iría llevarlo. Lo importante, en ese momento, era alejarse del lugar en el que acababa de irrumpir ilegalmente, y nada mejor para esconderse que mezclarse entre la masa anónima de la ciudad.

Además, lo cierto era que se sentía sin rumbo. Y, por mucho que le costase aceptarlo, realmente necesitaba ayuda.

Capítulo 7: Michael Cullen recibe la llamada de un viejo amigo

Michael Cullen apagó la alarma del despertador, como todos los días, a las siete y media de la mañana. Emergió de entre las sábanas de seda y caminó directo hacia el baño. Planeaba lavarse el rostro y orinar, y nada más que eso, hasta que percibió una sombra ya muy oscura ganando terreno en su quijada y debajo de su nariz. Así que cogió la rasuradora eléctrica y la utilizó. El posterior tacto le reveló que la piel le había quedado demasiado ríspida, así que perfeccionó el trabajo, con el auxilio de una moderada ración de espuma y una rasuradora común. Volvió a tocarse el rostro, y ahora sí: sintió la piel límpida y suave, tal como lo deseó desde el principio.

Se lavó de nuevo el rostro y se lo enjugó después. Volvió a tocárselo mientras se miraba al espejo: envejecía, sin duda, pero se hallaba a sí mismo bastante entero. Lucía bastante *vivo*. A su edad, esto no resultaba un mérito menor. Al menos, no para un agente del MI6.

Miró por la ventana el amanecer de Dublín. Linda ciudad, aunque a veces extrañaba Londres. El clima incómodo, la neblina, eran males a los que uno terminaba por tomarles cariño. Suerte que aquí, en el fondo, las cosas no eran tan diferentes: la gente seguía yendo a emborracharse a los infinitos *pubs* con que podían toparse. A lo sumo variaba la decoración de los locales, en Dublín predominaba más el verde. Los borrachos, en cambio, eran iguales en cualquier parte del mundo.

De todos modos, Cullen no tomaba alcohol.

Se vistió con ropa de entre casa, a sabiendas de que esa mañana no le

tocaba salir. Lo tentaba, como en todos sus días libres, la posibilidad de quedarse durmiendo o ejerciendo el más puro y descarado ocio. Pero si estaba bastante entero a su edad, y a pesar de su oficio, era porque se condujo de la manera más profesional y logró eludir las más variadas tentaciones. Claro que había otros factores, como la buena fortuna: indispensable para haber llegado hasta ahí en posesión de un cuerpo que proteger. El de Cullen era un cuerpo cálido, con pulmones que respiraban y un corazón que latía. Muchos de sus antiguos compañeros poseían cuerpos helados, rodeados de tierra, en plena descomposición.

Con estas certezas en mente, se dispuso a comenzar sus ejercicios matinales. Mientras contaba las flexiones, asoció la idea de los antiguos compañeros con la de la de esquivar las tentaciones y los vicios. Inevitablemente, pensó en Tanner. Hacía ya un par de años desde la última vez que lo había visto. Y, cada tanto, evocaba las antiguas aventuras al lado de ese entrañable demente. Por eso, cuando Tanner lo llamara dentro de unas horas, durante la tarde de ese mismo día, no consideraría un exceso de la casualidad el hecho de que por la mañana le hubiera dedicado justamente a él parte de sus pensamientos. Pero ahora, ignorando que pronto hablaría con él, y sin abandonar su férrea rutina de ejercicios —ya se aplicaba a los leves ejercicios con mancuernas, empezando por los de bíceps—, llenaba su memoria con la imagen de Tanner disparando borracho. ¡Borracho!

Cullen había sido un testigo de lujo, el compañero de Tanner en esa misión. Recordaba haberle dicho que era una locura, que no podía colaborar con él emanando ese olor a *whisky*, que lo dejara a él solo y ya verían cómo solucionaban el asunto ante las autoridades. Pero Tanner le pidió que confiara en él: aseguraba que la bebida, en una dosis moderada, lo volvía más intrépido pero no más imprudente. Cullen no había contado con el tiempo suficiente para preguntarse si existía un modo de combinar intrepidez y

prudencia, o aquella juntura solo resultaba posible en la afiebrada mente de su compañero. Poco después, sin tiempo tampoco para enfrascarse en discusiones, entre los dos aniquilaron a una pandilla de narcos. Un trabajo menor, cierto, que en condiciones normales ni siquiera le hubiera correspondido al MI6. Cullen no recordaba por qué motivo el servicio secreto necesitaba a uno de esos narcos, vaya uno a saber para arrancarle qué confesión. Lo cierto era que, trabajo menor o no, Tanner mostró una puntería, una frialdad y una eficacia dignas del más lúcido y entrenado de los agentes. Fue ese día que Cullen advirtió una verdad irrefutable: el cabrón se estaba volviendo indisciplinado, pero nadie podía discutirle su absoluto *talento*. Era comparable con esos futbolistas que después de una semana sin entrenar y un sábado de juerga son capaces de salir al césped el domingo y humillar al equipo rival con su juego majestuoso.

No obstante, y al igual que siempre terminaba pasando con ese tipo de jugadores, llegó un momento en que a Tanner no le bastó con el mero talento. Así que lo terminaron expulsando del MI6, y sucedió lo que solía suceder cada vez que echaban a un agente talentoso: Tanner se convirtió en un mercenario. En otras palabras, las que jocosamente solían usar los agentes activos al referirse a ese tipo de situaciones, se pasó al «lado oscuro». Aunque cualquier conocedor del funcionamiento de los servicios secretos con cierta consciencia de sí mismo y de su trabajo dudaría antes de establecer una distinción tajante entre la luz y la oscuridad. El MI6 no era precisamente una tertulia de monaguillos.

Cullen terminó su serie de abdominales y se metió a la ducha. A la tarde lo visitaría Darla, y consideraba más adecuado invertir sus energías en satisfacerla y ser satisfecho por ella. Después de todo, Darla no solo era bella, sino que aceptaba sostener una relación informal y no hacía demasiadas preguntas. A Cullen no se le ocurrió que existiesen demasiadas mujeres con

todas esas características, y mucho menos que él tuviese la suerte de cruzárselas, así que le daba mucho valor a su vínculo con Darla. Según la visión de Cullen, un agente del MI6 debía evitar los apegos sentimentales; no tenía derecho a arrastrar a otros al peligro que implicaba su profesión. Pero esta particularidad no eximía a Cullen de padecer impulsos y necesidades sexuales, que durante los últimos años se resignó a aliviar recurriendo a la prostitución. Durante esas sesiones periódicas, expeditivas y previsibles se evitaba el tormento del deseo, y podía después concentrarse en su trabajo.

Hasta que conoció a Darla. Ella trabajaba en un bar. «Les sirvo tragos y cervezas a los clientes», le describió con sus propias y lacónicas palabras. Aunque Cullen sospechó desde el primer momento que aquel no era el único servicio que Darla ofrecía a los clientes. Sin embargo, y como se había encargado de aclararle, le importaba más bien poco lo que ella hiciese con otros hombres mientras mantuviese la debida profilaxis.

Cullen volvió a pensar en Tanner, por última vez hasta que recibió su sorprendente llamado. No hubiese imaginado que Tanner no solo había tenido una relación con una mujer, sino que se enamoró por completo de ella. Otro de los excesos de Tanner, apenas menos perjudicial que el de la bebida.

Ya bajaba el sol, y con él moría la tarde. Darla estuvo fabulosa, un frenesí de carne y de goce. Desde la cama, Cullen la miraba fumar. Para ella había comprado el único cenicero de la casa, pero Darla miraba por la ventana y lanzaba las cenizas afuera.

—Si quieres puedo quedarme a dormir—le dijo—. Hoy tengo la noche libre.

—Quédate.

—Bien, podemos mirar una película.

—¿Qué película te interesa?

—Ninguna en especial.

Así eran los diálogos por lo general. Y esa noche fue diferente a otras no solo porque Darla se quedó, y al final miraron una buena película, sino porque ahora sonaba el teléfono y Cullen se levantaba para atender. No mucha gente tenía su teléfono. De hecho, y como se enteraría después, Tanner tampoco lo tenía, aunque había conseguido averiguarlo mediante unos conocidos en común. Cullen no era el único agente del MI6 que seguía estableciendo contactos, por esporádicos que fueran, con Tanner.

Mientras Darla fumaba en el dormitorio, Cullen habló un rato con él en el comedor. Aunque mejor sería decir que lo *escuchó hablar*: su antiguo colega disparaba palabras a un ritmo de ametralladora, inhabitual en él. Se le oía vacilante, inseguro. Y eso resultaba menos habitual aún, y bastante perturbador. ¿Habría regresado a la bebida? No, no se trababa de eso. Al menos, eso no era lo principal. Cullen pensó que más valía preguntarse *por qué* Tanner habría regresado a beber.

La historia que él le contó, la de Sandra y la supuesta amenaza de la Sombra, lo llevó a considerar la hipótesis de que Tanner se estaba volviendo loco.

¿La Sombra? Cullen había oído de esa leyenda, pero la consideraba precisamente eso: una leyenda. No le hubiera sorprendido mucho más que Tanner afirmara estar siendo perseguido por un hombre lobo o haber sido secuestrado por los marcianos.

¡Y encima había irrumpido en la casa de Aldridge, un diputado!

Le dijo que no revelara más información por teléfono y que lo llamara mañana a esa misma hora. En esos momentos estaba ocupado con Darla y no quería dejarla esperando tanto tiempo. Claro que esto último no se lo dijo a Tanner, sino que se limitó a pensarlo.

Volvió con Darla sin poder sacarse a Tanner de la cabeza. Hacía unas

horas, Cullen mismo había pensado en él sin saber que luego lo llamaría.

—¿Todo está bien? —le preguntó Darla. Ya se había metido en la cama y adueñado del control remoto.

Cullen supuso que la inquietud que sentía debía reflejarse en el rostro.

—Sí, Darla, todo está bien.

Se metió a la cama con ella. Mañana a esa misma hora su cama estaría vacía y se pondría a hablar con Tanner sobre muertes, conspiraciones, atentados. Los mismos temas, la misma vida de siempre.

Capítulo 8: Febril amanecer

Las imágenes correspondían al barrio de Birmingham, aunque no eran exactamente las que debían ser. Era igual y, al mismo tiempo, muy diferente. Una rara bruma, apenas perceptible y a la vez insoslayable, lo cubría todo. Los hombres que desenfundaban sus armas y corrían hacia Tanner temblaban como si los reflejase una laguna inquieta. Tanner disparaba primero y los hombres caían, con sus negros trajes y sus armas inútiles. Él los había tomado por sorpresa y no podrían proteger a su jefe: él, Tanner—el implacable mercenario, el hombre que nunca fallaba—, disparaba sin vacilación, el pulso firme y la mirada clavada en aquel objetivo múltiple. Tan fija sostenía la mirada en ellos que no reparó en el niño.

¿De dónde había salido aquel niño, aquel intempestivo fantasma que irrumpía en una escena no pensada para él?

Tanner ignoraba su proveniencia, pero sí conocía su destino. Porque él, Tanner, fue el involuntario promotor de su momento final: el disparo fue tan certero como si lo hubiera realizado deliberadamente. A un adulto lo hubiese alcanzado cerca del estómago, incluso podría no haber sido mortal. A aquel pequeño niño, en cambio, le impactó en medio del rostro. Ese niño acababa de perder sus ojos, su boca, su completa expresión. Era un amasijo de sangre y de carne que parecía derretirse como cera bajo el sol.

Y era culpa de él.

Y los matones de traje negro se convierten en cuervos oscuros y salen a volar. Surcan un cielo rojo y apocalíptico y graznan risas de ultratumba. Y Tanner advierte que el niño vuelve a tener rostro. Pero ya no es el suyo —aunque él nunca lo conoció, porque no alcanzó a observarlo antes de

disparar—, sino el de Aldridge. El diputado lo mira, primero con odio y desprecio, y después empieza a sonreír. Y la sonrisa se transforma en una carcajada espantosa que también tiene algo de graznido, los cuervos aparecen alrededor del Aldridge con cuerpos de niños y lo sobrevuelan, como festejando una broma que todos han oído salvo Tanner.

«Estoy en el infierno», se dice él: «Y ya no tengo forma de salirme».

Pero apenas se trata de una pesadilla. Una que cada tanto se repite, y que lo impulsa una y otra vez a despertarse jadeante y sudoroso, casi febril.

Cuando consiguió dejar de jadear, Tanner se enjugó la frente con la mano. Cogió el móvil de la mesa de noche y miró la hora: las tres de la madrugada.

Maldijo sus pesadillas. Ayer no había bebido, y quizá esa era la forma en que el cuerpo se lo reclamaba.

Pero él ya había dejado de ser un borracho, no deberían sucederle esas cosas.

Y, sin embargo, la muerte de Sandra, el mensaje lanzado desde el coche, la burla de Aldridge...

La amenaza de la Sombra.

Recordaba su charla de ayer con Cullen, igual de difusa que las imágenes de su sueño. De entre lo poco que le dijo se quedó con aquello de que había sido una locura irrumpir en la mansión de un diputado.

Y tenía razón. Cullen siempre fue más racional que él. Por algo se dedicaba a la investigación, a las infiltraciones, y a ese tipo de operaciones sutiles.

Se reconfortó pensando en que lo llamaría ese día en la tarde. Necesitaba de sus servicios. Y también, debía confesárselo de una buena vez, necesitaba hablar con alguien. Era la primera vez que le sucedía. Siempre se había bastado a sí mismo, hasta ahora.

Intentó volver a dormirse. Fue inútil: su mente no dejaba de dar vueltas en un carrusel de pensamientos repetitivos.

«No me ganarán».

«No van a quebrarme».

«La Sombra, o quien demonios fuera, no podrá conmigo».

«No me ganarán».

Decidió, más por impulso que por reflexión, levantarse de la cama. Fue a por la botella de *whisky* y comprobó que le quedaba una cuarta parte.

Le resultaría imposible dormirse sin un trago, y no podía darse el lujo de andar por la vida como un maniquí somnoliento.

Un trago, sí. O quizá dos, o tres. Con eso bastaría.

O quizá uno más.

Sí, al menos por esta noche, para relajarse.

Sí, solo por hoy.

Capítulo 9: Un día extraño para Brooks

Acostada al lado de Brooks, aquella rubia —una de sus más asiduas amantes—movía la boca como un pez. Brooks supuso que los sonidos que brotaban de los labios carnosos debían de ser palabras, y hasta estarían componiendo alguna frase más o menos coherente. Pero él no estaba prestando atención, así que le resultaba imposible asegurarlo.

Lo único que sabía, mientras fumaba y echaba el humo hacia arriba y lo miraba flotar por la amplia habitación, era que Amelia llegaría de un momento a otro. Y por supuesto que su mujer también sabía que él cada tanto se acostaba con mujeres más jóvenes y hermosas que ella, y aceptaba tolerar aquello a cambio de una vida de comfortable lujo. Por su parte, Brooks contaba con una señora decente que exhibir en los eventos empresariales, o cuando firmaba un cheque destinado a una institución caritativa, o cuando una revista de actualidad deseaba hacerle una nota.

No obstante, y por más claros que estuviesen los términos contractuales entre Amelia y él, convenía guardar cierto respeto. No deseaba que ella lo sorprendiese en pleno acto. Una cosa era saber que algo sucedía, y otra cosa muy diferente era *verlo suceder*.

—Cariño—dijeron los labios gruesos de la rubia, y esta vez Brooks entendió las palabras—, no quieres...

—Solo quiero que te vayas—dijo Brooks—. Mi mujer llegará pronto.

Algo decepcionada, aunque no demasiado, la rubia se levantó de la cama. Empezó a vestirse.

—Apúrate—le pidió Brooks.

La rubia se apuró.

Una vez ella estuvo vestida, Brooks decidió no recurrir a sus servidores: la acompañó él mismo hasta la puerta. No la despidió, ni con un beso ni de ninguna otra forma. Se limitó a decirle:

—Nena, recuerda que, por más buena que seas en la cama, yo no soy ni nunca seré tu cariño.

Ella salió, cabizbaja, y Brooks cerró la puerta.

Volvió sobre sus pasos, de nuevo hacia la habitación. ¿Por qué la había tratado tan mal? Aquel era un día raro desde que abrió los ojos por la mañana. No era exactamente mal humor lo que sentía, y tampoco pura inquietud...Quizá se trataba de una mezcla de esas dos sensaciones.

En fin, la próxima semana le compraría algún regalo a la rubia. Las mujeres de su clase tendían a confundir el amor con un tapado de piel, un restaurante de lujo o un paseo en un Aston Martin.

Brooks pensó que no tenía demasiado para hacer en ese momento. Los muchachos ejecutaban sus órdenes, igual que todos los días. Sus negocios, los legales y los ocultos, casi funcionaban solos. Él únicamente debía de vigilar que no surgiesen desajustes, o arreglarlos si ya habían surgido.

Se dio cuenta de que no quería volver a la cama ni a la habitación. Fue hacia la barra del comedor y se sirvió un vaso de Chivas. Agitando el hielo, caminó hacia el ventanal. Contempló por enésima vez las residencias de Knightsbridge que se erguían frente a la suya.

Sin que viniese a cuento, le llegó el recuerdo del último hombre que mató. Se trataba de un traidor, un sujeto despreciable que intentó negociar con la policía ofreciéndole datos embarazosos sobre la organización de Brooks. Cada tanto aparecía un imbécil que se creía más listo que él, y confundía la audacia con la imbecilidad igual que la rubia confundía el amor

con los autos caros.

Brooks odiaba la traición por sobre todas las cosas. Por eso había ordenado a sus muchachos que trajeran a ese Judas ante él, circunstancia que prefería evitarse cuando se trataba de ejecuciones comunes.

Pero la traición... La traición siempre es algo personal.

Esa noche los muchachos le encajaron una buena paliza al delator. Fue en la misma habitación donde ahora, o hacía apenas un rato, él había gozado del cuerpo de la rubia.

Y lo que Brooks recordaba eran las últimas palabras de aquel tipo, segundos antes de que él mismo se encargara de volarle la cabeza:

—Tú también te morirás algún día, Brooks—le había dicho el infortunado, de rodillas, paladeando su propia sangre—. Y en el infierno seremos todos iguales, y yo te en...

«Y yo te encontraré», seguro era eso lo que ese traidor quería terminar de decirle. Pero Brooks ya se había hartado de tanta elocuencia y apretó el gatillo. Hubo que cambiar esa ropa de cama porque ni a Amelia ni a la esposa de nadie le agradaría dormir sobre sangre mezclada con puré de sesos.

Aquella frase final no debería haberle resultado demasiado impactante a Brooks. De hecho, constituía un lugar común que lindaba el ridículo. Eso de «nos veremos en el infierno» seguro que aquel imbécil lo había tomado de las películas.

Lo que seguramente ese bruto ignoraba era que la otra frase, «Tú también morirás», era la que se hacían decir los césares. Esos hombres casi omnipotentes necesitaban que uno de sus subalternos les recordase que, a pesar de sus laureles, ellos tampoco eran inmortales. Seguían siendo hombres, tan vulnerables al tiempo y a la violencia como el más andrajoso de sus súbditos. Y quizá por eso a Brooks se le había ocurrido pensar en eso ahora, mientras saboreaba el Chivas —con el hielo ya casi derretido a punto

de desaparecer— y contemplaba las fastuosas fachadas de su barrio, un espejo de su propia casa y su propio lujo. Quizá, se decía Brooks, a sus sesenta y pico de años empezaba a creer que realmente existía un infierno y que más de un viejo enemigo lo esperaba allí, con las mandíbulas temblando de revancha.

—No me estoy haciendo más joven—dijo en voz alta Brooks, lanzando su propio cliché de película norteamericana.

Oyó el lejano sonido del teléfono.

Instantes después, el fornido guardaespaldas de Brooks —el que vivía con él y Amelia y lo seguía a todas partes— le informó que Thomas Tanner deseaba hablarle.

Brooks lo atendió. Y cuando Tanner le dijo que dejaría el país por un tiempo, y que no revelaría su ubicación pero volvería pronto, él recordó aquella charla respecto al asesinato de la novia de Tanner y aquellas tonterías respecto a la Sombra.

A Tanner se le oía decaído, aquel no era el tono seguro de siempre. Ni siquiera el de esa última vez que habían hablado.

Brooks le dio su bendición, por así decirlo. Si quería salir del país, que saliese. Tanner, al fin y al cabo, trabajaba por cuenta propia.

—Gracias por el aviso, Tanner —le dijo Brooks antes de cortar. Se sirvió otro vaso de Chivas, con otro hielo, y regresó al ventanal. Las lujosas fachadas seguían ahí.

Aquel era un día extraño, a Brooks ya no le quedaba ninguna duda. Él y su olfato de viejo lobo no se olían nada bueno.

Capítulo 10: Un viaje poco habitual

Si se hubiese tratado de una visita de placer, Tanner podría haber viajado en coche y en ferri hasta Dublín. Pero necesitaba rapidez y un viaje que dejara menos ocasiones a quien pretendiese seguirlo para interceptarlo.

Así que Tanner ya estaba en el vestíbulo del aeropuerto. En otros tiempos solía hacerle bastante gracia la parte de ponerse un bigote falso, y una peluca o quizá una gorra, vestirse a la absurda y colorida manera del más inofensivo de los turistas y disponerse a abordar un avión. Lo estimulaba la idea de burlarse del sistema de seguridad, de sonreírle al joven que lo atendía y le otorgaba el pasaje—y *era* mucho mejor si le tocaba ser atendido por *una* joven, así podía incluso coquetear—, y entregar una serie de documentos tan prolijos como falsos.

Al principio le gustaba también la idea de que la persona con la que le tocara sentarse no se imaginaría ni en un millón de años al lado de qué tipo de hombre viajaba. A veces lo tentaban con temas de conversación las señoras mayores, o esa gente que no tolera la soledad y prefiere una charla estúpida a un silencio reflexivo o relajante. Según su humor, Tanner les seguía o no el juego. Cuando se los seguía, gustaba improvisarse una vida de ficción, una vida diferente a la que constaba en los documentos apócrifos de su identidad también falsa. Así, Tanner interpretaba a un personaje ficticio que interpretaba a otro de las mismas características. Con el tiempo se acostumbró tanto a simular que el asunto perdió toda gracia.

Pero esta vez no solo no dispondría del humor suficiente como para, una vez subido al avión, ponerse a hablar con alguien. Esta vez sentía...quizá no miedo, pero sí inquietud. Al menos eso era lo que estaba dispuesto a

confesarse a sí mismo. El motivo resultaba claro: Tanner no abordaría ese vuelo en condición de cazador, sino de presa. No iría a asesinar a alguien, tal como solía suceder, sino que *huía* de alguien que lo quería asesinar.

Aunque su huida también podía contemplarse, y así se le antojaba más digna, bajo la forma de una búsqueda: la de su amigo Cullen. Habían hablado un día antes y Cullen le dijo que se encontrara con él en Dublín. Después de dudarlo un rato, Tanner decidió avisarle a Brooks. Su vida ya se había tornado lo bastante complicada como para que encima, ante su ausencia, Brooks también lo mandara a rastrear. Por supuesto que no se le hubiese ocurrido especificarle a dónde iba, pero ya que Brooks descubriría su ausencia tarde o temprano, mejor contarle él mismo y no dar lugar a sospechas de ninguna índole.

Al fin una muchacha le entregó el pasaje. Linda, rubia, seguro que menor de treinta años. En una ocasión normal, él hubiese sonreído detrás de sus ridículos lentes verdosos, provocando así que se luciesen sus no menos ridículos bigotes rubios. Hoy prefirió extender secamente los documentos, esperar que ella tecleara en el ordenador y recibir de su mano los pasajes.

Caminando hacia la hilera de asientos, resignado a esperar la media hora que faltaba para el abordaje, trataba de reprimir la incómoda tentación de mirar hacia los lados. El rol de víctima no había sido nunca lo suyo: se sentía como un tiburón que descubre en el mar a un monstruo prehistórico, mucho más amenazante y dotado que él. Quizá Tanner no estuviese menos dotado que la Sombra, pero lo cierto era que se encontraba en una posición de menor ventaja: el enemigo parecía saberlo todo de él, en contraste con su ignorancia absoluta; tampoco lo ayudaba el factor sorpresa: habían transcurrido pocos días desde el ataque a Sandra, aunque esos días a Tanner ya se le antojaran años, y él se vio obligado a improvisar. Y sabía improvisar, sí, pero siempre dentro del marco de un plan. Esta improvisación pura a la que ahora se veía

forzado implicaba una incomodidad añadida.

Acababa de sentarse en la primera fila de asientos del vestíbulo y lo punzaba la ansiedad. Se puso de pie y caminó hacia los negocios. Contempló las vidrieras, sin mirar realmente nada. Volteó y comprobó que ya había una buena cantidad de otros pasajeros compartiendo su espera. Recién ahora era consciente de ese detalle.

Si a esto se redujo tu nivel de atención y de control del entorno —se dijo—, pronto estarás liquidado.

Un par de asientos lo ocupaban una chica pelirroja y un chico rubio que apenas superarían los veinte años. Permanecían muy cariñosos, con los dedos de cada uno entrelazados en los del otro, y exhibían sendas sonrisas abiertas y complacidas de estar juntos. Seguro irían de luna de miel o de vacaciones.

Cruel, veloz, inevitable, a Tanner le llegó el recuerdo de Sandra. Pensó en la posibilidad de un futuro junto a ella y la brutal manera en que le robaron —les habían robado a los dos— esa posibilidad.

A Sandra, de hecho, le habían robado *toda* posibilidad. Y, en cierto modo, aquello era culpa de Tanner.

Se sintió como un hombre destinado a matar: un veneno humano que siempre terminaba apagando vidas, incluso aunque no lo deseara.

No tenía ningún derecho a quejarse: él era un mercenario y mataba a quien debía matar. La Sombra era, sin duda, un ser de su misma calaña que con idéntica frialdad desató aquella noche una tormenta de balas sobre el departamento.

Quien a hierro mata... Aunque la frase, desde ya, no podía aplicársele a Sandra: ella no había matado a nadie.

Tanner acababa de sentarse. Ahora ya estaba en el avión, y por fortuna había conseguido asiento en una de las filas al lado de la ventanilla. En algo,

aunque sea mínimo, tenía que favorecerlo la suerte.

Tras las indicaciones de seguridad, acompañadas por los gestos de la aeromoza, el avión despegó. Tanner contempló cómo, poco a poco, la superficie del planeta se alejaba más y más de su punto de vista hasta asemejarse más a un mapa. En algún punto de esa enorme e inconcebible extensión se hallaba su enemigo, la Sombra. Si es que no viajaba con él ahora mismo... A Tanner llegó a pasársele esa idea por la cabeza y había mirado de arriba abajo, con la mayor discreción posible, a todos los pasajeros que le pasaron cerca. Esa inspección resultó inútil porque él carecía de la menor información sobre el aspecto de la Sombra, y dudaba de que un asesino con tan buena reputación le otorgara a su vista algún indicio de que «algo andaba mal»: en otras palabras, si la Sombra se hubiese colado en ese avión con él, Tanner no tendría modo de saberlo.

No importaba: Tanner tomó aire y apretó el puño como si allí dentro estuviese su perseguidor. Se había preparado durante toda su vida para el peligro. Lo que para otros era una encrucijada, una situación límite, para Tanner formaba parte de la cotidianeidad. Le vinieron a la mente aquellos lejanos años en los que conoció a Cullen. Precisamente, los años de entrenamiento.

Capítulo 11: Ninjas y samuráis

Al igual que todos los agentes del MI6, Cullen había *padecido* —a veces en broma se refería al tema usando ese verbo— una exhaustiva educación. Conocía varios idiomas y los hablaba con un nivel tal que podía hacerse pasar por un nativo, y justamente ese era el principal uso de su condición políglota. Pero también, y en mayor o menor medida, lo habían formado en psicología, sociología, negocios, ciencias políticas, ciencias económicas, arte, literatura, historia, informática, antropología. Incluso debió asistir a clases especiales en las que lo informaron sobre diversas creencias ocultistas, de modo que lograra reconocer los símbolos de las sociedades secretas y sus esotéricas cosmovisiones. Esto último había sido de lo más divertido, a la vez que perturbador.

Y todo para que gran parte de la gente sospechara que los conocimientos de un agente del MI6 no excedían por mucho el arte de apuntar y apretar el gatillo, o a lo sumo hacerse pasar por un empresario y sonreír en un coctel mientras con el rabillo del ojo buscaba a un criminal. En fin, culpa de las películas, supuso Cullen. Pensaba en eso mientras miraba un estúpido programa de televisión en el que alguien acababa de nombrar a James Bond y ahora todos discutían sobre si el mejor había sido Roger Moore, Sean Connery o alguno de los más recientes. Cullen sabía que Bond se asemejaba más a Batman que a un verdadero agente secreto, por otra parte, tan «secreto» era Bond que le decía su verdadero nombre a todo el mundo.

Pero él ya se había olvidado de Moore y de Connery y repasaba en su cabeza aquellos años de formación, los

rigurosos ejercicios intelectuales y físicos al que lo sometieron en el MI6. Cualquiera, hasta el más descarriado de los jóvenes, adquiriría una disciplina férrea después de pasar por la academia de agentes. Cualquiera, salvo Tanner.

Y no porque no lo hubiera intentado, o incluso conseguido durante un buen tiempo.

Cullen simpatizó casi de inmediato con Tanner, a pesar de que desde el primer minuto él se había mostrado como un tipo frío y de pocas palabras, incluso para tratarse de un aspirante a agente del MI6. Acaso fue esa misma frialdad, esa intensidad contenida, lo que llevó a Cullen a conversar bastante a menudo con él. Tanner, una vez que entraba en confianza, se revelaba como un joven educado, con capacidad para escuchar y altas capacidades intelectuales. La gran mayoría de los aspirantes se quedaban en el camino. Muchos de ellos no toleraban las primeras pruebas de campo antes de la graduación y se daban cuenta de que aquello no era lo suyo. Claro, una cosa era la teoría y otra muy diferente era hacer lo que se debe hacer, sin vacilar.

Tanner, según alguna vez se enteró que aseguraban los profesores y según lo veía el propio Cullen, formaba parte de ese reducido grupo de aspirantes con verdadera «pasta» para ejercer una profesión tan particular. Su desempeño en las materias intelectuales iba de lo bueno a lo excelente, y sobresalía en los entrenamientos físicos y tácticos. Poseía una puntería excelsa, un talento natural afinado por la academia. Y, en paralelo a estas auspiciosas revelaciones, Cullen se preguntaba si alguien más habría advertido la mirada de Tanner a la hora de practicar el tiro al blanco: el modo en que sus ojos se llenaban de un «algo» imposible de describir; y el gesto adusto, entre el odio y el asco, que exhibía justo después de disparar a la silueta humana de cartón, que por lo general terminaba con varios agujeros muy cerca de la valorada zona central. Esa intensidad contenida que Cullen

percibió no era simple intensidad, sino oscuridad: sentimientos oscuros latían en el silencio de aquel compañero de academia. Y, otra vez, esa oscuridad resultaba perturbadora incluso para tratarse de un aspirante a agente, ámbito donde había mucha gente con *interesantes* historias que contar y motivaciones más bien discutibles.

Y aquello se manifestó, aunque por fortuna solo mediante palabras, durante aquellas clases de historia. Las clases, si bien intentaban ser lo más generales posibles, por obvios motivos hacían énfasis en las innumerables guerras que asolaron a la humanidad. Cullen y sus compañeros conocieron las andanzas de grandes guerreros de todas las épocas, desde Atila el Huno hasta el general Patton. Una de las monografías, decisiva para la aprobación de la asignatura, consistió en elegir un guerrero o una clase de guerreros y responder una serie de preguntas basándose en la bibliografía. Cullen, quizá en una salida fácil y poco original, optó por Napoleón. Tanner había preferido escribir sobre los *ninjas*.

Cullen, en el presente, contemplando la vista desde su ventana, sonreía al recordar aquel hecho, teñido de ironía por lo ocurrido en los años posteriores.

Recordaba muy bien esa clase sobre samuráis y *ninjas*. El honor de unos frente a la total carencia de escrúpulos de los otros. Al menos así lo había planteado el profesor con indudable maniqueísmo. En términos infantiles, los samuráis eran los «buenos», y los ninjas, los «malos». Después Cullen se encontraría con interpretaciones diferentes, que partían de una base de desigualdad social: los samuráis defendían a los altos agentes del Gobierno, y ellos mismos provenían de la clase alta y se les veneraba como a guerreros nobles. Los *ninjas* eran pobres, combatían por dinero y realizaban cualquier trabajo por el que se los requiriese. El samurái se especializaba en combates cuerpo a cuerpo; el *ninja*, si bien podía volverse un oponente igual de temible en esa situación, poseía un gran entrenamiento en ataques a distancia, uno de

ellos era el lanzamiento de sus famosas «estrellas».

Enfundado en su traje negro, el *ninja* era una sombra: una amenaza furtiva y letal que solo se preocupaba de cumplir con su trabajo, que a menudo se resumía en aniquilar y desaparecer. El samurái, en ese sentido, se hallaba en desventaja por su obligación de cumplir con un rígido código moral cuya transgresión podía llevarlo hasta el suicidio. El samurái prefería perder con honor que ganar recurriendo a las malas artes o en una batalla injusta.

Si Cullen contemplara el asunto con risible inocencia podría verse a sí mismo como un samurái a la espera del *ninja* Tanner. Pero las cosas no eran tan fáciles. Ningún conflicto real se reducía a un enfrentamiento entre buenos y malos, eso quedaba para las historietas o las películas mediocres.

El sonido del móvil regresó a Cullen al presente. Aunque no del todo, porque el mensaje era de su antiguo compañero.

Tanner, aquel samurái renegado y ahora convertido en *ninja*, ya había arribado a Dublín.

Capítulo 12: Agradable reencuentro, inquietantes circunstancias

Cullen esperaba a la salida del aeropuerto, dentro de su Honda Civic blanco modelo 2016 que compró con dinero de la agencia apenas se mudó a la ciudad.

Hacía unas horas le había mandado un mensaje a Darla. Le explicaba que quizá no podría verla durante unos días, ya que un amigo vendría a visitarlo y se quedaría a dormir en su casa por un período indeterminado de tiempo. Se trataba de un viejo conocido que llegaba desde Londres, un hombre que tenía problemas y necesitaba su ayuda.

Pensándolo bien, le había dicho la verdad.

Cullen miraba por el parabrisas, y ya lo empezaba a incomodar el aburrimiento de aquella tarde. Hasta que las puertas de vidrio automáticas se abrieron por enésima vez y por fin fue Tanner quien apareció.

Si, en lugar de residir temporalmente y por motivos profesionales en Dublín, Cullen hubiera nacido allí, de seguro su recibimiento hubiera sido mucho más efusivo. Pero Cullen era inglés, y tan inglés como Tanner, por lo que cuando bajó del Honda para ir al encuentro de su amigo los dos se limitaron a estrechase las manos. Aunque Cullen, en un desaforado alarde de expresividad, palmeó durante un instante el hombro de su amigo.

—No tienes tanta pinta de muerto como supuse—le dijo y Tanner esbozó una media sonrisa. Se notaba que había intentado una sonrisa entera, pero le salió mal.

—Tú tampoco te ves tan deteriorado. Y eso que te hicieron venir aquí

por tu bolsa de oro. Creí que ya te habrías empequeñecido.

—Todavía estoy esperando a que salga el arcoíris. Ya iré por mi recompensa.

Esos comentarios socarrones —y bastante poco inspirados— sobre la mitología irlandesa los ayudaron a reencontrar la confianza de siempre. No había costado mucho, se dijo Cullen, porque así de simple y flexible resultaba la amistad masculina. No podría ser más diferente al devenir de los vínculos entre un hombre y una mujer, de la naturaleza que fueran.

Caminaron de nuevo hacia el Honda. Tanner elogió el coche, aunque aclarando que él se lo hubiese pedido de otro color a los del MI6.

—Tú sabes bien que el MI6 no es una fábrica de regalos, Thomas.

—Hacía mucho que nadie me llamaba por mi nombre de pila.

Por un momento, un instante ínfimo y que acaso le hubiese resultado imperceptible a un ojo no entrenado, el semblante de Tanner se oscureció de tristeza, como si le cayese de repente un otoño encima. Cullen sí tenía la vista entrenada para captar esos detalles. Cullen se consideraba muy bueno en eso, quizá fuera mejor que Tanner: sabía incluso captar las denominadas «microexpresiones». Vale decir, las expresiones inconscientes, y, por ende, imposibles de reprimir —el cuerpo nunca miente —, y que duraban milésimas de segundos.

Cada vez se le hacía más evidente que su antiguo compañero de entrenamientos y misiones no pasaba por un buen momento. Y aunque intentase mostrar ahora que seguía conservando su seguridad de siempre, a él no podría engañarlo.

Y también era evidente que Thomas se había enamorado de esa mujer, Sandra, de la que le habló cuando lo llamó por teléfono. Él no se pondría así por el mero hecho de que su vida estuviese en peligro. Esa amenaza podría desmoronar a un hombre común, a un oficinista o a un vendedor de seguros,

o a un bibliotecario o a cualquiera. Pero no a un exagente del MI6, y actual mercenario, acostumbrado a vivir en peligro. Y menos a uno de los más duros, como era Tanner.

¿O cómo lo había sido?

Eso Cullen lo averiguaría después. Ahora hablaban de trivialidades mientras él sostenía el volante del Honda. Nadie en su sano juicio esperaría un desahogo emocional inmediato. Desahogo sentimental, por otra parte, que probablemente nunca llegaría. No solo eran un agente y un mercenario: seguían siendo tan ingleses como cuando se saludaron a la salida del aeropuerto.

Ni al saludarse ni cuando se dirigieron al Honda, ni cuando Cullen apretó el acelerador y emprendieron el viaje a su casa, alguno de los dos pudo advertir a un hombre delgado, cuarentón y que usaba sombrero. El hombre, que se llamaba James Archer, los espiaba desde un viejo Volkswagen estacionado a unos cuarenta metros del coche en que Tanner y Cullen acababan de irse. Cogió su móvil y redactó un mensaje:

Está aquí, disfrazado. Se ha ido hace un momento. Lo acompaña otro hombre, quizá también disfrazado.

Presionó la tecla de enviar y arrancó el Volkswagen. Ya les había dado a Tanner y su por ahora desconocido acompañante la suficiente ventaja como para que no resultara obvio que los estaba siguiendo. Tanner era un profesional, y había que andarse con cuidado. No era lo mismo que perseguir a un marido infiel, tarea que le encomendaban las más de las veces quienes llamaban a su oficina de detective privado.

No obstante, la paga que recibía por perseguir a este mercenario

justificaba la mayor dificultad y el mayor peligro de la tarea. Y conseguía que el detective Archer tuviese cada vez menos ganas de formularse preguntas. Por ejemplo, la más básica: ¿Para quién trabajaba en realidad? Nunca había tenido la menor idea. La primera vez, un par de años atrás, se presentó en su oficina un tipo declarando que venía en representación de una persona cuyo nombre no revelaría. Mencionó las características de un trabajo concreto y después una cifra a la que nadie hubiera podido resistirse. Desde ese momento recibió mensajes de audio a través de su computadora. Pero no los emitía ninguna voz. Mejor dicho, ninguna voz humana: los detalles de los encargos se los especificaba una voz robótica, característica de los programas que leen textos. Por momentos sonaba incluso gracioso, aunque la cantidad de dinero que le ofrecían nunca era para tomársela a chiste. Así fue cómo él comenzó a trabajar siguiendo gente, enviando información a números de móvil que variaban de trabajo en trabajo y probablemente formando parte de una enorme organización de la que no conocía ni los objetivos ni mucho menos a los líderes.

Se dijo que era mejor así. Si de algo podía estar seguro era de que esa gente no se dedicaría a alimentar a los niños del tercer mundo o a buscar la paz entre las naciones. Mejor que él llevase a cabo sus encargos sumido en la más benéfica ignorancia.

Ya divisaba, sobre la ruta, el Honda de sus perseguidos. Su Volkswagen era deliberadamente viejo, con un aspecto exterior bastante penoso, pero poseía un motor impecable y modificado que lo ponía a la altura de cualquier coche potente y actual. Más que un coche, el Volkswagen era una trampa en sí mismo: difícil que sospecharan de ese aparente cacharro, y aun así, quien sospechase creería que podía dejarlo atrás rápidamente. Y cometería un error.

El aeropuerto se ubicaba a quince kilómetros de la ciudad, y ese recorrido estaba por terminarse. Pronto abandonarían la ruta y entrarían a las calles

comunes. Aquí el detective debía prestar mucha atención: si no reaccionaba a tiempo ante los movimientos del Honda, ellos podrían despistarlo incluso sin proponérselo.

Oyó la notificación del móvil del trabajo, pero ahora no miraría la respuesta.

Había acelerado durante los últimos tramos de la ruta para así ir ganando cercanía antes de ingresar a las calles. Apareció un desvío que el Honda debería tomar, y por lo tanto, él también. Previendo la curva, el Honda comenzó a disminuir la velocidad y el detective hizo lo propio.

Sin embargo, el Honda no dobló donde debía y aceleró de golpe. En unos instantes se volvió mucho más pequeño a su perspectiva.

—Maldición—dijo el detective, aunque no hubiese nadie para oírlo—. Se dieron cuenta.

Aceleró el Volkswagen, sacándole rédito a las modificaciones del motor.

—No me dejarán atrás, no importa lo que hagan.

Ya casi había recuperado la cercanía anterior. Hasta que el Honda hizo una maniobra demencial: dio un giro raspando el suelo, de los que solo se logran utilizando el freno de mano, y se puso de frente al Volkswagen, aunque ya no estaba sobre la ruta, sino sobre la parte exterior del arcén.

—Maldito loco—dijo Archer. Intentó frenar el coche, pero venía con demasiada velocidad.

Para cuando logró detener el Volkswagen y orientarlo hacia el mismo lado del Honda, Tanner y su compañero ya habían retomado la ruta y tomaban el desvío hacia Dublín.

El detective Archer nunca los encontraría.

Se enjugó la frente, le pegó un par de puñetazos al volante y lanzó un suspiro. Su furia fue mutando a resignación. Hasta que recordó la notificación del móvil. Y leyó el mensaje:

Síquelos hasta donde vayan, y después infórmame. No se te ocurra fallar, Archer.

Y, por la alquimia de esas escuetas y simples palabras, su resignación acabó por transformarse en miedo.

—Eso fue intenso—dijo Tanner, divertido—. Y hubiera sido una estupidez si te hubiese salido mal. Fue algo más adecuado que lo hiciese yo en lugar de ti.

Cullen sonrió, y Tanner adivinó cierta jactancia en esa sonrisa.

—Cuando lo necesito, yo también puedo tomar esos riesgos calculados a los que tú llamas estupideces.

—*Touché.*

—Lo importante es que lo perdimos, ¿no es así?

Tanner volteó para observar a través del vidrio trasero.

—Sí, el muy patán se habrá resignado.

—Y la mala noticia es que, si en verdad el tipo nos seguía, ellos saben que estás aquí.

—Nos estaba siguiendo, sin ninguna duda.

Cullen se quedó en silencio. Tanner no quiso interrumpirlo: él parecía meditar sobre la situación. Y así debió de ser, porque a continuación Cullen dijo:

—No debemos alarmarnos. Si pretendían seguirnos hasta donde fuéramos, eso es porque no saben quién soy yo.

—De ser así, ya sabrían ubicarte y no necesitarían el seguimiento para averiguar tu residencia.

—Exacto. A esa distancia, y con mi disfraz—Cullen llevaba un par de lentes y un falso bigote—, no habrá manera de que me identifiquen.

—Me imagino que tienes dónde esconder el Honda, y que no es tu único coche.

—Imaginas bien.

—Perfecto. Sabía que, aunque a veces eras un poco aburrido, podía confiar en ti.

Cullen volvió a sonreír.

—La verdad es que, hablando de eso, a mi vida le faltaba un poco de acción últimamente.

—Tú sabes que conmigo te podrás entretener.

—Cierto. Quizá me terminen matando, pero será entretenido.

Tanner hizo un silencio teatral antes de lanzar su réplica:

—Precisamente *eso* es lo que lo hace entretenido, estimado agente Cullen.

otra cosa. Nadie, salvo un borracho o un estúpido. Y el pelirrojo, tal como en esos momentos lo consideraba su compañero, cumplía con esas dos condiciones.

—Vennn aquí, payaso—seguía balbuceando mientras su colega rubio se apartaba—. Dammme tu malditto din....

El Enterrador demoró unos segundos en comprender que ese niño se refería a él. Quizá varias de las personas encerradas en sus casas habían vuelto a contemplar por las ventanas, a sabiendas de que los esperaba un notable espectáculo. Y el Enterrador no decepcionó a su público: el borracho no estuvo ni cerca de enterarse de dónde salió aquel cuchillo que ahora tenía clavado en el muslo derecho y lo obligó a lanzarse a la acera dando aullidos de dolor. El rubio, que se mantenía sobrio y atento, infirió que el Enterrador le había lanzado aquel cuchillo a su compañero. Pero se trató de eso mismo: una inferencia, una simple deducción del sentido común. Jamás sus ojos pudieron percibir el movimiento de el Enterrador, el exacto momento del ataque. Se dijo que, para saberlo, hubiese necesitado la cámara lenta de las transmisiones de fútbol.

El pelirrojo seguía retorciéndose en el piso, aullando mientras se tomaba el muslo con las dos manos. El arma también había quedado tirada en la acera, al alcance del rubio. Pero él no la hubiese cogido ni por todo el oro del universo.

El Enterrador, ahora sí, se acercaba *a ellos*. Seguía caminando con absoluta tranquilidad, como si fuese por un café.

—Escucha, él es nuevo en el barrio—trató de excusarse el rubio con voz trémula—. Él no te conocía, y hoy bebió demasiado y...

Decidió callarse. El Enterrador ya estaba de pie frente al pelirrojo. A él ni siquiera lo miraba. Recibió a esa actitud indiferente como a una buena noticia, pero todavía estaba muy lejos de tranquilizarse.

—¿Qué pasa con estos niños de ahora? —se preguntó el Enterrador. Y ahora sí miró al rubio y le dedicó una sonrisa escalofriante.

Aunque lo escalofriante no residía en la sonrisa en sí, sino en el hecho de que le estuviese sonriendo *él*, ese hombre legendario. Aquel infalible asesino al que recurrían los narcos y los jefes de las organizaciones más poderosas. Y no solo los de Ballymun, sino los de todo el país. Y había quienes decían que también trabajó para políticos y mafiosos de Londres y de varias ciudades de Europa. En el mundo, según contaban en el barrio, existían muy pocos matones con sus habilidades. Quizá exageraran, pero igual...

No, se dijo el rubio, no habían exagerado. Lo entendió cuando contempló al Enterrador cogiendo al pelirrojo del cuello y alzándolo en el aire como si se tratara de la liebre que acababa de cazar.

—¿Por qué me disparaste, niño imprudente?

El «niño» no era particularmente delgado. Por el contrario, debería pesar sus buenos ochenta kilos. Pero en las manos del Enterrador parecía más liviano que una bailarina. Entonces, se dijo el rubio, las proezas de fuerza que se contaban de él no eran inventos ni magnificaciones: en verdad ese hombre había sido capaz de romperle la columna a un poli con la rodilla, derribar a tres agentes entrenados y romper vidrios con el puño igual que en las pelis de Terminator. Todas esas inquietantes anécdotas había oído él acerca de el Enterrador, y aunque le temía y sabía que se trataba de un sujeto muy peligroso, pensaba que no debía tomárselas al pie de la letra.

Y, sin embargo..., ahora lo estaba viendo con sus propios ojos: la fuerza de ese hombre era brutal, casi se encontraba más allá de lo humano.

El pelirrojo no había atinado siquiera a responder. El Enterrador lo arrojó al suelo como a un trapo sucio.

—Perdónenos—alcanzó a decir el rubio. En realidad ese ruego se le había escapado de la boca, como si sus palabras hubiesen alcanzado un grado de

terror tan desesperante que las llevaron a actuar por sí mismas.

El Enterrador volvió a mirarlo a la cara. Ya no sonreía.

—No obligaré a este niño a pedirme perdón, porque ya no puede hablar. Tampoco tomaré mayores represalias. Si es cierto que no me conocía, espero que ya le haya quedado claro quién soy. Por las dudas, instrúyelo. De no ser así, la próxima vez no seré tan amable.

El rubio asintió varias veces con la cabeza, tenía los ojos abiertos como platillos voladores.

El Enterrador arrancó el cuchillo del muslo del pelirrojo, que gritó con las pocas fuerzas que conservaba. Después siguió camino, con igual tranquilidad que cuando ellos dos lo habían visto venir.

El rubio, desde ahora, contaría con más frecuencia las hazañas de aquel hombre. Y nunca más dudaría, ni por un instante, de su absoluta veracidad.

Frank Cody, conocido en el barrio —y en determinados círculos de Irlanda y de Europa entera— con el mote de el Enterrador, regresó al fin a su departamento en Ballymun. Las jugosas cuantías que obtenía por sus trabajos le hubieran permitido vivir en un barrio mucho mejor o en una casa enorme. Si quisiera, podría incluso permitirse el lujo de comprar una mansión, mudarse a Londres y ser vecino de Brooks. Pero a Cody le agradaba el barrio: la incertidumbre, el sonido de los disparos, el olor a desolación y muerte. Aquella atmósfera era lo más parecido hoy en día a aquellos wésterns de John Wayne o Clint Eastwood que le encantaba ver. Y de más está decir que él no debía preocuparse por la seguridad. Y si surgía algún problema con un distraído, alguien como aquel pelirrojo tonto con el que se topó esa tarde, Cody lo solucionaba a su expeditiva manera.

No había estado mal ese pequeño ejercicio. Hacía un tiempo que no le llegaba ningún trabajo en verdad interesante, y al menos le permitió mover un

poco los músculos y practicar el lanzamiento de arma blanca.

Y ya que necesitaba mover los músculos, le asestó unos buenos golpes a la vieja bolsa de boxeo que colgaba de una viga del techo. Cada golpe hacía bajar una bocanada de polvo. Ante el vibrante impacto de algunos golpes, a un tercero le hubiese dado la impresión de que no solo la bolsa, sino la casucha entera se caerían a pedazos. Pero Cody estaba acostumbrado a vivir en esa pocilga, y también amaba su olor a muerte.

Se sirvió su cena, aunque llamarla así resultaba exagerado: se limitaba a unas latas de conserva con frutas y verduras y a unos preparados proteicos que el dueño del gimnasio de la esquina le vendía a bajo precio —no era el único comerciante que prefería cobrarle a Cody más barato que a los demás. Todos preferían perder algunos billetes antes que ganarse la antipatía de un sujeto como él—. Todas sus cenas eran así de frugales: el organismo funcionaba mejor si uno lo cargaba de comida durante el desayuno y el almuerzo, y disminuía la cantidad durante la noche.

Se bañó y se puso a ver televisión. Mientras cambiaba los canales se encontró con una sucesión de lo que a él le parecía la misma basura de siempre: diálogos entre personajes, tonterías románticas o comedias. Lo que consideraba puras cosas de cobardes. Ninguna bomba, ninguna trompada, ningún duelo entre pistoleros o a cuchillo: nada de eso que a él le hubiera gustado contemplar. Creía que el mundo se volvía cada vez más blando y aburrido. Cada vez había más hombres a los que les gustaba acostarse con otros hombres o que no sabían tratar a sus mujeres con esa verdadera autoridad que tan bien se ejercía antaño. Al Enterrador lo indignaba que cualquier «zorra, hoy en día, salía a quejarse solo porque le habían dado una paliza, y que nadie fuera capaz de preguntarse qué habría hecho para merecérsela».

Sintió una honda repugnancia. Hubiese deseado que alguno de esos seres

detestables de la televisión se materializara allí mismo, frente a él, para poder descargar su furia dándole una buena paliza.

Sonó su móvil. También odiaba esos malditos aparatos, pero hoy en día nadie podía darse el lujo de prescindir de ellos. Ni siquiera él.

Un número desconocido acababa de enviarle un archivo de audio. Lo reprodujo, y al instante supo de quién se trataba. Aunque solo era una forma de decirlo, porque la verdad era que él nunca había visto en persona a quien se escondía detrás de esa voz de robot, esa inhumana voz generada por algún programa informático de esos que Cody, a quien nadie podría acusar de incoherente, detestaba tanto como a los móviles.

El número era desconocido porque ese cliente siempre cambiaba de móvil, una práctica común en cierto tipo de negocios.

Así que Cody tenía un nuevo encargo. Tipeó un escueto «ok». La paga era buena. El de la voz de robot pagaba bien, así que poco le importaba a él quién era ese tipo en realidad.

Parece que un detective, un tal Archer, había dejado de responder a las comunicaciones después de que se le encargara un trabajo. Él debía ir a visitarlo a su casa, y si no estaba allí tendría que averiguar a dónde se había ido. Y allí le haría entender, sin usar demasiado las palabras, que su esquiva actitud no le había resultado agradable al jefe.

Lo del detective representaría un mero calentamiento, un aperitivo. Después, según anticipó la voz robótica, le sería encomendado un trabajo mucho mejor pagado y de ejecución más gozosa. Cody sonrió al enterarse de quién se trataba, alguien del que había oído hablar. El tipo quizá lo proveyese de un desafío interesante, un duelo al estilo del Lejano Oeste en plena capital de Irlanda y en el siglo XXI.

Además, al Enterrador le encantaba sepultar ingleses.

Capítulo 14: El plan

El crepúsculo ya dejaba lugar a la noche. Los dos estaban en el apartamento, y los dos permanecían callados. Hacía unos minutos que Tanner se había terminado aquella lata de cerveza que disfrutó por cortesía de Cullen mientras le contaba al detalle los hechos y descubrimientos de sus últimos días. La verdad era que tenía ganas de tomarse otra lata, y en circunstancias normales se la hubiese pedido a su amigo sin ningún pudor. Sin embargo, él sabía que necesitaba dejarlo pensar, necesitaba de su cerebro mucho más que de su cerveza. Cullen poseía una capacidad de estrategia y planificación con las que él no podría siquiera soñar, y por eso había viajado hasta ahí. Y después de tomarse un avión y escapar de un perseguidor mediante una arriesgada maniobra automovilística, no interrumpiría los pensamientos de su amigo solo por sus ganas de beber.

Cullen reflexionaba sentado en un amplio y cómodo sillón, frente a una pequeña mesa de vidrio. Sobre la mesa, igual de quieto que él, había un vaso de zumo de naranja. Medio lleno o medio vacío, Tanner no se decidía respecto a su manera de percibirlo. Acaso lo mejor fuese la objetividad: una mitad del vaso contenía zumo y la otra mitad no, y punto.

Esa objetividad formaba parte de la serie de cualidades que convirtieron a Cullen en un gran agente, en general, y en un dotado para la parte analítica de las operaciones, en particular. Tanner y él resultaban tan diferentes... Era obvio con solo pensar en la bebida que cada uno eligió. Tanner se permitía perder el control, y debía admitir que una oscura parte de él incluso lo disfrutaba. ¿Una parte de él que deseaba *morirse*? El pensamiento le llegó como un relámpago frío, nunca se le había ocurrido ser tan terminante. Pero

debía admitir que últimamente actuaba como un suicida. Lanzarse como un demente a invadir la propiedad de Aldridge, un importante político, había sido el último de varios errores cometidos durante los últimos años. Y la muerte de ese chico durante el trabajo aquel para Brooks. Quizá pudo haberla evitado, quizá la intromisión del chico lo tomó por sorpresa porque él ya no era el mismo. Se descuidaba, intentado matarse —aunque el gatillo lo apretara otro—, y había terminado por matar a un inocente. Y Tanner no era precisamente un hombre ajeno a la idea de asesinar a sangre fría, y su única esperanza de no ir al infierno se reducía a confiar en que el infierno no existiese. Pero matar a un niño había sido duro, incluso para un condenado como él. Una de esas acciones que solo un auténtico monstruo podría purgar de su cabeza sin dejar rastro alguno. Así que, al parecer, Tanner conservaba algún porcentaje de humanidad, que lejos de redimirlo terminaba de martirizarlo y sellar su destino atroz.

Observó a Cullen, que a su vez miraba a la ventana desde el sillón y le ofrecía a Tanner su indiferente perfil. ¿Sería Cullen, esa máquina desapasionada y eficaz, capaz de enamorarse? ¿Se habría alguna vez *perdido* por una mujer?

Por fortuna Cullen interrumpió sus reflexiones cuando lo miró con expresión de disponerse a hablar.

—Se me ocurrió algo. No es el plan más seguro ni el más brillante que existe, pero es el único que creo aplicable al día de hoy.

—Lárgalo de una buena vez—dijo Tanner, intentando hablar con cierto tono sarcástico para que no se le notara la ansiedad—, deja ya de justificarte.

—Bien, te lo explicaré. Seguramente supones que el MI6 me ha asignado una identidad, como es lógico dado que me hallo aquí en Dublín trabajando en un caso como agente encubierto.

Tanner asintió. Cullen siguió hablando:

—Bien, esa identidad es la de Kuna Baráth. Si nunca antes oíste hablar de él es porque nació conmigo. Es un personaje creado exclusivamente para esta misión, con documentos propios, propiedades a su nombre, licencia de conducir y seguro médico, en fin, con todos los flancos cubiertos en caso de que alguien con recursos sospechara de él y se le ocurriese investigarlo.

—Sí, Cullen, aún recuerdo cómo se conduce el MI6 en las misiones muy importantes.

—Me alegro. Bien, resulta que este Baráth, como te imaginarás, no es un párroco ni un artista de variedades, sino un delincuente. O, para ser más concreto, un narcotraficante húngaro, uno de los más importantes de su país. Y entenderás que él se ha vuelto conocido en Dublín hace relativamente poco tiempo. De hecho, justo desde que me enviaron a esta misión. Aunque, de más está decirlo, el terreno había sido preparado antes. Nos encargamos de que a varios de los más importantes narcos irlandeses le llegaran referencias sobre el tal Baráth.

—Entiendo, no me sigas explicando sobre los trucos del MI6, no me vendrá bien la nostalgia. Quiero oír tu plan.

—Lo cierto es que Kuna Baráth tiene un poderoso competidor, a quien debería desbancar si quiere mudarse a Dublín. Te imaginarás que ese es el hombre que estamos buscando, y por eso invertimos tiempo y dinero en montar una falsa red de producción y distribución de drogas, aunque para mayor verosimilitud hemos contratado muchos criminales reales y cometido ilícitos. Ya sabes: el fin siempre justifica los medios para nosotros.

«Está bien, está bien, tienes razón, no te seguiré dando charla sobre los métodos del MI6. Lo cierto es que parte del plan es desatar una guerra contra este poderoso competidor, que por si no te lo dije se llama Neil Farrel. Sabes que si bien el MI6 designa los objetivos, yo soy quien diseña y envía al alto mando para su aprobación las estrategias, que para eso me pagan. Tenía

pensado desatar la guerra contra Farrel atacándome a mí mismo, lo que en la guerra llaman un ataque de falsa bandera, y así darme una excusa válida para tomar la ofensiva. Lo que, según muchos, los norteamericanos hicieron con Pearl Harbor.

Tanner intentó adivinar lo que había en la cabeza de su astuto excompañero:

—Piensas iniciar una guerra y que en determinado momento entablen una negociación. Y así lo tendrán con evidencias de sobra.

—En realidad, pienso matarlo.

—¿Matarlo? —Ahora sí que Tanner se había sorprendido.

—Tú sabes, aunque no es la norma, existen ciertos asuntos que se resuelven así.

—Al MI6, sin duda, no le agrada ese tal Farrel. Solo toman esas decisiones cuando...

—Es algo personal, sí. En alguna ocasión los hombres de Farrel, que hace mucho tiempo consigue esquivarnos, eliminó a tres de nuestros agentes. Así que el MI6 se hartó de hacer las cosas según el manual. La operación en la que estoy metido es clandestina. Muy pocos sabemos lo que en realidad sucederá.

—Una operación secreta dentro de una agencia secreta. El MI6 es una paranoia al cubo, no sé cómo no enloqueces trabajando todavía allí.

—Uno aprende el arte de no formular preguntas, ni siquiera a uno mismo.

—Yo no domino ese arte, así que te preguntaré algo.

—¿Qué?

—¿Tienes otra?

Tanner alzó la lata vacía y la agitó en el aire. Con gesto adusto de madre preocupada, Cullen le dijo que fuese a la nevera y se sirviese.

Mientras abría esa segunda lata, Tanner dijo:

—Bien, ¿y cómo entra mi problema dentro de tu misión?

—¿No te lo figuras?

Ahora fue Tanner quien puso mala cara.

—Ya sabemos que yo soy el hábil, el intrépido y el que adoran las chicas, y tú el sabiondo aburrido—dijo—. No presumas y dime de una buena vez qué te traes.

Cullen cambió su gesto adusto por una sonrisa:

—Bien, te lo explicaré, aunque no te lo merezcas, y si no entiendes te lo representaré con títeres.

—Eso sí que me gustaría verlo. —Tanner acababa de dar el primer largo trago a la cerveza y sentía que el corazón le había vuelto a latir.

—Es muy simple, lo digo de verdad, debes de andar muy ofuscado para no entenderlo. Baráth es un jefe narco, no un matón. Así que debe organizar un operativo y contratar a un verdadero asesino profesional para que liquide a Neil Farrel.

—Acaso sugieres contratar a...

—A la Sombra. ¿Quién mejor? El MI6 pagará los honorarios.

—Suena muy simple, hasta yo podría haberlo pensado. Lo que pasa, señor genio, es que la parte difícil es contactar a la Sombra, no encargarle una misión.

—Aquí entra en juego la doble personalidad de Baráth. Los bajos mundos de Dublín saben que intenta establecer su red de narcóticos en la ciudad, pero los señores y señoras de la alta alcurnia y altas finanzas lo conocen como un empresario húngaro que viene a establecerse en el país. Aunque algunos de esos empresarios, de los que mi carismático personaje se ha hecho bastante amigo, comparten con él otros negocios sucios y son de la clase de gente que no vacila en tomar medidas drásticas cuando alguien amenaza su juego.

—¿Crees que alguno de ellos podría contactarlo con la Sombra?

—No lo creo, lo sé. Confío especialmente en un hombre, Frank Dunne, un respetable magnate que en realidad está mucho más sucio que el propio Neil Farrel. Él me hará el favor. Si Dunne no lo conoce es porque la Sombra no existe.

—Sé que existe.

Tanner iba a dar un último trago a su cerveza vacía, buscando las últimas gotas. Cullen se puso de pie y lo detuvo cogiéndolo del antebrazo.

—Eres mi amigo, por desgracia, y tendré que hacer esto por ti. Pero vas a tener que colaborar, y para eso deberás estar en pleno uso de tus facultades, ¿me explico?

Tanner apretó la lata hasta convertirla en una bola de metal.

—Te explicaste muy bien, agente Cullen.

Se sucedieron unos segundos de silenciosa tensión. Hasta que Cullen dijo:

—No te preocupes, Thomas. Acabaremos con él.

Capítulo 15: Brooks recibe una llamada incómoda

Durante unos minutos de la mañana que precedió a aquella noche, el deber marital había obligado a Brooks a acostarse con su propia esposa. Aquel era un acto que no cometía muy seguido, pero que, según su modo de ver, podía poner de mal humor a cualquiera.

Ya daban las diez y él no quería otra cosa que irse a dormir. Al día siguiente se sacaría el olor de Amelia —ese mustio hedor a clóset cerrado durante mucho tiempo, atestado de polillas— con alguna de sus amantes.

Sí, no había mal que no se curara con la fragancia de la juventud.

Brooks sonrió al pensar en eso. Paladeaba sus futuras noches entre pechos rígidos, deslizándose por sinuosas curvas de piel rosada, y las vivía en su mente con una claridad tal que se le antojaban recuerdos del futuro.

Hasta que tuvo que sonar el maldito teléfono.

—No estoy para nadie—le dijo Brooks al «gorila-empleado» que le trajo el teléfono—. Ya es tarde, que llamen mañana.

—Es el diputado Aldridge—dijo su estoico factótum.

Brooks saltó de la cama en la que se acababa de meter.

—¿Estás seguro? ¿Lo comprobaste?

—Por supuesto que sí, señor.

—Maldita sea. —Brooks ya había comenzado a vestirse, a toda velocidad, y maldecía la inoportuna irrupción de esa llamada: él pensaba que el día ya había terminado—. Dame ese teléfono.

El «gorila-empleado» obedeció. Brooks ya tenía el auricular del teléfono

en el oído:

—Hola, habla Brooks —dijo con sequedad.

—Señor Brooks, ya le habrán dicho quién soy.

—Sí, me ha avisado uno de mis hombres.

Brooks había utilizado la expresión «uno de mis hombres» para que el diputado creyese que él vivía con un ejército encargado de su defensa.

—Mejor así—dijo Aldridge—, así nos evitamos prolegómenos. Se imaginará que no lo llamo como político, sino como hombre de negocios. ¿Sabe usted de mis negocios?

—Algo. —Brooks hizo una pausa y no recibió respuesta. Volvió a hablar—. Sé algo sobre sus negocios.

—Por supuesto que lo sabe. —La voz del diputado adquiría una mayor intensidad. No parecía latir en ella una amenaza a Brooks, sino una especie de rabia y de odio contenidos, un viejo rencor orientado vaya uno a saber a qué o a quién—. Los hombres como usted saben a qué se dedican los hombres como yo, y viceversa.

—Usted habló de evitar prolegómenos—dijo Brooks, que no se dejaría intimidar y ya se encontraba algo fastidiado. Esta charla le resultaba aun más desagradable que el sexo con su esposa—. Le agradecería, entonces, que fuera al grano. No creo que me haya llamado para saber si lo conozco.

—No, por supuesto que no.

Aldridge hizo otra pausa antes de seguir. Brooks aprovechó para prender un cigarrillo que, ante una seña de él, le alcanzó su «gorila-empleado» —no había recibido autorización para retirarse, así que se mantenía de pie bajo el vano de la puerta.

—Quisiera saber, Brooks... —Al fin el diputado llegaba a la parte importante—. Si usted tiene algo que ver o quizá sabe algo respecto a una visita inesperada que tuve hace unos días.

Brooks lo pensó unos segundos, aunque en realidad no necesitaba pensarlo: él no había ordenado ningún movimiento en contra de Aldridge. No estaba tan loco como para ganarse enemigos así sin un motivo válido.

—Yo no mandé a nadie, si a eso se refiere.

—¿Está seguro?

Esa pregunta le pareció insultante a Brooks, pero decidió mantenerse en sus cabales. Los años le habían enseñado que el orgullo, y las pasiones en general, perjudicaba los negocios. Las muestras de poder debían ser calculadas y oportunas, y no fruto del ensañamiento personal. Respiró hondo, pensó que cuando cortara la comunicación ese día nefasto, ahora sí, se terminaría *de verdad*, y respondió:

—Créame que estoy seguro, Aldridge. Aquí nadie puede sacarle punta a un lápiz sin que yo me entere, y mucho menos sin que lo autorice.

Hubo otro silencio, unos pocos y larguísimos segundos. Brooks volvió a hablar:

—Si no tiene nada más que pregun...

—Disculpe, Brooks, pero sí, tengo algo más que preguntarle.

—Dígame.

—¿Sabe de alguien que pudiese tener...digamos...rencor hacia mí? ¿O de alguien que necesitara saber algo a través de mí?

—Necesitaré que sea más específico respecto a eso último.

—No puedo ser más específico, usted comprenderá. Pero digamos que alguien quiere que lo contacte con otra persona, por ejemplo, una persona a la que nadie le conoce el rostro y a la que resulta muy difícil llegar. Una persona que se encarga de ejecutar trabajos mortales y es infalible.

Esta vez fue Brooks el que se quedó en silencio unos segundos. Y le llegaron las imágenes de Tanner, con un aspecto nada bueno, acudiendo a su despacho, contándole la vertiginosa historia de sus últimos días. Y se acordó

de él mismo, de Brooks, contándole respecto a Aldridge y a la Sombra.

¿Así que Tanner había irrumpido en la casa del diputado para preguntarle sobre ese asesino? ¿Tan loco estaba? Por lo que Aldridge acababa de decir, no existía otra explicación.

La voz del propio Aldridge, desde el otro lado de la línea, interrumpió sus pensamientos:

—¿Y bien, Brooks?

—Estaba pensando—le dijo—. Y la verdad es que no se me ocurre a nadie capaz de hacer lo que usted me dice.

—Bien—dijo Aldridge, que no sonaba muy convencido—. Le agradecería que me informara si se entera usted de alguna novedad, de algo que pudiera responder a mi pregunta. Es un favor que le pido, de un hombre de negocios a otro.

—Lo haré—respondió Brooks. Más que nunca, ya solo quería cortar la comunicación y terminar ese maldito día.

—Muchas gracias, señor Brooks. Buenas noches.

Él también le dio las buenas noches y el diputado cortó.

Brooks entregó el teléfono a su empleado y le dio autorización para retirarse.

Se quedó pensando, no en Aldridge, sino en Tanner. Si se coló por las suyas en la casa del diputado, realmente había enloquecido. Y, para colmo, lo llamó para avisarle que dejaba el país. ¿En qué andaría metido?

Brooks tomó consciencia de que si Aldridge llegaba a enterarse de que él le había ocultado información —la visita de Tanner a su oficina— se ganaría un enemigo nada desdeñable. No era probable que el diputado se enterara de eso, ni se imaginaba a Tanner contárselo —loco o no, Tanner no era un soplón—. Sin embargo, nunca se debía subestimar a la mala suerte.

Brooks se metió otra vez en la cama, sintiéndose más viejo que antes.

Pensó en sus amantes. Pensó en los pechos turgentes, en la piel rosada con el aroma de los sueños.

Una mujer joven: el único lugar que olía bien, el único lugar dentro del que podía sentirse del todo seguro.

Capítulo 16: Una transacción comercial y un disparo preciso

Se habían reunido en un paraje alejado. Cullen usaba una peluca y unos bigotes incómodos, pero a los que incluso un ojo experto dudaría en calificar o no como disfraz. Y el hombre voluminoso y barrigón que ahora le hablaba distaba bastante de ser un experto en disfraces. Sí sabía mucho de armas, o al menos eso demostraba al describir meticulosamente los modelos que ofrecía.

—Mi jefe necesita un artefacto con poder de destrucción —decía Cullen— y que le garantice dar en el blanco a una distancia considerable.

Aquel barrigón se llamaba Peters y era uno de los más conocidos vendedores de armas de la región. Usaba el pelo rubio y largo hasta los hombros, sin preocuparse por la notoria calvicie que avanzaba sobre la parte superior de su cabeza. Cullens lo juzgó uno de los seres humanos más desagradables que había conocido en su vida. Viniendo de un agente del MI6 especializado en misiones de infiltración, y a menudo obligado a lidiar con lo más vil de los bajos fondos, ese juicio sonaba mucho más contundente.

Peters, por enésima vez, escupió al suelo. Al parecer, era un hábito.

—Lo que usted me pide ya es de nivel militar —dijo y mostró una sonrisa sardónica mientras se enjugaba la frente—. Puedo conseguírselo, pero me demoraré un poco. Aguárdeme un segundo, le mostraré.

Peters se volvió, dándole la espalda. Se acercó al coche en el que llegó, un Ford viejo, sucio y de aspecto destartado. Abrió el baúl y sacó lo que, desde la distancia en la que se encontraba Cullen, parecía ser una billetera. Pero, por experiencia, él imaginó que se trataría de una especie de catálogo.

En efecto, cuando Peters estuvo de nuevo frente a él sostenía una pila de fotos. Las fue revisando una a una hasta llegar a la que quería.

—Mire—dijo con la expresión orgullosa de un niño que exhibe el último juguete que le han comprado—. Este bebé reúne esos requisitos que usted pide, y más. Es cómodo y relativamente pequeño si uno piensa en la capacidad de destrucción que le ofrece.

Cullen examinó la foto. Y Peters no mentía cuando habló de nivel militar: a aquel lanzamisiles uno lo relacionaría con un conflicto entre dos ejércitos nacionales y no con un presunto atentado por el control del negocio de las drogas, como el que Tanner y él tenían pensado fraguar.

Cuando Cullen repasaba aquel plan en su cabeza se le antojaba, sin duda, más que intrincado, incluso para lo que él acostumbraba. Se dijo que quizá se estaba volviendo tan loco como Tanner.

No era para tomarse a broma el estado actual de su amigo. El segundo paso de los varios que contemplaba la estrategia correría a cargo de él, y no solo resultaba indispensable que se ejecutara a la perfección, sino que también implicaría una prueba para saber si Tanner se encontraba en condiciones de afrontar lo que vendría. Respecto a su conducta, su viejo compañero sabía mostrarse tan duro como siempre, o casi, pero la verdad se vería en el campo de acción. Atacar a un diputado como Aldridge había sido una decisión digna de un demente, y él se había salvado solo merced a esa buena fortuna que, precisamente, a veces bendice a los locos. Pero si Tanner fallaba ahora, Cullen se dispondría a cancelar todo lo que viniera después. El plan ya resultaba riesgoso con un compañero en condiciones, pero llevado a cabo en alianza con uno que no diera la talla, ya podría considerarse directamente un acto suicida.

Cullen había llegado vivo hasta aquí, y pretendía vivir unos años más.

Ahora, no obstante, debía concentrarse en Peters, que seguía sudando y

acababa de escupir al piso de nuevo.

—¿Cuánto? —preguntó Cullen.

Peters lanzó una cifra.

—Es el precio para los amigos—mintió después, y volvió a sonreír de ese modo tan desagradable.

—Me parece bien—dijo Cullen—, lo quiero mañana.

—Imposible, piense que tengo que...

—Mañana, Peters, lo quiero mañana mismo.

La frente de Peters ya era una catarata de sudor.

—Está bien—contestó—, veré qué puedo hacer.

—Haga lo que sea. Mi jefe lo necesita para mañana a la noche, a más tardar. Es eso o nada.

Peters asintió. Cullen le adelantó unos billetes, el diez por ciento del total. Convinieron el horario para un nuevo encuentro.

Aunque lo horrorizaba la idea de tocar a ese hombre, Cullen le estrechó la mano. Peters guardó en su espacioso bolso las armas que le mostró antes de recurrir a las fotografías. Después, con lentitud, caminó hasta el Ford viejo y sucio.

Cullen lo vio arrancar. El Ford habrá demorado un minuto en perderse de su vista, alejándose por esa ruta casi desértica.

Mañana él terminaría la transacción. Y pasado mañana sería el turno de Tanner.

Tanner dispondría de una sola oportunidad para acertar al objetivo, un enorme camión que atravesaría aquella ruta. La zona se hallaba bajo la vigilancia de dos profesionales armados: los hombres de Cullen —o, mejor dicho, de Baráth— observaban cada kilómetro escondidos detrás de los árboles, entre el follaje que daba color a la banquina. Tanner debió cuidarse

de que no lo vieran al internarse en ese mismo refugio verde, y ahora permanecía en posición de cuerpo a tierra con el hombro apoyado contra un grueso roble. Agazapado en ese punto ciego, disponía de un arma más que profesional diseñada ex profeso para ese tipo de ataques: el lanzamisiles que Peters le vendió a Cullen.

Y de más estaba decir que, por primera vez en su carrera, había recibido las instrucciones y la información por parte de la propia «víctima» del atentado, y eso representaba una ventaja determinante. Cullen sabía la distribución exacta de sus hombres y se la había informado a Tanner. Claro que, en pos de la verosimilitud, su personaje Kuna Baráth no disminuyó un ápice la vigilancia: apenas ocurriese lo que en breve iba a ocurrir, Tanner sería buscado y perseguido. Debería huir rápido.

Después, algunos detalles prolijamente dispuestos llevarían al *alter ego* criminal de Cullen a atribuir el atentado a su principal enemigo y competidor, Neil Farrel, y le darían así una excusa para iniciar la guerra.

Y todo dependía de un disparo. Tanner tendría una chance, y no podía errar. Si se equivocaba las cosas se complicarían mucho, o hasta se echarían a perder.

Tanner miró el reloj: las tres y cinco de la tarde. En diez minutos el lejano ruido de un potente motor debía anunciar al camión que traía el cargamento, una considerable ración de drogas que ciertos funcionarios de la aduana y agentes de la Policía irlandesa habrían de ignorar. El *alter ego* de Cullen los persuadió con unos cuantos miles de argumentos al contado.

Durante su entrenamiento en la academia del MI6, Tanner había recibido varias lecciones sobre el control de la mente durante situaciones límite. Claro que gente como Cullen destacaba más en esas clases que el impulsivo y a veces hasta díscolo Tanner. Sí recordaba muy bien una de las afirmaciones de aquel profesor: a la hora de enfrentarse al enemigo, la mente resultaba tan

importante como el cuerpo, o incluso más. Los años le habían enseñado a Tanner que aquello era una gran verdad, aunque él no siempre predicara con el ejemplo.

En cualquier otro período de su vida y su carrera, una situación como la actual no estaría ni cerca de justificar el recurrir a uno de esos ejercicios de concentración. Se trataba de un disparo que requería, a lo sumo, una precisión mediana —al fin y al cabo, y aunque móvil, el blanco era muy grande—. No obstante, este no era un momento cualquiera: la imagen de Sandra acribillada en el departamento frente al ventanal, la silueta recortada contra el cielo cubriéndose de humo y temblando ante cada disparo feroz... A cada instante esa escena irrumpía en la pantalla de su mente y amenazaba con desconcentrarlo. ¿Y si los disparos que sonaban en su cabeza, acompañando esas horribles imágenes de la memoria, le impedían percibir el sonido del motor? ¿Y si no se preparaba a tiempo y cometía el humillante error de no acertar ese disparo? ¿O si no acertaba de lleno y volcaba el camión sin destruir la mercancía?

Además, y si bien Cullen se encargó de que su misión con el MI6 encajara con los planes de él, se estaba jugando el pellejo por ayudarlo. Si fallaba, sin duda lo comprometería. Así que no estaba en juego solo su cabeza, sino también la reputación de su amigo.

No, de ninguna manera podía equivocarse esta vez.

Intentó, entonces, dejar la mente en blanco —o casi—. Fijar la vista en el frente, el punto exacto en que debería impactar al camión cuando apareciese.

Tampoco volvió a mirar el reloj ni a los costados. Cullen le aseguró que ninguno de sus hombres lo sorprendería: tenían órdenes de no abandonar su sitio y limitarse a informarle si detectaban cualquier movimiento sospechoso.

Tanner toleró aquellos minutos de silencio, de insoportable inactividad, sin correr su mirada de la zona donde más temprano que tarde se colocaría su

objetivo. A la carretera apenas la cruzaba algún que otro coche, y solo lo acompañaban en su contemplación los altos postes de luz y el silencioso follaje. Y también los hombres de Cullen, claro, igual de silenciosos y mucho más escondidos, aunque a una distancia prudencial que debería permitirle escapar sin complicaciones.

Al fin oyó el lejano sonido del motor. Un motor que reconoció con facilidad: no era un automóvil común, sino el gigantesco vehículo por el que aguardaba.

Comprobó, por última vez, que el lanzamisiles estaba preparado para entrar en acción. Si aquella arma fuese capaz de experimentar emociones, sin duda que también se sentiría ansiosa por ejecutar aquello para lo que fue diseñada.

El lanzamisiles y Tanner no eran muy distintos: dos máquinas perfectas concebidas para la más eficaz destrucción.

Y Tanner demostraría que él aún seguía *funcionando* como en sus mejores tiempos.

Si miraba hacia el costado ya podía percibir la inminente parte delantera del camión. Colocó el pulgar a milímetros del gatillo. Debía esperar más. Un poco más. A quince metros, a doce metros, el camión seguía avanzando y se acercaba al punto culminante. Tanner ya se había colocado tapones en los oídos. Pronto los hombres del *alter ego* narco de Cullen recibirían en los tímpanos un impacto brutal, y cualquier conductor o caminante casual que atravesara la ruta se llevaría la sorpresa de su vida. Tendría una anécdota que contar a sus nietos, si es que vivía para contarla.

Tres metros, dos metros, seguía contando Tanner en voz baja, el ojo definitivamente pegado en la mira, el pulgar rozando el gatillo.

Un metro.

Ahora, se dijo.

Y gatilló el lanzamisiles.

El camión se elevó un par de metros por sobre el asfalto y estalló en un maremágnum de llamas y acero. El estruendo penetró incluso los tapones de Tanner: él pensó que debió de haber sido en extremo hiriente para quienes no contaban con esa protección, como si les clavarán un puñal en los oídos.

Fue un tiro excelente. Tanner se felicitó, se dijo que seguía en forma.

Le hubiese agradado quedarse un rato allí, contemplando el hermoso —a su manera— espectáculo del camión devorado por el fuego. Pero los hombres de Cullen ya lo estarían buscando.

Plegó el arma, que se convertía rápidamente en una especie de maleta. Tanner había practicado varias veces hasta lograr desmontarla y llevársela en menos de medio minuto. Por fortuna, esta vez logró hacerlo igual de rápido que en sus mejores entrenamientos.

A gachas, sin intención de asomar la cabeza por encima del follaje, atravesó la banquina en dirección opuesta a la ruta.

Allí encontró una moto que Cullen le había conseguido. Agradeció que existiesen esas correas del lanzamisiles que permitían cargarlo como a una mochila. Se lo cargó a la espalda y aceleró.

Los hombres de Cullen recién estarían recuperando la audición y él ya se hallaba lejos, muy lejos de su alcance. Había triunfado en su misión, igual que sucedía casi siempre. Con el viento pegándole en el rostro y la vertiginosa sensación de velocidad corriéndole por las venas, Tanner se sentía rejuvenecido.

Y, con el impulso de esas fuerzas renovadas, se juró a sí mismo que ni la Sombra ni nadie podrían enterrarlo antes de tiempo.

Capítulo 17: El detective Archer subestima su importancia

Archer fumaba detrás del escritorio de su desolada y pequeña oficina. Por momentos se arrepentía de haber cortado sin aviso toda comunicación con su desconocido y ocasional jefe. Pensaba que mejor hubiese sido decirle que había perdido a aquellos dos hombres, que los siguió desde el aeropuerto hasta la entrada que conducía al centro de la ciudad y allí uno de ellos consiguió perderlo mediante una maniobra temeraria. Él había tenido éxito en otras ocasiones, esta era la primera vez que se equivocaba: quizá su empleador lo hubiese entendido.

Pero incluso a través de la aséptica voz robótica o la impersonal tipografía de los mensajes podía sentir en las palabras que aquel hombre elegía para expresarse una nula tolerancia a los fallos, una absoluta impiedad. Se lo manifestaban el olfato y la experiencia.

Y entonces, como ahora, se decía que había sido una mejor decisión no responderle nunca más y empezar los trámites para en breve mudarse de oficina. Se anunciaría con otro nombre y, desde ya, tendría otro número de teléfono. Pediría que se le enviaran al nuevo número las llamadas a la oficina anterior de clientes conocidos. A los desconocidos que llamasen al viejo número simplemente se les diría que allí no conocían a ningún Archer: siempre existiría el peligro de que se tratara de un enviado de su resentido jefe haciéndose pasar por cliente con el objetivo de ubicarlo.

El mayor consuelo de Archer, en esos días tensos, era pensar que su importancia en la organización de su empleador ocasional era muy baja y que

no se molestaría en tomar represalias contra él. Al fin y al cabo, Archer no sabía nada ni de ese hombre ni de su organización —de hecho, estaba *asumiendo* que se trataba de una organización, o al menos de una persona con numerosos recursos—. Él no poseía ningún dato incriminatorio ni comprometedor, ni tampoco había cometido una traición imperdonable. Simplemente había dejado de contestar.

¿Y cuánto castigo podía traerle eso a un hombre?

De todos modos, el detective había tomado la precaución de contratar a un profesional para que lo custodiara hasta que consiguiese cambiar de oficina. Un gasto adicional pero que le permitiría vivir más tranquilo durante las dos semanas que, según sus estimaciones, demoraría el proceso. Malditos contratos de alquiler: él hubiese querido mudarse apenas esos dos canallas lo burlaron en la ruta.

El profesional que Archer contrató se llamaba Heinz. Sus ancestros habían sido tan alemanes como lo indicaba su apellido, y la sangre teutona que le bullía por las venas se evidenciaba en su magnífico porte y en su prolijo pelo rubio. Los músculos y su extraordinaria habilidad para el combate, en cambio, no tenían tanto que ver con esa herencia: se los había ganado tras rigurosos entrenamientos en algunas agencias gubernamentales. Ahora trabajaba por su cuenta. Además de con sus mortíferas habilidades, Heinz contaba con la inestimable ayuda de una Glock 17, bien disimulada bajo su saco y nunca muy distante de sus dedos.

Durante el día y la tarde Heinz entraba y salía de la oficina del detective Archer, aunque cuando estaba adentro no dejaba de prestar atención a la ventana. A la noche, por otra parte, el riesgo de recibir a algún visitante indeseado aumentaba, y por ende, también la atención de Heinz.

Hacía un rato que había empezado a anochecer. Archer vivía en una habitación detrás de su oficina, y era aún más inhóspita y pequeña. Más allá de estos momentos de tensión, lamentaba haber perdido contacto con su misterioso cliente porque, si bien requería sus servicios muy de vez en cuando, en cada una de esas oportunidades le había pagado muy bien. Lástima, se dijo Archer, pues sus trabajos más corrientes consistían en perseguir a las esposas de maridos con sospechas de ser engañados, y ese tipo de vulgaridades.

Aunque, debía admitirlo, trabajar con maridos celosos nunca lo hubiese llevado a temer por su seguridad. Sin duda, esos trabajos no provocarían que le galopara el corazón o que se le llenara de sudor la frente, tal como le sucedía ahora.

En la oscuridad, a pocos pasos de donde parado vigilaba Heinz, se detuvo una moto. La montaban dos personas, el piloto llevaba casco y la otra parecía ser una mujer. Llevado por la desconfianza inherente a su oficio, y por debajo del saco, él posicionó la mano más cerca de la Glock. Ciertas profesiones no solo provocan, sino que exigen que se perciba a todo ser humano como culpable hasta que se demostrara lo opuesto.

La chica de la moto era rubia, joven, bastante bella. Comenzó a caminar por la vereda mientras el piloto seguía montado en su motocicleta, al parecer esperándola.

Bastó ese segundo de distracción para que Heinz no lograra advertir a tiempo a otra figura, una silueta negra que surgía a un costado. Sí alcanzó a tocar el mango de la Glock, pero cuando ya era tarde. Un estruendo, un dolor en la mano que aunque conocido —no era el primer balazo que recibía en su dilatada carrera— no dejaba de ser espantoso. Y la tibia sangre pegoteándole la mano inútil. La figura avanzó hacia él, y aunque Heinz intentó defenderse

con su brazo disponible fue en vano: dos golpes certeros lo tumbaron. Oyó el motor de la moto, alejándose. ¿Habría sido ese elemento distractor parte del plan o simplemente su atacante había aprovechado esa circunstancia fortuita para arremeter contra él? Ya nunca podría saberlo.

Encerrado en ese miserable cubil al que llamaba casa, el detective Archer por fin había conseguido un estado semejante al sueño. Hasta que un ruido, que sin duda era un disparo y sin duda provenía de afuera, lo despertó.

Manoteó su abrigo, colgado en una silla al lado de la cama, y sacó su arma del bolsillo. Puso el ojo en la mirilla y se preparó para gatillar. Desde su posición podía contemplar la oficina en penumbras: había dejado prendida la lámpara portátil de la mesa donde él se sentaba y también invitaba a sentarse a los clientes que acudían en busca de ayuda.

Ahora quien necesitaba ayuda era él. Se preguntó dónde se hallaría Heinz en este instante: le resultaba imposible divisar su robusto cuerpo tras el vidrio de la oficina. ¿Ese disparo que acababa de oírse tendría algo que ver con esa desaparición?

Si un hipotético atacante había sido capaz de deshacerse de un exagente altamente entrenado como Heinz, poca posibilidad tendría contra él un mero detective propiciador de divorcios, más habituado a disparar cámaras de fotos que armas de fuego.

Seguía observando por la mirilla, a pesar de la ausencia de movimientos, estaba convencido de que algo andaba mal. Su imposibilidad de ver a Heinz —no quería llamarlo en voz alta para no delatar su posición—, el disparo que había sonado hacía poco, la sensación de amenaza que arrastraba desde aquel trabajo fallido en la ruta: todo aquello conspiraba contra sus nervios, provocaba que el silencio se oyese bajo la forma de un grito sordo y ensordecedor.

«Si debe suceder algo hoy... —se dijo el detective Archer como quien reza una última plegaria— ... que suceda de una maldita vez».

La terrible respuesta a su plegaria llegó en forma de un sonido violento, mezcla de pólvora explotando y de madera crujiente, acompañado por un ardor en la pierna, apenas por debajo de la rodilla. Archer cayó con la espalda contra el soporte de la cama y se miró la pierna sangrante. Resistió el instinto de tomársela con las manos: entendía que su prioridad era sostener el arma y apuntar a su agresor, que pronto se revelaría. De algún modo se movió por la oficina en penumbras sin que él lo pudiese detectar a través de la mirilla. No solo, al parecer, su ocasional jefe lo consideraba más importante de lo que creyó, sino que se había tomado la molestia de enviar a un verdadero profesional a castigarlo. Y dado que incluso sin conocer siquiera el rostro de ese profesional ya tenía una herida de bala, no podía esperar que su castigo por incumplimiento terminara por ser misericordioso.

Un golpe hizo temblar la puerta, que Archer ahora contemplaba desde el suelo. La madera resistió. Archer tenía la vista nublada por el dolor: la densa sangre se expandía, ya le manchaba los calcetines y se le metía dentro de los zapatos, y al ardor se había sumado un insufrible cosquilleo.

Todavía, eso sí, era capaz de pensar: si su enemigo estaba golpeando la puerta, sin duda con intención de tirarla abajo, era su mejor oportunidad para atacarlo antes. El detective alzó el arma y, tratando de mantenerla en un adecuado balance, apuntó al borrón amarronado en que aún reconocía a la puerta de madera. Disparó dos veces.

Bajó el brazo: las energías se le escapaban del cuerpo. Ahora sí se puso definitivamente a rezar sin ninguna vergüenza:

«Dios mío, que le haya dado. Por favor, Dios, ojalá que le haya acertado al maldito...»

Claro que el detective Archer nunca había sido muy devoto. Y cuando

volvió a oír un poderoso golpe y a ver que la borrosa puerta temblaba de nuevo entendió que no se había esforzado lo suficiente para merecer ahora la ayuda divina.

Y entendió también que ya no tendría tiempo para remediar ese error, ni ningún otro.

Un tercer golpe, mucho más poderoso que los dos de antes. Archer pensó en la estampida de un mamut y no en los esfuerzos de un ser humano.

La puerta se abrió.

Impulsado por su instinto de conservación, esa reserva de fuerza que todo ser humano desencadena en los momentos cruciales, Archer volvió a alzar el arma. Pero antes de que pudiese siquiera apuntar, una patada se la arrancó de los dedos.

Ante el detective se erguía un hombre alto, robusto y enmascarado. Vestía de negro. Se sacó la máscara, y sin ella daba más miedo todavía: el pelo canoso casi al rape, las facciones cuadradas y afiladas.

—Me dijeron que lo haga sufrir un poco, Archer—dijo el hombre—. Usted dejó de devolverle las llamadas a una persona demasiado importante y que no tolera fallos.

El detective se preguntó si, contrariamente a él, ese asesino sabría para quién trabajaba. Hubiera deseado preguntárselo: al menos por curiosidad. ¿No se merecía un hombre, al menos, saber quién había ordenado terminar con su vida?

Su vida...Archer pensó que no había sido la gran cosa, y que quizá no debería preocuparse tanto por terminarla en ese momento. Siguió pensando en eso mientras el hombre canoso lo levantaba como a un niño, lo envolvía en un feroz abrazo de oso y le quebraba las costillas: el sonido de los huesos astillándose se oyó similar al de la puerta de madera al ser atravesada por los balazos. Quizá un ser humano no era tan diferente a cualquier otro objeto,

deliraba el detective mientras el padecimiento se le volvía insoportable. Y su vida, pensaba en su miserable vida: ahora se estaba muriendo, y se suponía que en el instante final uno contemplaba los momentos más importantes de su existencia como en una especie de resumen fílmico. Sin embargo, en la película de Archer no había nada. Quizá el proyccionista olvidó cargar el rollo. O acaso nada de lo vivido por él valió la pena y debía agradecer a ese gigante que ahora lo manipulara, lo rompiese poco a poco, lo tratara como un niño trata a un muñeco con el que se ha aburrido de jugar.

Cuando el otro lo lanzó sobre la cama, el detective casi no sentía el cuerpo: solo sentía dolor y destrozo. Dos manos enormes, enfundadas en dos guantes negros, lo tomaron del cuello y ejercieron presión. Sin duda iban a quebrárselo. Y así, la visión borrosa se convirtió en ceguera y Archer se encontró con el ansiado alivio final. Sus temores se enmudecieron para siempre.

Capítulo 18: Inicia la guerra

El aristócrata húngaro Kuna Baráth no solía aparecerse por el centro de operaciones de su banda, a menos que se tratara de una situación excepcional. Por lo general, él se dedicaba a construir relaciones y fraguar acuerdos en un contexto muy distinto: el de los grandes salones, donde dueños de multinacionales y portadores de gloriosos apellidos sostenían copas burbujeantes y conversaban animadamente. Y también el de los despachos, más sombríos y menos glamurosos, aunque también determinantes.

Así que cuando sus hombres, incluso los de mayor confianza, lo vieron arribar al enorme galpón ubicado en las afueras de la ciudad no pudieron contener una expresión de inquietud y de sorpresa. Solo un reducido grupo sospechaba el motivo de la visita.

Lo que nadie sospechaba era que Baráth no era húngaro ni aristócrata, ni un jefe del narcotráfico, sino un irlandés de nombre Michael Cullen, agente del MI6.

Ahora llegaba el momento de empezar a recoger los frutos de años de trabajo, en los que Cullen y la agencia diseñaron un personaje y un contexto que les permitiese tomar determinadas acciones. Había una que les interesaba de modo muy especial: deshacerse de Neil Farrel.

Kuna Baráth, de impecable traje negro, detuvo su caminata en medio del enorme galpón. Todos dejaron de hacer lo que estaban haciendo: los que contaban bolsas de cocaína, los que trabajaban en la producción de drogas sintéticas, los que contaban fajos de dinero, los que conversaban sobre asuntos de la organización o acaso sobre trivialidades cotidianas. Ninguno de ellos se hubiese atrevido a sugerir indiferencia respecto a quien acababa de

entrar. Todos lo miraban como a un tótem.

Y Baráth, al estilo de los hechiceros arcaicos, fue breve y contundente. Con su voz grave, y su notorio acento húngaro, articuló dos palabras que resonaron como golpes de tambor:

—Neil Farrel.

No dijo más nada. Todos allí dentro sabían muy bien quién era Farrel, y los de pensamiento más veloz habrían entendido al instante lo que implicaba la sola mención de aquel nombre tras el ataque del día de ayer al camión de mercancía. El personaje de Baráth, que heredó de su intérprete, Cullen, un absoluto entendimiento de la retórica y de la teatralidad, no apuró su discurso: dejó que las dos palabras resonaran en las, por lo general, rústicas mentes de sus empleados. Esperó a que la vibración provocada por el eco terminara de disiparse, y dejó que el silencio generara tensión y expectativa.

Después siguió hablando, con una firme tranquilidad que a los otros sin duda les resultaría más inquietante que cualquier expresión de cólera:

— Neil Farrel es el hombre que quiere destruirnos desde que comenzamos a operar aquí, en Irlanda. Neil Farrel es el hombre que ordenó que ayer volaran un camión con millones de euros en mercadería. ¿Alguien tiene alguna duda?

Como era de prever, nadie manifestó duda alguna. Los empleados de los narcotraficantes también son seres humanos. Y los seres humanos, por lo general, aprecian sus vidas.

Baráth entrelazó los dedos:

—Neil Farrel es un hombre a quien yo, hoy, decido condenar a muerte. He tolerado algunas insolencias en el pasado reciente, pero este último ataque ha colmado mi paciencia. Tengo pruebas sólidas de que el ataque ha sido planeado y ejecutado por su organización. Así que desde este preciso instante nuestra relación con él se modifica por completo: abandonamos esta guerra

fría que sostuvimos hasta ahora y comenzamos una guerra abierta y franca. ¿Alguna duda?

Una vez más el instinto de conservación selló todas las bocas.

—Bien—siguió diciendo Baráth—. De todos modos no quiero que ustedes arriesguen su vida en constantes batallas contra los hombres de Farrel. Por eso me encargaré de ir directo al punto. Como un buen cirujano, no destruiré el cuerpo canceroso: solo amputaré directamente el tumor. Contrataré a la persona indicada, la única capaz de llegar a Farrel y apagar su vida. Ustedes seguirán dedicándose a los negocios de siempre, solo que les convendrá estar muy atentos. Imagino que a ninguno le gustaría ser el próximo que volará en pedazos dentro de un camión, ¿verdad?

Todos negaron con la cabeza.

—Lo sospeché.—Baráth sonrió—. Bien, eso es todo, solo vine aquí para que oyesen el anuncio de mi propia boca. Sigán con el trabajo.

Después de una breve conversación con un par de sus hombres de confianza, Kuna Baráth abandonó el galpón a paso lento, confiado. Afuera lo esperaban su chofer, en su auto de lujo, y otro coche que oficiaba de escolta, ocupado por cuatro hombres armados hasta los dientes.

Ocioso, en la casa de Cullen, Tanner se sentía un animal recluso. Entendía las razones: no convenía que se dejara ver en la calle como si nada, expuesto a los mil ojos que parecía tener el enemigo. Y mucho menos teniendo en cuenta las delicadas operaciones que su amigo debería realizar durante los próximos días.

Sin embargo, su comprensión de la situación no evitaba que lo irritase. Así que Tanner se pasó el día mirando televisión, tomando alguna que otra cerveza, armándose un par de cigarrillos.

—Si continúo de esta manera envejeceré aún más rápido—se decía en

voz alta, dando vueltas por la impecable habitación.

Un hombre solo y sin nada que hacer, le había dicho una vez algún colega ya muerto, produce pensamientos peligrosos para sí mismo. Tanner reconoció la sapiencia de esa afirmación durante todo el día, cuando lo asaltaban —lo *atacaban*— las imágenes de Sandra. Las imágenes de aquello que ya había sido, y también las de aquello que ya nunca podría ser.

Tanner ahuyentaba esas memorias y esos anhelos truncos como a insectos voladores que buscaran clavarle su mortal aguijón.

Lo había tentado la idea de recurrir al *whisky*: escaparse por unos minutos de su confinamiento y comprar un Chivas en la tienda más cercana. El alcohol no solucionaba los problemas, pero solía funcionar bien como anestésico.

Por fortuna había logrado resistirse, a excepción de las cervezas que tomó por pura sed y aburrimiento.

Cuando anochecía, al fin, llegó Cullen.

—El señor Baráth ya se lo comunicó a sus subordinados—dijo sin siquiera saludar—: la guerra entre narcotraficantes ha sido iniciada.

—Ahora viene la parte más difícil—dijo Tanner.

Cullen olisqueó el aire:

—¿Has estado fumando aquí? Te dije que al menos abrieras la maldita ventana.

Tanner sonrió, meneó la cabeza y extendió las palmas como quien acepta una culpa.

—Tienes razón, disculpa que abuse de tu hospitalidad. Pero sabes que la pasividad no es lo mío, y este encierro me está volviendo loco.

—Entiendo, pero echar el humo por la ventana no te lo hubiese puesto más difícil.

—Prometo que lo haré como dices. Aunque a esa chica que mencionaste

la otra vez, esa chica...

—Darla. —Cullen, bastante reacio, parecía haberse resignado a recordarle el nombre.

—Darla, cierto. ¿A ella le impedías que fumara? Recuerdo haber visto un cenicero la primera vez que entré aquí.

Cullen cambió su habitual expresión grave a una mirada cómplice:

—Bueno, uno a veces les permite ciertas cosas a las mujeres. Tú no tienes las posibilidades de persuadirme que tiene Darla.

—Por el amor de Dios, esperemos que nunca las tenga.

Los dos hombres se rieron. Por un segundo Tanner se sintió transportado a aquellos lejanos tiempos en que compartían la academia del MI6.

—En unos días Kuna Baráth asistirá a una importante reunión. —Cullen volvió a ponerse serio—. Será determinante que encuentre allí a quien lo contacte con la Sombra.

—Es la única parte de tu plan que no me convence: dependemos de la información que otros se dispongan a darnos.

—Siempre es así, Thomas, en los asuntos de inteligencia. Y tú lo sabes.

—Sí, por eso me gustan más otro tipo de planes. Por ejemplo: entrar a un lugar y matarlos a todos.

—Si todo sigue saliendo bien podrás terminar con este asunto de esa manera.

Tanner miró a Cullen con un gesto de gratitud.

—Ya que últimamente me siento una condenada ama de casa, me pondré a cocinar. Pensar en tiroteos me provoca hambre.

Capítulo 19: Conversaciones

Ese salón era tan amplio como el galpón en el que los subordinados de Baráth almacenaban y, en el caso de algunas drogas sintéticas, producían su mercadería. Sin embargo, a nadie se le hubiese ocurrido comparar dos ambientes tan disímiles: si el galpón despertaba una sensación de sordidez y clandestinidad, el salón en el que Cullen interpretaba ahora su papel de Baráth irradiaba luz y *glamour*, y cualquier espectador ingenuo o desprevenido lo hubiese asociado con lo más bello y próspero de la existencia, con hombres y mujeres que han alcanzado el éxito debido a su trabajo y constituían ejemplos para la sociedad.

Pero quien conocía el modo en que esa sociedad realmente funcionaba sabía distinguir las sombras detrás de la fascinante ofuscación provocada por los trajes caros, las burbujas chisporroteando dentro de las copas, las infinitas colas de los vestidos que adornaban a aquellas mujeres de juventud eterna.

En pocas palabras: allí también medraban los criminales. Aunque estos salían en las tapas de los diarios ostentando nuevos coches o nuevas parejas, o jactándose de sus actos de caridad —así se daban baños de bondad ante los ojos de la gente, y de paso eludían una buena cuota de impuestos—. Muy rara vez retrataban a alguno en el que, en un mundo perfecto, hubiese sido su hábitat natural: la sección de noticias policiales.

Cullen se asqueaba de todo aquello, pero Baráth, su personaje, ofrecía una elegante sonrisa a quien la solicitara.

Recién acababa de conversar con una anciana mujer, llena de maquillaje y más llena aún de cinismo, dueña de una importante curtiduría y de varias otras empresas. La «respetable señora», según ironizaba Cullen para sí

mismo, se quejaba del problema de la superpoblación en el tercer mundo. Temía que un día de estos «esa horda de muertos de hambre», según las palabras que ella utilizó, se volviera imposible de dominar, y una de sus soluciones consistía en financiar movimientos a favor del aborto en varios países de Sudamérica. A Cullen lo conmovió la imagen de esas pobres mujeres feministas que pensaban que combatían la ideología de las grandes multinacionales y del «salvaje capitalismo», cuando en realidad no hacían otra cosa que cumplir con el programa de control poblacional diseñado por esos mismos poderes.

La única forma de tolerar el mundo, se decía Cullen bajo su máscara sonriente de Baráth, era no conocerlo demasiado.

O quizá reducir el mundo a una mujer, como al parecer había hecho Tanner durante el poco tiempo que el artificio le duró. Claro que el riesgo era precisamente ese: que la desaparición de la mujer, por muerte o por abandono, implicaba la desaparición del mundo mismo. Pero Tanner había sido feliz, al menos por un rato. Nadie podía quitarle eso. Cullen vivía de modo más confortable y con menos sobresaltos, sí, pero....

La visión del hombre al que estaba buscando desde que entró allí lo alejó de sus pensamientos, y volvió a meterlo en su papel y en su misión.

Se trataba de Frank Dunne, magnate empresarial, dueño de una cantidad de empresas quizá demasiado alta como para que las pudiese recordar de memoria. No se enfocaba en ningún rubro en particular. Si alguien le preguntaba cuál era su especialidad, él contestaba: «hacer dinero».

Cuando se hallaba entre aquellos a quienes consideraba sus pares —aunque a muy pocos los situaría realmente a su mismo nivel—, Dunne no mostraba ningún remilgo a la hora de exhibir su implacabilidad y su falta de escrúpulos. Ese rasgo, sumado a su particular importancia, había llevado al disfrazado Cullen a establecer con él un vínculo bastante honesto, teniendo

en cuenta la dosis de ironía que el adjetivo implicaba en este caso. Baráth y Frank Dunne hablaban sobre sus *verdaderos* negocios sin recurrir a demasiados eufemismos ni frases elusivas, y se burlaban abiertamente de los insectos a los que a menudo se veían obligados a aplastar.

—Estimado conde Bathory—le dijo el magnate, que lo vio antes de que él alcanzara a interceptarlo.

El apelativo, que Dunne usaba de modo amigable y jocoso, se refería a la escalofriante historia de la condesa Bathory, que en la Edad Media había mandado a asesinar a miles de mujeres vírgenes para bañarse con su sangre y así obtener la eterna juventud. Oyendo las apócrifas y salvajes anécdotas de Baráth, Dunne lo había considerado una reencarnación masculina de aquella compatriota y le asignó ese mote.

—Querido Frank—respondió Baráth al saludo mientras le estrechaba la mano—. Hace un tiempo que no te veo. Oí que compraste una cadena de supermercados, no recuerdo si chilena o ecuatoriana.

—Yo tampoco recuerdo de qué país, mi estimado conde, y ni siquiera recuerdo si era una cadena de supermercados o una cervecería o una fábrica de fuegos artificiales. Solo recuerdo los números.

—Hace usted muy bien, Frank.

—Déjeme invitarle un trago. Al fin y al cabo, son gratis.

Dunne tomó dos *whiskys* de la bandeja de un mozo que pasaba por allí.

Una de las cosas que más incomodaba a Cullen, por más nimia que le resultara a cualquier otro ser humano en comparación con los diversos peligros del agente encubierto, era la obligación de beber alcohol. Claro que no se trataba de una obligación real, él podría haber rechazado el trago. Pero a la gente como Frank Dunne no le gustaba que le dijese que no, ni siquiera ante una sugerencia tan insignificante como la de beber un *whisky*. Así que, por el bien de su personaje de Baráth, durante toda la conversación Cullen

debió tomar esa bebida, ocultando su incomodidad.

Todo sea por cumplir con el deber, se dijo. Mientras escuchaba las detestables reflexiones y anécdotas de su supuesto amigo, cada tanto Cullen giraba la cabeza y contemplaba el magnífico y grotesco espectáculo de toda esa gente, en esa fiesta, sin otro motivo que el de celebrarse a ellos mismos y al saqueo que cometían sobre el resto de la sociedad.

El mundo era un lugar lleno de enemigos.

Cody, el Enterrador, miraba televisión en su casa. No le apetecía ver ninguna película, así que dejaba transcurrir el murmullo de un programa de preguntas y respuestas, de esos que permiten ganar más dinero a medida que el participante contesta correctamente.

Solo prestó atención cuando alguien eligió el tema «cine» y el conductor preguntó quién había dirigido el famoso *wéstern* *Por un puñado de dólares*.

—Es un insulto que pregunten algo tan fácil—masculló él en voz alta.

Sin embargo, el participante parecía dudar.

—No puedes ser tan idiota—le dijo Cody a la pantalla, aunque en realidad se dirigía al participante—. Eso es porque solo vez películas para maricones.

El participante arrojó un nombre al azar, de un director famoso y activo hoy en día.

—¡No, imbécil! —gruñó el Enterrador y descargó su furia pegándole una patada a la pared—. Sergio Leone, la dirigió el condenado Leone y la protagonizó el maldito Clint Eastwood. ¿Cómo es que no sabes eso? No solo mereces perder el dinero, ridículo afeminado, sino que mereces morir de la manera más asquerosa.

El sonido del móvil interrumpió sus alegatos de furia. Era un mensaje, a través de un archivo de audio.

Como siempre, la voz era robótica. Respondía a un mensaje anterior que envió Cody, confirmándole que el trabajo había salido a la perfección:

No esperaba menos de ti, Enterrador. Ahora límitate a esperar y pronto tendrás más noticias mías. Te daré detalles sobre el otro trabajo. He realizado el depósito del dinero faltante, ya sabes dónde: el pago por esta misión está completo.

Se lamentó por la espera: no tanto por el dinero adicional que implicaría el siguiente trabajo, él llevaba una vida muy austera y no tenía apuro por gastarse lo que acababa de ganar ahora. Lo frustrante era contener la ansiedad que le bullía por las venas: aniquilar a ese detective con sus propias manos había resultado un aceptable aperitivo, pero estaba lejos de ser un desafío real. Ahora le golpeaban el corazón como a un alcohólico al que le regalan la primera copa y le niegan la segunda: se había quedado con *sed*, esa eterna sed de violencia surgida quién sabía de dónde, quizá del mismísimo infierno, y que nunca se apagaba del todo.

Sin embargo, sí podía apaciguarse por un tiempo. Aunque para lograrlo, el Enterrador necesitaba un trago largo y profundo que le provocara una satisfacción verdadera. Por ahora se desesperaba durante la espera de esa satisfacción: ese glorioso momento en que le tocaría liquidar a Tanner.

Estaba sobrellevando un día más, igual al anterior y al que le seguiría. Otro día que Tanner pasaba confinado en la casa de Cullen, sin salir más que unos minutos para comprar alguna tontería o para comprobar que seguía existiendo una amplia extensión de mundo más allá de las paredes de su coyuntural prisión.

Acababa de bañarse, y se le ocurrió mirarse desnudo en el espejo de

cuerpo entero que tenía el coqueto de Cullen —aunque probablemente él nunca confesaría tal condición a Tanner: seguro alegraría que el espejo servía para revisar sus disfraces antes de las misiones encubiertas—. A él, a Tanner, no lo impulsaba la coquetería. El envejecimiento le preocupaba por otros motivos, resumibles en esa pregunta que lo punzaba desde hacía meses:

¿Hasta cuándo?

En efecto, ignoraba cuántos años más podría sostener el ritmo físico que su trabajo le demandaba. Cullen no sufriría ese problema: en su condición de agente activo del MI6 podrían trasladarlo a funciones que requiriesen solo de sus habilidades intelectuales. Pero un mercenario como Tanner lo tenía mucho más difícil. Y tampoco podía esperar que le diesen una jubilación en virtud a toda la gente a la que le había volado la cabeza. Ciertamente que, en más de una ocasión, sus actividades constituyeron un servicio valioso a la sociedad, resultando en la eliminación de sujetos repulsivos. No obstante, dudaba de que el Estado reconociera esos aportes en el caso de exigirle Tanner, salvo que mandarlo a la cárcel se interpretara como el otorgamiento gratuito de una vivienda.

Observaba sus cicatrices: en el hombro derecho, en el bíceps del otro brazo, varias en el pecho y una muy notable en el estómago. Aquella última había sido provocada por un hondo cuchillazo, y solo la buena fortuna determinó que ahora fuese capaz de estar ahí, mirándose.

—Quizá ya me gasté toda mi suerte—le dijo a esa imagen que el espejo le devolvía, esa imagen suya que a veces percibía distante, y hasta un poco ajena—. Pero no me entregaré sin pelear. Si la Sombra te liquida, Tanner, tienes la obligación de al menos dejarle a él un recuerdo, una linda cicatriz.

Quitó los ojos del espejo y giró para echar una mirada general a la casa, como si fuera a encontrarse algo diferente a lo que llevaba viendo durante los últimos cinco días. Por supuesto que nunca le había molestado la soledad. Ni

en el sentido material del término ni en el otro sentido, el que podría llamarse espiritual. No, nunca le molestó.

Nunca, hasta Sandra.

Volvió a mirarse al espejo, y se dijo:

—Ella te hizo débil, Tanner. Antes la soledad era tu estado natural, y sabías que el mundo era un lugar cruel al que no se le podía ni debía pedir nada: ni justicia ni paz, ni fraternidad ni mucho menos amor...—La palabra se negaba a brotarle entera de los labios, y Tanner la cambió por una serie de términos más inofensivos—. Ni mucho menos casarte, convertir tu semen en una prole de niños a los que comprarles regalos en Navidad, comprar un coche amplio y seguro, y después un perro para que los niños jueguen con él, y envejecer tomados de la mano y todo ese rollo. Pero ella logró que ese virus se te metiera en la cabeza, y te has ablandado.

Hizo silencio, como si esperara que la imagen del espejo continuara la conversación, que le dedicara una ingeniosa réplica.

La imagen no dijo nada, así que fue él quien siguió hablando:

—Sandra murió por mi culpa. Quizá es justo que yo muera por la debilidad que, sin ninguna intención ni culpa, ella trajo a mi espíritu. Quizá el mundo solo puede ser justo cuando se trata de repartir calamidades.

Baráth, el esforzado personaje de Cullen, seguía oyendo las anécdotas de Frank Dunne. Hasta que la mención de un tipo molesto del que Dunne debió deshacerse le dio la chance de situar la conversación en el punto exacto de su interés:

—Ya que usted menciona ese tipo de alimañas de las que uno a menudo debe librarse, Frank, quisiera hacerle una pregunta.

—Pregunte lo que quiera, estimado.

—Verá, hace poco he sido...¿cómo lo diré?... —Cullen hizo parecer

como si el húngaro Baráth buscara la palabra adecuada en el idioma inglés—. Ofendido. Sí, creo que ese es el término. He sido ofendido por un hombre.

—No creo que usted necesite de mi ayuda para resolver esos asuntos.

—Por lo regular, no la necesitaría. Sucede que hablamos de una persona que lidera una organización bien montada y debidamente cubierta por amigos políticos.

—Ah, entiendo. —Dunne mostró mayor interés y seriedad—. No se trata de un trabajo de rutina.

Baráth asintió.

—¿No se referirá usted a ese competidor suyo, Farrel? —volvió a decir Dunne—. Oí lo que sucedió hace muy poco con uno de sus camiones.

—Estoy en medio de una guerra, Frank. Una guerra que venía insinuándose desde hacía meses y que ese incidente terminó de desatar.

—Modestamente, y aunque sé que usted conoce el negocio, le recomiendo que se lo tome con calma. Aquí tendemos a agotar todas las instancias de negociación antes de recurrir a una violencia desatada. Un poco como en la política: la guerra ocurre cuando todas las instancias diplomáticas se han agotado.

—Lo sé, y créame que en Hungría, si bien la sangre tiende a hervirnos más rápido, tampoco somos salvajes. Sin embargo, en este caso creo que ya no hay negociación posible.

—Y está usted seguro de que...

—Sí, estoy seguro de que él fue el autor del atentado. —La firmeza de Baráth, aunque amable, no dejaba lugar a ninguna otra pregunta: por el contrario, exigía respuestas—. Se ha salteado todas las normas... ¿cómo es que se dice cuando una regla no está escrita, pero se acata igual?

Frank Dunne lo meditó un poco. Sin duda, los diccionarios no eran lo suyo. Igual terminó por acertar con la palabra:

—Se refiere usted a las normas *implícitas*.

—Exacto, Frank. De eso hablo: Neil Farrel se saltó las normas no escritas que regían nuestro vínculo y rigen la competencia en nuestro negocio. No puedo pasarlo por alto.

—Y si me lo plantea de ese modo, yo no puedo más que darle la razón. No se puede comerciar ni hacer negocios desorganizadamente, terminaríamos por destruirnos entre todos.

—Entonces, ya nos entendemos. —Baráth sonrió con malicia—. Yo no quiero que mis hombres se estén matando con los de Farrel a lo largo de todo el país, a cualquier hora y en cualquier parte. Yo quiero que esto termine de manera rápida y prolija, descabezando al macho alfa y sacrificando a la menor cantidad posible de miembros inferiores de la manada. ¿Me sigo explicando bien?

—Entiendo—dijo Dunne, que ya había abandonado por completo su tono jocoso—. Quiere sacarse del medio a Farrel, directamente.

—Eso es exactamente lo que quiero. Así que usted sabe por qué le estoy consultando. Sabe que no puedo emplear a un matón cualquiera. Necesito al mejor.

Farrel, en principio, le dio un par de nombres que ya conocía. Él imaginó que empezaría por mencionarlos a ellos, y por eso ya estaba preparado para responder como respondió:

—Sí, los hombres que me acaba de recomendar son muy buenos, y de hecho los conozco. Pero para este trabajo necesito subir de nivel.

—¿Más nivel que ese? Esos hombres son brillantes, y carísimos. Necesitaría contratar al mismísimo demonio para superar ese nivel.

—No tanto como al demonio, Frank. —Baráth volvió a sonreír y arquear los ojos como si el demonio fuese él—. Necesito a un hombre al que se refieren por un mote muy particular, relacionado con su condición de

anónimo. Un anónimo bastante famoso, si me permite una broma sin gracia. Usted es quizá el único de cuantos están aquí que podría contactarme con él, ¿o me equivoco?

Cullen sabía que, efectuando la pregunta de esa manera, tocaría el orgullo de Frank Dunne. Él no querría ser menos que otros magnates y jefes mafiosos que sí serían capaces de contactar con el mentado asesino.

—Conozco a quien lo conoce —dijo Dunne, pero Cullen lo notó aún inseguro respecto a darle la información. Sin embargo, sacó el móvil de su bolsillo. Tal cual se había imaginado, ese hombre podía resistir los embates de todos sus enemigos, pero no el de su propia vanidad—. Anote este número.

Cullen/Baráth sacó también su móvil y anotó el número que el otro le dictó.

—¿Quién me atenderá cuando llame aquí? —preguntó.

Con absoluta seriedad, Frank Dunne le contestó:

—Proceda con cuidado. Acabo de pasarle el número del diputado Aldridge. De todos modos, no creo que obtenga mucho si lo llama usted directamente. Yo lo ayudaré a abordarlo mediante la estrategia adecuada.

Capítulo 20: Un momento de calma a la espera de la tempestad

De vuelta en su casa, Cullen le contó a Tanner lo que sucedió en la fiesta.

—Todos los caminos conducen a Aldridge—dijo Tanner con una sonrisa amarga—. ¿Qué vamos a hacer? No me parece muy sensato que vayas a tocarle el timbre y le pidas el contacto de su mercenario de cabecera.

—Nunca subestimes las ventajas de contar con amigos poderosos—contestó Cullen mientras le mostraba, sostenido entre dos dedos de una mano, un pequeño papel que Frank Dunne le había dado en la fiesta—. No solo cuento con el número de Aldridge, sino que debo llamar a Frank dentro de una semana y media y él me conseguirá una invitación a otro evento social, creo que de caridad o algo así, donde asistirá bastante de la crema política.

—Y entre esa crema venenosa, supongo, estará nuestro amigo el diputado.

—Supones bien, Thomas.

Tanner bostezó, desperezándose.

—Supongo que no habrá demasiado qué hacer hasta ese momento—dijo.

—No. —Cullen lo miró, como ya sospechando a dónde intentaba conducir el diálogo—. La verdad es que, salvo reportarme ante mis jefes y recibir los reportes de los subordinados de Baráth, mientras continúe el estado actual de las cosas no tengo tanto que hacer.

—Podríamos ir por unas cervezas.

—...

—Ya sé, me dirás que no me conviene asomar la cabeza por allí, y tienes razón. Pero, maldita sea, Richard, estoy harto de este confinamiento. Soy un león enjaulado. Hay un buen *pub* aquí, a un par de cuadras...

—Imagino que en el tiempo libre con que contaste estos días has «investigado» bastante sobre ese asunto. Debes saber mucho más que yo sobre los bares y licorerías cercanos.

Tanner sonrió.

—Un hombre ocioso, y con tiempo, siempre es un peligro.

Ahora fue Cullen quien mostró una sonrisa sarcástica.

—Entonces, Richard, ¿por qué no salimos esta noche? Si el enemigo tuviese unos ojos tan bien distribuidos como para detectarme en un bar a dos cuadras de aquí, también los tendría para haberse enterado desde el principio de que estoy viviendo en tu dulce hogar de soltero. Y no creo que lo sepan.

Cullen lo meditó unos instantes. Por enésima vez pensó también en qué tan distintos eran él y Tanner. ¿Cómo se sentiría su amigo en estas situaciones? ¿Cómo percibiría él la gravedad de las cosas? A Cullen eso le dio curiosidad desde la academia, y lo siguió intrigando cuando trabajaron juntos. Ahora esa curiosidad regresaba.

Al fin Cullen respondió, y lo hizo, o al menos él así lo consideró, a la manera en que lo hubiera hecho Tanner:

—Salir a un bar y exponerse así es tentar a la fortuna, pero qué demonios, nuestro trabajo siempre ha sido el de estar en peligro. Además no quiero que termines de volverte loco, te hará bien salir.

«Y a mí también», se dijo Cullen. Aunque eso no se lo confesó a su compañero.

Ya estaban los dos sentados a la mesa. Escogieron, por insistencia de Cullen, una situada bien al fondo del local, contra la pared y lejos de las ventanas.

Si bien Cullen no bebía alcohol, tampoco era un abstemio militante, por lo que no rechazaba una bebida ligera durante una reunión. Tomarse unas cervezas con un viejo amigo resultaría mucho más agradable que la ingesta de *whisky* que debió soportar mientras le sonsacaba información a Frank Dunne.

Tal como solía suceder en estas situaciones, en especial cuando se trataba de dos interlocutores que no se veían hacía años, la conversación comenzó a virar hacia el pasado en común. Recordaron anécdotas de la academia y misiones que habían salido mal, o casi.

—Ese día me salvaste el trasero—debió admitir Cullen cuando Tanner mencionó aquella vez que a él lo descubrieron como agente infiltrado durante una negociación. Tanner, ubicado en posición de francotirador, cumplía funciones de apoyo y vigilancia. Y debió abrir fuego antes de que los enemigos lo abriesen sobre Cullen.

—Sí que me corrió sudor por la frente aquella vez—seguía diciendo Cullen mientras daba largos sorbos a su vaso. Esa noche la cerveza le resultaba más rica que nunca—. No recuerdo qué error cometí, o si el maldito había recibido algún soplo, pero comenzó a dudar de mi identidad.

—Suerte que fueron dudas, y no certezas—afirmó Tanner—. Si te hubiesen disparado sin decirte nada, no estarías aquí recordando la historia.

Cullen asintió. Tanner alzó su vaso:

—Brindo por la maldita suerte que hemos tenido hasta ahora.

Cullen imitó el gesto de su amigo y los vasos chocaron en el aire.

—Espero que continúe—dijo Tanner, intentando no sonar demasiado sombrío, y se bebió de un trago la cerveza que le quedaba—. Me parece que es hora de pedir la segunda.

—Yo todavía tengo medio vaso, Thomas, no bebo a tu ritmo.

—Pues entonces apúrate—dijo Tanner, jocosamente—, porque acabo de

hacerle señas a la camarera y vienen en camino dos cervezas más.

Cullen, para compensar la balanza, buscó en su archivo mental una situación en la que él hubiese salvado el pellejo de Tanner. La encontró:

—¿Te acuerdas del asunto de los terroristas rusos, cuando los dos nos infiltramos?

Tanner revisó su propio archivo de recuerdos, aunque no demoró mucho en acordarse:

—Sí, cómo olvidarlo. Metí la pata hasta el fondo aquella vez.

—Sí, ¿y quién salvó el día?

—Tú, patán presumido, tú lo salvaste. Y me salvaste también.

Cullen lanzó una risa bien audible, poco común en él. Se dio cuenta de que, a pesar de los días peligrosos que lo esperaban, se estaba divirtiendo. Quizá desde sus tiempos de juventud, que empezaron a terminar a medida que él avanzaba con su entrenamiento en la academia del MI6, que no experimentaba aquellas sensaciones. Se dijo que Tanner, de alguna manera, era una válvula de escape en su vida disciplinada. A través de él, Cullen conseguía descargar los deseos de su lado más adolescente, ese que siempre persiste en todo hombre, aunque algunos lo ahoguen hasta casi aniquilarlo. Y quizá, de modo opuesto, él era el ancla que conseguía mantener a Tanner con los pies más o menos en la tierra.

Durante los últimos tiempos, en que estuvieron separados, a Tanner las cosas se le fueron de control, según él mismo le había confesado desde el principio. Y si bien Cullen, por consecuencia natural de su forma de ser, mantuvo un equilibrio perfecto en su vida profesional, no resultaba menos cierto que esa vida profesional se transformó de a poco en la totalidad de su vida. Salvo por las visitas de Darla, que implicaban una suerte de «corte», una suspensión, un ablandamiento en esa disciplinada rigidez. Pero, en el fondo, aquello también formaba parte del cálculo y no de la pasión: aquellas

noches en compañía las planificaba en un grado similar al de las visitas maritales permitidas a los presos.

En el fondo, Tanner y él encarnaban los dos extremos de una vieja dicotomía: libertad versus seguridad. Ninguno de ellos había logrado encontrar un verdadero equilibrio entre esos dos necesarios atributos. ¿Lo lograrían ahora que volvían a encontrarse? ¿Podrían, incluso sin proponérselo, ayudarse el uno al otro?

Cullen, ahora, pensaba en Darla. ¿Por qué las cosas debían ser como eran? ¿Qué sucedería si acaso él le propusiese...?

—¿Pedimos otra?

Inmerso en sus reflexiones, Cullen percibió aquella voz como venida de un lugar lejano y profundo, acaso del fondo del mar.

Era, por supuesto, la voz de Tanner. Y no provenía del mar ni de ningún lugar lejano, sino desde el otro extremo de la mesa.

—Oye—volvía a decirle Tanner—, ¿dónde estás? Parece que la cerveza te afectó demasiado, eres un flojo.

—No, no es eso—dijo Cullen algo avergonzado—. Disculpa, Thomas, es que se me fue la cabeza a cualquier parte.

—No debes disculparte por eso, hombre.

Cullen pensó que su amigo estaba en lo cierto: no debía pedir disculpas por perder la concentración en un momento en que no necesitaba mantenerla a cada segundo.

—Solo dame tu autorización de gran jefe operativo para pedir otra cerveza. —Tanner usaba el tono que usan los amigos cuando se burlan uno del otro amablemente—. Creo que esta misión la necesita: sigo con sed.

—Pide tu condenada cerveza, Thomas—dijo Cullen y se le dibujó en el rostro una media sonrisa socarrona—. Y pídemme también una a mí, que para eso eres mi subordinado.

Capítulo 21: Una furtiva aparición que echa sal en la herida

Si bien Cullen y Tanner no salieron del bar dando tumbos y mucho menos arrastrándose, tampoco eran un ejemplo de sobriedad. Cullen tomó un poco menos, aunque debido a su falta de entrenamiento alcohólico le había afectado más. Tanner sentía un poco de mareo y cierta tendencia a prolongar las erres y reírse sin motivo: nada nuevo para él, solo la culminación natural de una noche de copas similar a las que siempre tuvo y a las que seguiría teniendo.

Eso si la Sombra no lo asesinaba. A pesar de que habían bebido para distenderse, ese pensamiento nunca lo abandonaba del todo. Tal cual lo sugería su mote, la Sombra nunca dejaba de perseguirlo, imprimía sobre cada uno de sus actos un inquietante velo oscuro. No se quedaría tranquilo hasta que se sacara a la Sombra de encima. O, quizá, hasta que la Sombra se lo sacara de encima a él...

Los amigos emprendieron a pie el camino de vuelta. Las luces de neón, emanadas por negocios ya cerrados, a excepción de algún restaurante de poca monta, salvaban a la penumbra de convertirse en oscuridad. El viento frío les soplaba directo sobre el rostro. Tanner, por deformación profesional pero también a raíz de las inquietudes particulares que su enemigo le provocaba, no dejaba de mirar hacia todas partes en busca de cualquier anomalía, de cualquier sujeto en actitud sospechosa. El hombre que lo perseguía no tenía rostro: podía ser cualquiera. El aire mismo se percibía como viciado de amenaza.

Mantuvo la misma actitud en el bar, incluso en los momentos de mayor diversión, cuando Cullen y él rememoraban su antología de anécdotas comunes. Tanner en ningún momento dejó de mirar hacia las otras mesas, y especialmente hacia la puerta de entrada.

Estaba seguro de que Cullen había asumido el mismo comportamiento, quizá hasta en mayor grado. No dejaba de ser el estado permanente de alerta en que vivían las personas dedicadas a la profesión que ellos eligieron, solo que ahora magnificado por las tan particulares circunstancias. Los mercenarios y los agentes del MI6 acostumbraban a oficiar de cazadores, no de presas. Y sin duda Cullen sabía que, si caminaba al lado de él y lo ayudaba, «heredaría» automáticamente su condición de objetivo a ojos de la Sombra.

Tanner experimentó deseos de agradecerle a Cullen. De hacerlo con absoluta sinceridad, no de la manera parca en que lo había hecho desde el primer momento en que pisó suelo irlandés.

Pero ellos no eran hombres efusivos. No se decían ese tipo de cosas. Su amistad, a la manera británica, estaba hecha de sobreentendidos. Además, no existía nada valioso que no pudiese comunicarse a través de los actos. A las palabras, como suele decirse, se las lleva el viento. En cambio, uno jamás puede olvidarse de los grandes favores, que en el caso de ellos dos a menudo implicaba el salvar la vida del otro.

Aquellas calles que los separaban de la casa de Cullen eran angostas, y Tanner se dijo que aquella parte del barrio parecía diseñada en contra suya, con el fin de acrecentar la opresión que experimenta un hombre perseguido. Cuando un impulso lo llevó a contemplar al cielo, hasta la luna se le antojó un enorme ojo vigilante.

Volvió a posar la mirada hacia el frente. Y lo irrumpió —a unos cuantos metros de distancia y cruzando la calle, en perpendicular a la que recorrían

ellos— una visión imposible. Aunque no podía verle el rostro con absoluta claridad, la furtiva y cruel luz de un farol no le dejó dudas, como tampoco se las dejó aquel familiar modo de caminar y desplazarse, ni esa cabellera ni esas piernas infinitas.

Y la seguridad absoluta le llegó cuando ella, esa mujer que cruzaba la calle, se halló en la posición exacta para permitirle al farol, ahora sí, iluminarle también el rostro. Y aclarar así la visión de esos ojos, esos labios, esa adorada boca que Tanner extrañaba tanto y que maldecía nunca volver a besar.

Era Sandra. Esa mujer que cruzaba la calle era un fantasma flotando sobre el asfalto que mediaba entre una acera y la otra, una figura evanescente que se diluía en la blancura etérea que proyectaban el farol y la luna, un blanco espectral que no alcanzaba a corromper los coloridos brotes de neón de los comercios.

Y todo eso ante los incrédulos ojos de Tanner.

Él salió corriendo hacia ella, que estaba a punto de terminar de cruzar y de perderse para siempre —así lo sintió— de su vista y de su alcance.

—¡Thomas!

La voz de Cullen se perdió entre el vértigo de un ruido estentóreo y múltiple, que Tanner no experimentaba como algo venido de afuera, sino como algo que sucedía en lo más hondo de sí: los pensamientos gritándole, todos a la vez, en el claustro de su cabeza, un pulso irresoluble entre lo deseado y lo posible, entre la razón y el deseo. Y Tanner obedecía al bando al que obedecía siempre: en *esa* contienda interior, él no era un mercenario, sino un soldado fiel al servicio de su lado más impulsivo y salvaje.

Agitado, con el alcohol revolviéndosele en el estómago, Tanner alcanzó la esquina. Había demorado unos pocos segundos, pero sintió que transcurrieron años desde el inicio de su breve carrera. Acaso los años que

poblaban su entera vida.

Giró la cabeza hacia la dirección en que la mujer —la aparición, la visión, el fantasma o lo que fuese— había desaparecido.

Tanner giró la cabeza, pero no halló nada ni consiguió ver a nadie.

Corrió unos metros más sobre la acera, por el camino que presuntamente debió de haber tomado la supuesta Sandra.

Otra vez, nadie. Apenas un mendigo durmiendo bajo sus improvisadas mantas de noche. Y más negocios cerrados, alguna que otra luz de neón, el aire gélido y el silencio nocturno. Y el ojo de la luna, que ahora parecía burlarse.

La Sombra cerniéndose sobre él, que ahora no solo lo amenazaba, sino que se reía de su delirante fatalidad.

Un delirio: de eso se trataba, se dijo Tanner. A juzgar por el desolado paisaje urbano que contemplaba ahora, girase la cabeza hacia donde la girase, no solo esa mujer no era —no podría haber sido jamás— Sandra, sino que nunca existió mujer alguna. Él se la había imaginado.

Cullen, trotando con cierta dificultad —sin duda provocada por la cerveza—, llegó hacia él.

—¿Qué ha pasado, Thomas? ¿Estás bien?

Tanner dudó sobre si convenía o no decirle la completa verdad a su amigo. No convenía que lo tomara por loco, y mucho menos cuando estaban emprendiendo juntos una operación muy delicada y que debería resolverse en los próximos días.

Decidió hacerle, antes que nada, una simple pregunta. Así se acercaría a comprender él mismo el alcance de su propia locura.

—Richard, ¿has visto a alguien cruzando por esta calle?

Cullen lo miró, si cabía, más desorientado que antes. Pero al fin le dio una respuesta más o menos tranquilizadora.

—Sí, creo que una mujer. ¿Por qué me preguntas eso?

Tanner sonrió.

—Disculpa por esta estupidez de salir corriendo de golpe. Creo que sufrí una confusión, quizá ya no soy tan buen bebedor como solía pensar que era y la cerveza me afectó incluso más que a ti.

—¿Con quién confundiste a esa mujer?

Cullen lo pensó un poco y agregó:

—No habrás creído que se trataba de...

—No me hagas caso—interrumpió Tanner, tratando de que su amigo no advirtiese su nerviosismo. Su única esperanza al respecto era que el ojo de Cullen, entrenado para registrar hasta las más mínimas emociones y reacciones humanas, también se hallara en ese instante nublado por la cerveza y bloqueado por la oscuridad. —Cosas de borrachín, como recién acabo de decirte.

Hubo unos incómodos segundos de silencio. Tanner y Cullen permanecieron de pie, inmóviles, uno frente al otro.

Cullen dijo:

—Bueno, no importa. Sigamos.

Tanner asintió y siguieron caminando sin más sobresaltos ni visiones. Cuando faltaba poco más de media cuadra para llegar a la casa de Cullen, Tanner dijo:

—Escucha, Richard. Hay algo que me parece raro.

—Dime.

—Tú me dijiste que también viste una mujer, ¿verdad?

—No estoy seguro de si era una mujer, la verdad es que no le presté demasiada atención.

—Bueno, no importa, pero sí estás seguro de que viste a alguien cruzando la calle que cortaba la nuestra, ¿cierto?

Cullen asintió con la cabeza.

—¿Y no se te antoja extraño —siguió diciendo Tanner— que ese alguien haya desaparecido por completo? Quiero decir, cuando miré hacia los lados no había nadie. No es posible que en los cinco segundos que me habré demorado en llegar a la esquina alguien hubiese caminado tanto como para volverse inalcanzable a la mirada. ¿No es un fenómeno bastante peculiar?

—Sí—concedió Cullen con expresión pensativa—, la verdad es que no se me había ocurrido. Quizá se metió en algún negocio o dobló en la primera esquina.

—Tampoco hubiese llegado hasta la primera esquina en ese tiempo, salvo que se le hubiese ocurrido correr al triple de velocidad que yo, decisión por otro lado muy poco razonable.

—Es verdad. Se habrá metido en un negocio entonces.

Tanner entendió que su amigo no deseaba seguir discutiendo sobre el asunto, sino llegar a su casa, meterse en la cama y dormir pesadamente.

—Sí, quizá eso fue.

Tanner fingió ser convencido por aquella explicación, pero la verdad era que sonaba muy poco convincente, y el mismo Cullen sin duda lo sabía.

Al menos su amigo también había visto a un ser humano cruzando la calle, aunque ni siquiera era capaz de afirmar con seguridad que se trataba de una mujer. Entonces, ¿por qué él había visto a Sandra con tan absoluta claridad, en especial cuando la luz del farol enfocó su rostro?

Se había tomado algunas cervezas, es cierto. No obstante, no era excusa: esta se hallaba lejos de ser la peor de sus borracheras. Además, se trataba simplemente de alcohol, no de alucinógenos ni alguna otra sustancia de las que suelen alterar la percepción.

El único motivo razonable, se dijo, era que él estaba perdiendo la razón.

Capítulo 22: Un insomnio infestado de recuerdos

Si bien su costumbre profesional de vivir siempre alerta impedía que Tanner disfrutase de un sueño pesado, a prueba de ruidos o molestias, no resultaba menos cierto que —lejos de cavilar y dar vueltas en la cama— por lo general solía dormirse rápido y sin inconveniente alguno, incluso mientras se encontraba en días de trabajos delicados y peligrosos.

Sin embargo, aquella noche amenazaba con constituir una excepción. Otra de las tantas excepciones a su comportamiento habitual que Tanner había debido padecer durante las últimas semanas. Aunque más bien debería hablar de los últimos *meses*, si contaba desde la vez que conoció a Sandra en ese bar. Sucedió que en aquel tiempo los comportamientos excepcionales lo llevaron a disfrutar más de la vida. Ahora, en cambio, Tanner no podía evitar asumir que lo convertían en un hombre más vulnerable.

Así, y contra todo pronóstico, ni siquiera la calma que suelen provocar las cervezas impedía que ahora, ya en la casa de Cullen y acostado boca arriba en la cama de la habitación, mantuviese los ojos bien abiertos y lo irrumpiesen imágenes del pasado como puñales múltiples y certeros.

Todo comenzó de manera trivial. Aquella noche en que se conocieron no había sonado como cortina de fondo una música romántica, ni ninguno —al menos él no— experimentó que el tiempo se detenía ni alguna de esas sensaciones que las personas suelen agregar *a posteriori* a la hora de recordar. No, ningún prodigio así de *espectacular*, se decía Tanner, había profetizado que Sandra llegaría a significar algo importante para él.

Ella, sin más, se acercó a su mesa e hizo algún comentario «casual» y con aire casi distraído. Un gesto sugerente, y lo suficientemente ostensible como para que un hombre espabilado —y Tanner, a pesar de no responder al modelo de un James Bond *cazador* de mujeres, sí lo era— entendiese que esa mujer sentía interés en iniciar una conversación. Aunque la actitud de Sandra durante toda esa noche había sido, a la vez, bastante contenida, por lo que la sugerencia nunca corrió el riesgo de transformarse en un coqueteo vulgar, a Tanner no le hubiese gustado encontrársela entregada a él y perderse el desafío de conquistarla por sus propios méritos.

Tanner se levantó de la cama, cogió su paquete de cigarrillos y sacó uno. Abrió la ventana antes de prenderlo: no quería que el olfato de Cullen detectara por la mañana el olor a tabaco y padecer sus consecuentes reproches.

Echando humo a través de la ventana, y contemplando la noche, se preguntaba cómo sucedió. O, más bien, cómo *le* sucedió a él.

Se refería a aquello de enamorarse.

Desde ya que otras mujeres lo habían encandilado, y hasta llegaron a interesarle antes que Sandra. Desde siempre Tanner había contado con un éxito, si no arrollador, al menos consistente en cuanto a generar atracción en el sexo femenino. Él jamás confesó a ninguna de ellas cuál era su verdadero trabajo —solo Sandra llegó a clavarle la duda sobre si convenía o no sincerarse con ella—. No obstante, eso no impedía que las características de un agente el MI6, primero, y las de un mercenario de élite, después, estuviesen allí para la mujer que fuese capaz de percibir las. Exudaba Tanner un aire de suficiencia y seguridad en sí mismo, una especie de sofisticada rudeza —por así decirlo— que a menudo lo volvía seductor. Así conseguía, las más de las veces sin proponérselo, que fuesen las mismas mujeres las que iniciaran una conversación o la *reclamaran* con gestos sugerentes. Unos

gestos y actitudes que, tal como había aprendido en la academia, Tanner sabía leer e interpretar a la perfección.

¿Habría sido esa mezcla de elegancia y *animalidad* la que estimuló a Sandra aquella noche? Tanner no se recordaba aquella vez particularmente dispuesto al diálogo, había salido a tomar unas cervezas y nada más.

De hecho, desde hacía un buen tiempo que había suspendido sus «actividades» con mujeres. Cierta amargura que durante los últimos años empezó a crecer dentro de él se había desatado recientemente. Quizá a partir del accidente con aquel niño.

—Sí—dijo Tanner, en voz alta aunque susurrada, aún mirando por la ventana el negro cielo irlandés al que no dejaba de lanzar lentas bocanadas de humo—, allí fue que todo comenzó a terminar.

O, mejor dicho, *había comenzado* a terminar. Porque cuando conoció a Sandra, aquella aparente víspera del final se convirtió en un cambio, en un viraje para su vida. O eso llegó a suponer Tanner hasta que una balacera atroz volvió a depositarlo en donde estaba antes, o acaso en un lugar más oscuro.

Y él sentía la bilis del rencor creciéndole dentro. Y quizá cuando irrumpió en la suntuosa vivienda de Aldridge no buscaba otra cosa que fracasar. En el fondo, sin saberlo, había emprendido una misión suicida: buscaba el alivio más radical y definitivo a la amargura que lo devoraba.

Y más en el fondo de sí, lo que acaso buscaba —y por estúpido que le sonase plantearlo en esos términos— era *reunirse* con ella.

Y eso porque Sandra parecía hecha para enamorar a Tanner. Más allá de su evidente atractivo físico, ella reunía todo lo que a él podía subyugarlo. Era una mujer de carácter, poderosa, en la que incluso podía intuirse un marcado furor y hasta la capacidad de mostrarse agresiva de ser necesario. Y, al mismo tiempo, aquella pasión venía envuelta en unos exquisitos modales de mujer, una franca femineidad que Tanner consideraba actualmente en peligro

de extinción. A él le gustaba comparar a Sandra con un río de caudalosa intensidad encausado en una apacible y bella pradera. Quizá no era la imagen más poética de todas, pero Tanner nunca había sido bueno con las palabras.

Tanner era lo que suele llamarse un hombre de acción. Hablaba con hechos, gestos, actitudes. Por eso, esa noche en el bar, había *escuchado* a Sandra más de lo que le habló. Quizá eso también le agradó a ella. Por lo general, y más en esas situaciones, los hombres no escuchan a las mujeres. Solo las miran mientras ellas hablan, y piensan en cuál será el movimiento más conveniente para seducirlas, qué pieza del tablero conviene mover a continuación. No saben que es la mujer quien decide: ella es el tablero, las piezas y los dos jugadores.

Esa misma noche no pasó nada, salvo el diálogo. Eso también le gustó a Tanner, que tan afecto era a la precipitación y la impulsividad en otras áreas de su vida.

Hasta ese momento, sin embargo, Sandra no pasaba para él de ser una joven bella y con la que se podía sostener una charla interesante. Aquello no resultaba poco, pero tampoco se trataba de características que él nunca hubiese advertido antes en otras mujeres.

Lo determinante, se decía él, fue la actitud que Sandra mostró durante las semanas y hasta los meses que siguieron. Respecto a ella, Tanner habría sido capaz de afirmar muchísimas cosas, salvo que era previsible. Cuando un hombre ejerce la profesión de Tanner, fatalmente termina contemplando al resto de los seres humanos como si se tratasen de organismos cuya conducta hasta cierta medida se puede predecir, manipular, englobar en una limitada cantidad de patrones dependientes a su vez de una también limitada cantidad de biotipos. A eso se le suma el contexto —ambiente en que el sujeto en cuestión fue criado, nivel educativo, crianza, aficiones y otras variables— y el resultado es una personalidad que lleva asociada unas pocas conductas

posibles.

Por deformación profesional, ya convertida en instinto, Tanner *redactaba* mentalmente, de forma automática, un perfil psicológico de cada persona que conocía. Era en él una costumbre tan inmediata, y por ende imposible de controlar, como los latidos del corazón o los gestos faciales. Y si bien resultó cierto que no contó, desde esa primera noche, con los datos de Sandra suficientes como para confeccionar un perfil fiable, no era menos cierto que en la mayoría de las ocasiones, ante personas que no ejercían como profesionales del engaño ni nada por el estilo, una información mínima le había bastado.

Así que debió concluir que Sandra era diferente. Ella era para Tanner —aunque, una vez más, él se sintiera un adolescente ridículo al pensarlo en esos términos— una mujer *especial*.

Ella no lo llamaba cuando él pensaba que llamaría, sino cuando menos lo esperaba. Y no reaccionaba a sus gestos de la manera en que lo preveía. Había sido capaz de sorprenderlo a cada instante. Y Tanner llegó a considerarla una *par*, condición que le otorgaba a pocas mujeres y a pocos hombres. Se había topado con una de esas pocas personas complejas, en el mejor de los sentidos, y a las que no se puede encasillar.

Y quizá, reflexionaba ahora, dejarse enamorar por Sandra constituyó la peor de las transgresiones que cometió como profesional. Un acto de indisciplina mucho más grave que llegar tarde a un entrenamiento físico o mirar la hoja de otro durante un examen, actitudes en las que incurrió en más de una vez durante sus años en la academia. Aquellas fueron fruslerías, conductas casi picarescas.

Pero amar a una mujer para un hombre que debía estar ocupado a cada segundo solo en su seguridad y sus intereses era el más mortal de los pecados.

¿Había valido la pena?

Tanner miró la hora en el reloj despertador que Cullen dispuso para él sobre la mesa de noche. Ya se acercaban las tres de la madrugada. Debía irse a dormir de una buena vez.

Cuando se volvió a acostar se sentía bastante más relajado, como era su costumbre al apoyar la nuca en la almohada. Acaso necesitaba descargar algunos pensamientos, y con eso le había bastado.

Cerró los ojos. Intentó enfocar la mente. Aunque, en este caso, necesitaba enfocarla en *nada*: dejarla en blanco.

Mañana, se dijo, ya sería otro día. Una batalla más, otro episodio de una guerra en la que se había acostumbrado a vivir y que a esa altura del partido le resultaba imposible distinguir de su propia vida. Una guerra en la que nunca estaría seguro de si realmente podría ganar o de la razón por la que debía lucharla. Una guerra que parecía no terminarse nunca.

Capítulo 23: Baráth hace valer la influencia de sus amigos

Al fin llegó la noche en que Cullen debió volver a disfrazarse de Kuna Baráth. La fiesta en la que estaba era tan lujosa —*obscenamente* lujosa, según el criterio de Cullen— que, en comparación, la última a la que asistió se le antojaba una modesta reunión de obreros al salir de la fábrica. Se hallaba en la mansión de un magnate petrolero, más precisamente, en un enorme salón blanco con grandes columnas y largas cortinas abiertas que dejaban ver abrumadores ventanales. Y era a través de esos vidrios que Baráth y Cullen contemplaban admirados los jardines del dueño de casa. Desde su ubicación no alcanzaban a vislumbrar el punto final de esas prolijas extensiones de césped que albergaban fuentes llenas de luces, además de otras sobrias y a la vez espectaculares decoraciones. Daba la sensación de que aquella magnificencia no terminaba nunca y se prolongaba hasta el infinito, igual que la petrolífera fortuna del magnate que la habría mandado a construir.

Obscena o no, se dijo Cullen, a la belleza no había más remedio que admirarla. Y su pensamiento derivó a las mujeres.

Y, a pesar suyo, se dio cuenta de que extrañaba a Darla, añoraba su olor y su piel. Y una parte de él odiaba a Tanner, ya que debió interrumpir sus relaciones con ella por hospedarlo a él. Pero para eso estaban los amigos.

Por fortuna vio que Frank Dunne se acercaba. La eterna y maliciosa sonrisa del magnate lo arrancó de aquellos pensamientos inoportunos:

—Estimado conde—le dijo Dunne retomando su broma de siempre—,

¿cómo le está sentando esta noche?

—Baráth/Cullen, de momento, dejaba de existir. Le estrechó la mano.

—La noche me sienta muy bien, estimado Frank, y se pondrá mucho mejor ahora que disfruto de su compañía.

—Allí viene un amigo mío—dijo Dunne, que acababa de mirar hacia el fondo del salón, por detrás del hombro de Baráth—. Justo ese amigo en el que usted está tan interesado.

Al fin, se dijo Cullen, Frank le presentaría a Aldridge.

El diputado venía directo hacia ellos. Con elegante disimulo se quedaron de pie, esperando hasta que la previsible trayectoria de sus pasos lo pusiese enfrente de los dos.

—Señor diputado—dijo Frank Dunne y estrechó una mano del ya cercano Aldridge, que en la otra sostenía una copa burbujeante de champán.

—Frank—dijo Aldridge correspondiendo el saludo—. Te veo un poco más en forma que la última vez. ¿Te has puesto a dieta?

—Me gusta que lo notes. En efecto: últimamente solo devoro empresas medianas.

Cullen los contempló a los dos allí, de pie, riendo, encantados de vivir dentro de sí mismos. Una vez más echó un rápido vistazo al enorme salón, a ese lujo casi imposible de creer. Se suponía que todos ellos estaban allí en un evento de caridad, es decir, por amor o compasión a los pobres. Un chiste de mal gusto, sin duda. Con lo que costaría una botella de lo que tomaba Aldridge una persona de clase baja se las arreglaría para subsistir durante uno o dos meses de su esforzada vida.

—Señor diputado—dijo Dunne—, le presento a mi amigo Kuna Baráth, no sé si ha oído hablar de él.

Recién cuando Dunne lo nombró Aldridge fue capaz de mirar a Baráth—y, por ende, a Cullen— directo a los ojos. Daba la impresión de que, si el

otro no lo hubiese nombrado, para Aldridge él nunca hubiese comenzado a existir.

Cullen sabía que así eran las normas sociales de esta gente. Por fortuna, él estaba acostumbrado a infiltrarse entre ellos y por eso las conocía. Una pena, se dijo, que no pudiese imitar también el tamaño de su cuenta bancaria.

—Creo que he oído algunas cosas sobre usted—dijo Aldridge y estrechó la mano que Baráth acababa de extenderle—. Un gusto, señor.

—El gusto es todo mío, señor diputado.

—Tengo entendido que usted viene de...

—Hungria. De allí soy. Pero no se preocupe: desde que arribé a Dublín estoy casi civilizado.

El diputado sonrió y Frank Dunne lanzó una risa algo exagerada.

—Creo que he pasado por Hungria una vez, hace mucho tiempo. Dígame: en qué estado se encuentra la situación de...

Junto a Dunne se pusieron a conversar sobre política húngara. Obviamente, Cullen se actualizaba seguido respecto a esos temas y conocía sobre los aspectos generales del país —tanto actuales como históricos— más que la mayoría de los verdaderos nativos.

Por supuesto que, al menos durante ese primer contacto, no conversarían sobre *negocios* de manera abierta: no solo porque Baráth no había establecido la confianza suficiente con Aldridge, sino porque un diputado no se podía dar el lujo de mostrarse tan cínico como, por ejemplo, sí se mostraba Frank Dunne.

Y era precisamente en las manos de Dunne que Baráth, o Cullen, dejaba el asunto. De una manera o de otra él conduciría la conversación hacia la parte que le interesaba.

Tras unos minutos de diálogo superficial, de ese que suele darse entre personas que recién se conocen, el diputado dijo que debía saludar a otros

amigos y seguiría caminando.

—Ha sido un gusto conversar con usted, señor Baráth—le dijo y estrechó la mano del supuesto húngaro—. No me ha parecido usted demasiado salvaje. Al menos, no tanto como mis compañeros del Parlamento de Londres, o algunos otros sujetos que conozco aquí en Irlanda.

Baráth, el personaje, festejó aquel comentario con una amplia sonrisa. Pero Cullen, el intérprete detrás de la máscara, se puso algo nervioso. ¿Y si Dunne se había olvidado de la verdadera razón por la que él quería conocer a Aldridge? En ese caso debía reformular sus planes y encarar en persona al diputado. Un método mucho menos fiable y, peor aún, bastante peligroso. Aldridge aún tendría en la memoria la intrusión que sufrió en su casa, aquel hombre enmascarado que le preguntó por la Sombra. ¿Y si al oír esa noche la misma pregunta la relacionaba con aquel hecho y la coincidencia le resultaba perturbadora? No, lo mejor era que Frank Dunne lo abordara.

Y, por fortuna, Frank no le falló: cuando Aldridge ya se había alejado unos pasos, con intención de irse, el empresario se adelantó para volver a ponerse al lado de él.

Cullen no alcanzó a oír lo que decían entre el murmullo y la música de orquesta. Pero supuso que Frank se dedicaba a las *gestiones* que su personaje Baráth le encomendó. Y más seguro estuvo de ello cuando observó que, mientras Frank le hablaba casi al oído, el diputado echaba miradas hacia donde estaba él. Baráth aprovechó para coger una copa de la bandeja de un mozo que justo pasó por allí. Los políticos y empresarios confían menos en la gente que no bebe durante las reuniones. Y teniendo en cuenta que de por sí ellos no confían en nadie, Cullen no podía darse el lujo de ejercer allí su desdén por el champán.

Vio que el diputado anotaba algo en su móvil mientras asentía con la cabeza y apoyaba la mano sobre el hombro de Frank Dunne.

Buena señal, se dijo Cullen.

El diputado se despidió y la conversación privada terminó.

Dunne se acercó a Cullen.

—El diputado me dijo que hará lo posible para conseguir que usted se contacte con la Sombra. —A contramano de su descarado habitual, Dunne se expresaba en voz baja y cautelosa—. O, mejor dicho, para que la Sombra se contacte con usted.

—¿Y cómo sucederá eso?

—Le pasé a Aldridge su número de móvil. Un secretario del diputado se comunicará con usted y le informará del procedimiento. Supongo que el secretario será muy de su confianza o no sabrá para qué sirven específicamente las instrucciones que le pasará.

—Supongo que lo segundo—dijo Baráth—. No creo que el diputado Adridge vaya por allí comentando sobre cierto tipo de...amistades, por decirlo así.

—Yo creo lo mismo. De todos modos, eso es problema de Aldridge. Lo importante para usted es que ya ha dado el primer paso para contratar a su hombre.

—Ha sido usted quien lo ha dado por mí, Frank. Vuelvo a manifestarle mi agradecimiento.

Dunne sonrió y, con una satisfacción muy visible, bebió de su copa:

—No sea tan formal, hombre. En algún momento tendrá la chance de pagarme el favor. Ya sabe cómo son las cosas, y la cantidad de vueltas que da la rueda de la vida.

Capítulo 24: Las mujeres y los planes

En la cocina, cuando Cullen terminó de hablar por el móvil, Tanner lo miró expectante. Dijo a su amigo:

—Imagino, por lo que te oí decir, que se trataba de alguien mandado por Aldridge.

—Sí, Thomas, así es. Era su secretario.

Al fin, se dijo Tanner. Habían pasado cinco días desde que Kuna Baráth conversó con él en la fiesta, gracias a la mediación de Frank Dunne.

—¿Y qué te dijo? —insistió Tanner. Le ardía el pecho ante la expectativa de entrar en acción, después del encierro aletargador al que se había visto sometido.

—Antes que nada—dijo Cullen—, si queremos hablar con él debemos depositar dinero en una cuenta en Panamá.

—¿Cuánto?

—20.000.

—El hombre sabe valorarse. Sospecho que ese es un reducido porcentaje del total.

—Sospechas bien. Una vez el depósito se haya realizado, se supone que la Sombra se comunicará conmigo.

—Y no tenemos ninguna garantía de que cumpla, salvo su reputación.

—Aciertas, otra vez. —Cullen sonrió—. Bueno, tú también eres un mercenario, después de todo, y sabes cómo funcionan estos asuntos: nadie anda firmando pagarés ni recibos.

—Claro que no. —Tanner se levantó para coger una de las latas de cerveza que guardaba en la heladera de su amigo—. Él se comunicará, no te

preocupes. El presupuesto del MI6 será bien gastado.

Y ahora, mientras abría la cerveza, fue Tanner quien mostró una sonrisa sarcástica. Después siguió hablando:

—Seguro que él se tomó este tiempo para investigar a Kuna Baráth. Sin duda, un hombre con su fama no trabajará para cualquiera, por más dinero con el que lo tienten. ¿Estás seguro de que Baráth es un personaje bien construido?

—Has trabajado para el MI6, Thomas. Sabes que cubren todos los flancos. Cualquiera que investigue a Baráth podrá dudar de muchas cosas, pero no de que se trata de una persona verdadera. Figura en todos los registros necesarios y seguro que paga más impuestos que tú.

Tanner miró a su amigo a los ojos.

—Gracias por meterte en esta batalla—le dijo—, aunque no sea la tuya.

Y dio otro trago a la cerveza, solo por no seguir mirándolo.

—¿Thomas Tanner dando las gracias? Esa mujer te ha vuelto más sentimental que de costumbre—respondió Cullen—. Sabes que no hay nada que agradecer, había una época en que nos salvábamos el pellejo el uno al otro tan seguido que se convirtió en una rutina.

Tanner debió de haber expresado en su rostro el modo en que su interior acababa de oscurecerse apenas escuchó la expresión «esa mujer». Y Cullen debió notarlo, porque le dijo:

—Disculpa, creo que mi comentario fue poco feliz. No debí traerla a la conversación.

—Bueno, basta ya de susceptibilidades y sentimentalismos. —Tanner vació la lata de cerveza mediante un último y extenso trago, y la aplastó hasta conseguir envolverla en un puño—. Si sigo aquí encerrado perderé los cojones. Necesito enfrentarme a la Sombra y volarle la cabeza.

El móvil de Cullen emitió un sonido breve que Tanner interpretó como

una notificación de mensaje nuevo. Cullen apretó un botón y miró la pantalla.

—¿Algo importante? ¿Gente de Aldridge o de la Sombra?

Cullen negó con la cabeza.

—Tonterías. Uno de esos mensajes con publicidad.

Según juzgaba Tanner, el rostro de su amigo no indicaba que acababa de leer «tonterías», aunque tampoco percibía en él nada negativo. Si acaso algún signo de duda o alguna emoción que Cullen intentaba ocultarle.

Quizá, se dijo, era esa mujer de la que él le habló con bastante reticencia. ¿Cómo se llamaba? Tanner debió rememorararlo durante unos segundos hasta que se acordó: Darla, la mujer se llamaba Darla.

Tanner consideraba que, en el fondo, Cullen era aún más inexpresivo que él. Al menos así se comportaba a la hora de comentar —o, precisamente, de *no* comentar— sus experiencias con el sexo opuesto. No tanto por sostener una imagen de tipo duro, sino por el más honesto pudor británico. A fin de cuentas, ellos dos habían nacido ingleses y morirían en esa misma condición. Aunque Tanner deseó que faltara un buen tiempo para lo último.

Sin decir nada Cullen fue hasta su habitación. Tanner se quedó allí, en la cocina, y se sentó a la mesa. Sin ganas de pensar, prendió la televisión.

Cullen volvió a leer los mensajes, ahora sin la incómoda mirada de su amigo encima:

Disculpa, estaba ocupada. Yo me encuentro bien. ¿Y tú? ¿Cómo has estado?

Y el siguiente:

Y sí, Richard. Yo también te extraño a veces.

Y por algún motivo que él mismo no podía descifrar, releyó el mensaje anterior. Aquel que él mismo había enviado y motivó estas dos respuestas de Darla.

Hola, Darla. ¿Cómo estás? Debo decir que hoy te extrañé.

Qué atroz cursilería, dictaminó. Digna de un adolescente. Y, no obstante, se sintió impelido a escribir esas precisas palabras, y no otras.

Comprobó el horario de emisión en cada mensaje. Ella demoró unas tres horas en responderle, de allí las disculpas en el primero de sus envíos. Y durante esas tres horas, aunque Cullen intentara negárselo así mismo, había sentido que la ansiedad lo consumía. Y las malditas preguntas (¿Estaría ella con otro? ¿Lo habría olvidado ya?) que con el paso de los minutos y la ausencia de respuestas se convertían en afirmaciones (Sí, ella lo había olvidado. Sí, ella estaba con otro. O, quizá, puede que estuviese con *otros*).

¿Los hombres comunes pensarían esas cosas respecto a sus parejas?

Pareja. La palabra le llegó sola, en el devenir de sus pensamientos, sin que él razonara su significado de modo consciente. Apareció igual que un relámpago, un hechizo, una bala intempestiva.

¿Y si se sinceraba con Darla, al menos hasta donde le resultaba posible? ¿Y si le pedía a ella que se sincerara con él? Quizá podrían llevar las cosas hacia un terreno más...serio, por decirlo de alguna manera.

Y apenas terminaba de cavilar sobre esas posibilidades, todo se le antojaba un completo absurdo.

Ahora mismo, de hecho, sentía lo ridículo de su actitud: en las vísperas de enfrentarse, si es que podían atraparlo, a un asesino célebre por su rigor infalible, a él lo ponía nervioso la demora de una mujer al responderle los

mensajes.

Pero la consciencia de la ridiculez no solucionaba nada, ni lo salvaba de lo que sentía.

Respondió el mensaje, aprovechando que Tanner permanecía en la otra habitación.

Capítulo 25: La voz inhumana

Al día siguiente de haber efectuado el depósito, Cullen recibió un sucinto correo electrónico.

Pago recibido. Envíeme un mensaje detallando su encargo al número...

El correo mencionaba un número de móvil. Cullen lo anotó. Tanner, parado cerca de él, también observaba atentamente la pantalla.

—Yo te dictaré el texto—le dijo—. Lo redactaremos al estilo de los tipos que me contratan a mí.

Tanner le dictó y Cullen terminó por enviar el siguiente mensaje:

Aniquilar Neil Farrel. Exijo ver el cuerpo por mí mismo (condición no negociable). ¿Cuánto dinero, y en cuánto tiempo?

Enviaron el mensaje. La respuesta se demoró menos de diez minutos. Para sorpresa de Tanner, llegó en la forma de un archivo de audio:

—Curioso—comentó mientras bebía una de sus habituales latas de cerveza—. Lo normal sería continuar la interacción por escrito.

Cullen presionó el botón de reproducir. Oyeron una voz robótica, sin duda creada con alguno de esos lectores automáticos que, hoy en día, cualquiera podía utilizar en su computadora.

La voz les comunicó lo siguiente:

Máximo en tres semanas. Limpio y seguro. Verá el cuerpo con sus ojos. 15.0000, sin contar el primer adelanto de 20.000. Mitad me depositará ahora, en cuenta que les pasaré por escrito. La otra mitad me lo entregará en persona, al ver el cuerpo.

La voz despertaba sentimientos tan inhumanos como su procedencia: aquella frialdad no expresaba nada, y al mismo tiempo expresaba algo

diabólico. Al menos así lo consideró Tanner cuando el mensaje se acabó.

—Le entregaremos la segunda mitad en persona—dijo Cullen, y su rostro exhibía su satisfacción—. Perfecto, justo lo que buscábamos.

—No te ilusiones tanto—dijo Tanner—. No olvides que este sujeto se las ha arreglado para efectuar muchos trabajos para las personas más importantes y que durante el proceso nadie, o al menos casi nadie, conoció su rostro.

—*Casi* nadie, Thomas, tú lo dijiste. Ese *casi* nos debería infundir confianza. Vamos, ¿dónde quedó tu espíritu de lucha, esa confianza en lograr lo imposible?

—Solo soy realista, es todo. Podemos lograrlo, pero no será tan fácil como vernos con él a la hora de realizar el pago y pegarle un tiro.

—El realismo no te sienta bien, Thomas—dijo Cullen—. Aunque sí, debo admitir que tienes razón. Y por supuesto que no se me cruzó por la cabeza que fuera a ser tan fácil.

—Él no recibirá el dinero personalmente, Richard. Apuesto a que no.

—Yo apuesto lo mismo. Sin embargo, alguien deberá recibirlo, y no puede mandar a un programa informático de voz a hacerlo, ¿verdad?

—No, y los androides todavía no se han inventado.

—A eso mismo me refiero: el maldito deberá enviar a una persona de carne y hueso.

—Una persona que puede ser amenazada. —Tanner comenzaba a entusiasmarse.

—Una persona a la que se puede intimidar hasta que nos conduzca hasta su jefe, o nos proporcione algunas pistas. —Ahora sí, sin duda alguna, Cullen se sentía transportado a esos tiempos pretéritos en que Tanner y él eran dos jóvenes que trabajaban juntos y complementaban a la perfección sus diferentes habilidades y personalidades—. Por mejor armada que esté esa red de protección y distancia que rodea a la Sombra, debe haber algún eslabón

con el que se comunique directamente y comparta un espacio físico.

—De hecho, varios de los trabajos que se le atribuyen se consideran imposibles de realizar por una sola persona, por más talento y recursos que poseyera. Hay gente que trabaja, literalmente, al lado de él.

—Y probablemente envíe por el dinero a una de esas personas, a alguien de su confianza.

—Uno no dejaría esa cantidad de dinero en manos de gente que apenas conoce, ni siquiera por unos segundos.

Se callaron, y se tomaron unos segundos para respirar.

Cullen habló, en un tono más calmo que antes pero incluso más firme.

—Ya te dije que lo atraparemos, Thomas. Ese cazador caerá en nuestra trampa y ya no habrá que preocuparse nunca más por él.

Cody, alias el Enterrador, se sentía relajado aquella noche. Había visitado un prostíbulo con el previsible fin de desahogar sus necesidades sexuales. Las mujeres nunca le generaron el menor interés, al menos no en el sentido más profundo del término. No obstante, seguía experimentando deseo sexual, al que respondía con la misma pasión que otros hombres responden a la necesidad de respirar, comer o beber líquido. O menos pasión aun: en realidad, para Cody el deseo representaba una carga. Ni siquiera lo sentía como algo que pudiese materializarse en su mente bajo la forma de fantasías, sino como un mero resquemor, un cosquilleo insoportable y unas erecciones persistentes que le dificultaban dedicarse a sus actividades verdaderamente favoritas, que a decir verdad no eran muchas.

Para Cody, Clint Eastwood o John Wayne, o hasta Gary Cooper, eran mucho más reales que las mujeres a las que pagaba por alivio sexual. Su verdadero goce siempre había sido verlos a ellos disparándole a los indios o a otros vaqueros. Y eso, claro, cuando no podía él mismo disparar sobre un

hombre.

Y más allá de aquel incómodo trámite en el prostíbulo, el día terminó bien. Esa noche recibió un mensaje de la voz electrónica. Un encargo.

Bien, se dijo, era la hora de trabajar.

En otras palabras: era la hora de ejercer su única pasión.

Capítulo 26: Una mala noche para Neil Farrel

Neil Farrel disfrutaba de aquella inevitable retirada del sol, aunque sin excesiva tranquilidad. En diferentes circunstancias, y al igual que solía hacerlo una o dos veces por semana, lo hubiese tranquilizado ese momento a solas, consigo mismo, al aire libre, rodeado por el relativo silencio de su amplio jardín.

Pero Farrel sabía muy bien —no era un novato en el delicado ejercicio de llevar la vida que llevaba— que ese silencio podía constituir un remanso o también una fuente de inquietud, una especie de advertencia sorda y terrible. Todo dependía de cómo se estuviesen desarrollando las cosas durante los últimos tiempos. Y si bien un hombre en su posición podía incurrir en muchas tentaciones, pero nunca en la de considerarse tranquilo y por completo a salvo —él sabía de otros que terminaron mal por adherirse a esa superstición—, este exacto momento se le hubiese antojado mucho más relajante de haber ocurrido, por ejemplo, un mes atrás.

Ahora, en cambio, el silencio se poblaba de rumores: los que sus propios hombres le transmitieron respecto a los planes de Baráth. ¿En verdad ese cerdo húngaro —aquel era el apelativo con que Farrel solía referirse a él— intentaría un ataque directo? Había oído acerca de un atentado, un valioso camión del húngaro que explotó en la ruta. Según los rumores, Baráth lo había acusado a él. Una suposición razonable, aunque equivocada. Farrel no tuvo nada que ver con ese asunto. Incluso indagó entre sus hombres con el objetivo de saber si alguien llevó a cabo alguna operación no autorizada.

Ninguno había cometido tal estupidez, según sus testimonios, y Farrel les creía. Nadie estaba en posición de discutir su autoridad en la organización, ni nadie resultaría ser tan idiota como para intentarlo. Sus subalternos ganaban bien, se daban una buena vida. No, ninguno experimentaría la necesidad de desobedecerlo, y mucho menos de traicionarlo.

Además, Farrel se jactaba de conocer a la gente con solo mirarla a los ojos. Él era capaz de ver a través de los hombres con la misma claridad con la que se contempla una habitación a través de ventanas impecables y sin cortinas. Y no había encontrado ninguna suciedad en las *habitaciones espirituales* de sus súbditos, al menos, ninguna respecto a la debida lealtad a su jefe.

Afuera, la enorme casa de Farrel era rodeada por una decena de hombres. Dos de ellos, a quienes su jefe llamaba por sus nombres de pila, Liam y Seamus, flanqueaban la puerta principal.

Seamus había dicho a Liam, más de una vez, que aquel despliegue de hombres discretamente armados se le antojaba, a todas luces, un exceso. Lo atribuía a la paranoia exagerada del jefe. Liam, por su parte, consideraba que era un ridículo intento por imitar a los narcos colombianos. Una vez, acercándose a su habitación con motivo de darle una noticia, él había sorprendido a Farrel mirando una serie sobre Pablo Escobar, de las que tanto proliferaban hoy en día.

—Debe fantasear con que estamos refugiados en lo más profundo de la selva—había bromeado Liam durante esa conversación con su compañero de guardia—. Tenía sentido que Escobar se resguardara mediante un ejército así porque de ese modo funcionan las cosas en Sudamérica, o al menos eso parece. Pero en una mansión de un barrio caro del Reino Unido es absurdo recurrir a tanta vigilancia.

—Claro—le respondió Seamus asintiendo con la cabeza—. Si al jefe lo agarran, va a ser de modo más civilizado, con juicio y esas cosas. Dudo que nos visite un ejército y nos dispare con todo lo que tenga.

Y los dos se habían echado a reír por lo bajo.

Claro que tanto Seamus como Liam se atrevían a lanzar esos comentarios cuando los dos se hallaban a solas. Se conocían desde la adolescencia y habían hecho carrera juntos en el submundo de las drogas. Ni por todo el oro del mundo se hubiesen atrevido a burlarse del jefe delante de otros subordinados, por más bien que se llevaran con algunos de ellos.

Esa noche les tocó montar guardia, una de las tareas más aburridas que cualquiera podía concebir.

—En estos momentos—se le ocurrió ahora decir a Seamus— pienso que quizá debí dedicarme a trabajar en una oficina. Debe ser más entretenido que pasarse toda la noche aquí como una gárgola.

—Quizá, aunque no ganarías ni una décima parte de lo que ganas—le respondió Liam. Hablaban entre susurros, a pesar de que los otros jamás podrían oírlos. El resto de la guardia estaba en la parte exterior de la verja y ellos dos vigilaban la puerta de adentro. Entre la verja y la puerta que cuidaban mediaba un amplio jardín.

No obstante, Liam y Seamus temían, más que a ninguna otra cosa, que al jefe se le diera por acercarse a la puerta justo cuando ellos conversaban. Si alcanzaba a oír cualquier comentario inconveniente, sin duda la pasarían muy mal.

Delante de la verja la mayoría de los guardias eran jóvenes novatos, y por eso Farrel los designaba para ese tipo de tareas. Soportar el tedio —nunca sucedía nada, ¿quién demonios se metería con Farrel?— y el capricho de la intemperie constituía una suerte de rito de iniciación que los principiantes

debían pasar. Si le demostraban al jefe que estaban hechos del material adecuado gozarían de la oportunidad de ascender. Desempeñarían tareas más complejas y relevantes, y el aumento de responsabilidad iría aparejado con el del dinero obtenido.

En resumen, la de Farrel funcionaba igual que cualquier otra empresa.

Anocheceía y uno de los jóvenes se estaba quedando dormido. Oyó que le chistaban.

Se trataba de uno de sus compañeros de guardia más cercanos, parado a unos cinco metros de él.

—No te duermas—le susurró como si existiese la mínima posibilidad de que Farrel pudiese escucharlos—. El jefe te matará si se le ocurre salir o mirarnos por la cámara.

El joven somnoliento le agradeció con un pulgar arriba por haberle evitado la involuntaria siesta.

—¿No oyeron algo? —preguntó el compañero que estaba parado del otro lado, a la misma distancia de cinco metros.

—Yo no oí nada—dijo el que casi se había dormido.

—Yo tampoco—dijo el despertador.

—Fue como ruido seco y sordo, similar a un disparo con silenciador.

De repente los tres contemplaron una enorme voluta de humo que se formaba ante ellos.

—¿Qué demonios? —clamó el durmiente, que ahora se hallaba más despierto que nunca.

La parte trasera de la casa de Farrel no se hallaba tan protegida. Era un altísimo y enorme muro, y al dueño no le interesaba demasiado exhibir allí su nutrida guardia.

Un solo vigilante, tan joven como los que se ocupaban del frente, cuidaba

esa zona. También se estaba durmiendo, y odiaba su mala fortuna. Su destino se le antojaba tan tedioso como el de todos los guardias; pero, para peor, él estaba solo. Ni siquiera podía maldecir en voz baja con un compañero cercano, o conversar sobre tonterías.

Creyó oír cierto revuelo, ruidos de combate que provenían del frente de la casa.

—No puede ser—se dijo en voz alta. Para no aburrirse ni dormirse se ponía a hablar solo—. ¿Quién va a estar tan mal de la cabeza como para querer meterse aquí?

Se le apareció una figura negra, fugaz como un espectro y ágil como un felino.

Antes de que consiguiese tomar el arma de su cinturón, un golpe lo dejó en el suelo. Y así la totalidad del mundo se le volvió tan negra como aquella figura.

El joven somnoliento que custodiaba la verja terminó de despertarse: entre el humo percibió que una figura con forma de hombre se desplomaba. Era la figura de uno de sus compañeros, el mismo que lo acababa de despertar hacía un par de minutos.

Sacó su arma, sin saber a dónde y mucho menos a quién debería disparar. El denso humo lo cubría todo, y el hedor le entraba por la nariz y lo penetraba como si se tratase de algo sólido, la punta de un destornillador o un objeto de ese tipo. Alzó la voz para llamar a su otro compañero cercano: quería comprobar si él estaba bien. No obtuvo respuesta, y mientras se multiplicaba el humo tuvo la ridícula idea —motivada por el terror— de que estaban padeciendo un ataque espectral, la implacable visita de un ser de ultratumba.

Y antes de que pudiese disparar sobre algún objetivo más o menos concreto, o preguntarse de qué modo había inhabilitado a los otros guardias,

experimentó un intenso y punzante dolor en el muslo izquierdo: el inconfundible desgarró de un cuchillo que le lanzaron desde lejos.

Así que de eso se trataba, pensó: un tirador de cuchillos que se ayudaba con bombas de humo.

El joven, ya nada somnoliento, disparó su arma hacia el frente, en dirección a la cortina de humo que recién ahora parecía dispuesta a evaporarse o a comenzar a hacerlo.

Había llenado el vaso casi hasta el tope. Así que, al oír aquellos disparos, Neil Farrel volcó parte de la cerveza que acababa de servirse.

¿Qué sucedía afuera? Sin duda, los disparos venían desde el frente de su propia casa.

Así que Baráth, se dijo Farrel, no era un perro que se limitaba a echar ladridos. En verdad había tenido las agallas para iniciar una guerra y traerla ahí mismo, a su mismísima residencia.

Pensó que ese cerdo húngaro era en realidad un perro, sí. Y uno con ganas de morder.

—No tienes ni la menor idea de con quién te estás metiendo—dijo Farrel amenazando al aire.

Se dijo que quizá sus hombres consiguiesen encargarse de la batalla antes de que llegara hasta él. Deseó que fuera así.

Sin embargo, no iba a quedarse de brazos cruzados a la espera de lo que pasara. En el patio ya brillaba la luna como la punta de un puñal. Neil Farrel cogió su pistola automática y se metió en el interior de la casa.

«Es cierto, son apenas unos *amateurs*» se dijo el Enterrador, y atravesó la cortina de humo aun más confiado que antes. Había esperado una mínima pausa en los disparos del guardia que tenía más cerca, y al que al parecer no

logró acertarle en un punto vital.

Tras la cortina de humo, lo encontró. Se trataba de un joven, casi un chico: el pobre diablo, herido en un muslo por su puñal, intentaba recargar su arma. El Enterrador sabía que podría noquearlo de un golpe, pero decidió rodearle la cara con las manos. El chico no necesitó implorarle piedad: sus trémulos ojos, abiertos de par en par, lo hicieron por él. Las manos del Enterrador percibían el temblor de aquel cuerpo lleno de vida y de ingenuidad, y ahora sobrepasado por el pánico y la impotencia. Un hábil movimiento, uno que esas manos habían ejecutado mil veces, liberó al chico de aquellas sensaciones tan desagradables y, a la vez, le regaló a Cody un maravilloso estallido de goce que nunca conseguía mediante el sexo. Se oyó un débil *clack*, un sonido apenas más potente que el de una contractura presionada por los dedos de un masajista. El cuello estaba roto y el chico quedó tirado en el suelo.

El Enterrador oyó muy cercanos ruidos de desplazamiento, pero se dio cuenta tarde de la amenaza. Un disparo lo tomó por sorpresa y lo lanzó al suelo también.

En la parte de atrás de la casa la figura enfundada de negro trepaba el muro con ayuda de una cuerda de alpinista. El traje de látex cubría cada centímetro de su piel, incluyendo la cara. Apenas se adivinaban unas mínimas rendijas que le permitían ver.

La figura llevaba entre los dedos un dardo venenoso, por si a alguien se le ocurría asomarse por la ventana y la descubría subiendo hacia allí.

A cualquiera que hubiese pasado por allí se le habría ocurrido calificarlo como una misteriosa figura, una silueta felina y silente.

O quizá, recurriendo a una metáfora más precisa, como una *sombra*.

Esta percibió luz en una ventana. Trepó hasta allí y se asomó apenas un

segundo. Ese lapso le bastó para incluso *oler* la vulnerabilidad de esa habitación y de su ocupante. Y se dio cuenta de que aquella resultaría una buena manera de entrar.

El joven que acababa de dispararle al Enterrador, y que llegó corriendo desde su puesto, ya era capaz de contemplar el panorama a través del humo menguante. Por eso había localizado al intruso y le acertó en el pecho.

Respiró agitado, intentando no tragar el humo remanente. Mientras se acercaba a aquel cuerpo abatido —comprobó que se trataba de un hombre enorme— se entusiasmó pensando en que el jefe lo felicitaría por su acción heroica, y sin duda un ascenso constituiría la menor de sus recompensas.

Para dispersar el humo movió la mano como quien ahuyenta a un insecto. Durante un instante, contempló las volutas desapareciendo y el retorno de la visión de la luna y el cielo nocturno recuperando su esplendor. Aquel era el lienzo donde pintaba ese futuro soñado, que lo encontraría convertido en uno de los subordinados más importantes de Neil Farrel, un hombre vital en la organización.

Bastaron esas brevísimas ensoñaciones, esos segundos en que aparto la vista del cuerpo, para que aquel entusiasmo mutara en pesadilla. El enorme atacante acababa de ponerse de pie. Antes de que el cerebro del joven diese a su sistema nervioso la orden de apretar el gatillo, el mastodonte le había apretado la muñeca con una fuerza tan feroz que lo obligó a soltar la pistola. Después, el mastodonte le giró la muñeca con un movimiento de la suya y sintió cómo el hueso se le astillaba y se le rompía.

Ese dolor fue suficiente para desmayarlo.

Farrel se rodeó de tres de sus hombres de confianza, que vivían en su casa para protegerlo. Otro par de sus hombres, que también vivían en la casa, se

adelantaba hacia la puerta.

Farrel no contaba con más hombres, y se preguntaba cómo les estaría yendo a los de la puerta.

Ya no oía disparos.

Una voz histérica y femenina preguntó, desde el dormitorio, qué estaba sucediendo allí.

Era la amante de Neil Farrel. Él la calló con un grito y le ordenó que no saliese de la pieza por nada del mundo.

Sin embargo, la mujer no dejaba de gritar:

—¡Qué está pasando, Neil, por el amor de Dios!

A Farrel el grito se le antojaba desproporcionado. Ciertamente que ella era una mujer, y las mujeres —según su consideración— solo servían para incomodar y estorbar en los asuntos de hombres. Pero, aun teniendo en cuenta aquella percepción suya, algo le olía mal.

—Ve a calmar a esa perra—le dijo a uno de los tres hombres que lo rodeaban—. Si entran, nosotros nos arreglaremos aquí.

Farrel miró a los otros dos hombres, que asintieron. Todos ellos portaban armas y las apuntaban hacia el frente. Salvo, ahora, el que recibió la orden de ver cómo estaba la mujer.

El Enterrador se molestó por recibir un disparo de uno de esos principiantes, pero mucho más se alegró de haber llevado puesto un chaleco antibalas. Esa no era su costumbre, sino que lo había hecho por orden de su ocasional jefe de voz robótica.

Aunque ahora, por primera vez, trabajaría junto con él. No le había escuchado la voz ni visto la cara: solo lo vio enfundado en su traje negro. Ya los dos sabían perfectamente en qué consistía el plan, lo hablaron antes, así que no hizo falta decirse palabras en persona.

El Enterrador entraría por el frente, anularía o —en el peor de los casos— solo distraería a los guardias de Farrel. Su jefe le dijo que se trataba de jóvenes sin experiencia, que le sería bastante fácil. Sin embargo, lo proveyó de aquel chaleco: por más inexpertos que fuesen, diez hombres disparando no eran un asunto para tomarse a la ligera.

El Enterrador se había sentido algo ofendido cuando su jefe le comentó aquello. Ahora debía de admitir que tuvo razón. El disparo que recibió no hubiese sido mortal de hallarlo desprotegido, pero sin duda le hubiese complicado las cosas.

El Enterrador ya había reducido a la tan numerosa como endeble guardia de Farrel. Ahora se puso a cubierto detrás de una columna, todavía en la parte de afuera de la verja. Esperaba a los enemigos que pudiesen salir por el frente.

La Sombra no apartaba el gatillo de la sien de esa joven, que derramaba lágrimas sobre su camión.

—Llámalo—le decía la Sombra, susurrando como una insidiosa serpiente, a la aterrada mujer—. Sigue gritando por ayuda, pero no les digas que estoy aquí o te mataré ya mismo.

El plan era separar a los hombres de Farrel, cazarlos uno a uno. Sería divertido.

La Sombra había apagado la luz. En esa oscuridad su traje negro lo volvía casi invisible.

Uno de los hombres de Farrel, el primer infortunado en caer en la trampa, abrió la puerta. Empezó a decir, dirigiéndose a la mujer:

—Qué le pasa, señorita...

No pudo terminar. Un disparo, con silenciador, lo impactó justo en medio de la frente.

La mujer se puso a gritar incluso más que antes, y sin necesidad de que nadie se lo pidiese mientras la apuntaba con una pistola.

La Sombra no le disparó: se limitó a darle un golpe con la culata. La mujer, desmayada, cayó sobre el parqué.

Desde el vano de la puerta, asomando la cabeza unos centímetros, podía ver al final de un pasillo breve a Farrel y a los dos hombres que lo flanqueaban.

Apuntó a la enorme lámpara en forma de araña que colgaba del techo. No podía disparar a todas las lámparas a la vez, así que debía acertar justo al colgante.

Un tiro difícil, se dijo. Pero no importaba: a más dificultad, mayor diversión.

Se tomó unos segundos para apuntar. El lenguaje corporal de Farrel ya delataba su desconcierto. Lo estaría poniendo más nervioso aún el hombre a quien había mandado a calmar a la mujer y que todavía no regresaba.

Farrel, se dijo la Sombra, estaba oliendo el hedor de la muerte que lo buscaba. Y en ese momento no importaba si se trataba de un jefe narcotraficante, de un oficinista, de un mercenario o de un agente del MI6: más allá de su experiencia y capacidad al enfrentarlo, todos los hombres experimentan un idéntico terror ante la intuición de su final inminente.

Al fin disparó. El disparo fue certero y la suntuosa araña se demoró apenas un segundo en desprenderse. Uno de los hombres de Farrel pudo esquivarla por muy poco cuando impactó contra el suelo y se deshizo en mil pedazos.

Farrel la miró como si fuese él quien se *deshacía*. Al menos, eso le gustó pensar a la Sombra.

Sin la potente luz de la araña, ese sector de la casa quedó en penumbras.

Era momento del ataque definitivo.

Nadie salía por la puerta frontal y el Enterrador perdía la paciencia.

Decidió trepar la verja con rapidez. Así lo hizo, y pronto se halló en el jardín.

Lo atravesó corriendo, siempre con su pistola apuntando hacia el frente.

Disparó a la puerta, por si parado detrás de ella lo esperaba alguien.

—Nos disparan—dijo uno de los dos hombres que flanqueaban a Farrel cuando los balazos impactaron sobre la puerta principal.

—No me digas, Sherlock Holmes—comentó Farrel, fastidiado—. Adelántate y aniquila a ese maldito.

El hombre salió del comedor y fue hacia la puerta de adelante.

Y se materializó ante Farrel, y el hombre que se quedó con él, una sombra negra, un oscuro ángel de la muerte.

El hombre junto a Farrel alcanzó a disparar antes que un dardo venenoso le perforara la garganta. El disparo no impactó sobre aquella sombra, pero el dardo sí fue efectivo.

El otro hombre, el que se había dirigido a la puerta, volteó para ayudarlos. Pero una balacera, surgida desde el lugar hacia donde él se dirigía antes, lo aniquiló.

Farrel intentó disparar también, pero ese fantasma negro se movía demasiado rápido, como si rebotara contra las paredes. Pensó que o bien la oscuridad y el miedo lo habían vuelto loco, o realmente se trataba de un engendro de la oscuridad que venía a llevárselo al infierno por sus pecados.

Terminó disparándole, sin demasiada convicción, a una pared. La figura negra le dobló el brazo y lo forzó a soltar el arma. Farrel se dijo que ese sujeto no parecía poseer una exagerada fuerza, pero sin duda conocía los puntos que se debían presionar para reducir físicamente a un hombre.

Y, como nunca en su vida, Farrel sintió lo que tantos otros habrían sentido ante él: la impotencia absoluta, la certeza de estar por completo a merced del enemigo.

El Enterrador se había aprovechado sin vacilar del instante de distracción del hombre armado que iba a su encuentro. Hubiese preferido no dispararle por la espalda, pero el trabajo era el trabajo, y el primero y único de sus deberes consistía en ejecutarlo de la manera más eficaz. Los gustos personales quedaban en un segundo plano.

Cuando llegó a donde estaba Farrel entendió porqué aquel hombre se había dado la vuelta: el jefe tenía al narcotraficante de rodillas. Seguía enmascarado por completo, cada centímetro de su esbelta figura cubierto con un traje negro de látex. El traje, advirtió Cody por primera vez, no parecía ir ceñido directamente al cuerpo. Su ocasional jefe debía llevar también un chaleco antibalas, de ahí el aspecto plano y cuadrado de su tórax. Aquel era un cuerpo bastante extraño.

Un ademán distrajo al Enterrador de esos pensamientos inútiles. Era precisamente su jefe quien le hacía con la mano señas que, sin duda, lo invitaban a retirarse de la casa.

El Enterrador se fastidió un poco por esa costumbre de mantener constante silencio, incluso cuando habían trabajado juntos. Aunque, pensó después, también podría interpretar el hábito como un gesto de profesionalismo digno de admirar. A ninguna persona, ni siquiera a otros habitantes de los bajos mundos criminales, le permitía conocer su verdadera voz: hasta ese punto protegía su identidad aquel sujeto.

Y seguía insistiéndole, siempre con el mismo gesto, para que se fuera. El Enterrador sabía que recibiría la mitad de la paga faltante, eso no le preocupaba. Solo lo frustraba no quedarse hasta el final: se sentía como quien

trabaja en la construcción de una pared y es expulsado al momento de colocar la última línea de ladrillos.

Pero, una vez más, se imponía el profesionalismo. Y su jefe le dejó bien claro que sería quien *finalizara* a Farrel, aunque solo después de hablar con él a solas. Supuso que lo torturaría para obtener alguna información, o quién sabe qué interés tendría en prolongar la vida de ese miserable vendedor de veneno, aunque no sea por más de uno o dos minutos.

El trabajo era el trabajo: eso volvió a decirse Cody y abandonó la casa. Salió por la puerta del frente, no sin antes confirmar que aún no había llegado la policía. En efecto, no había ni una mísera persona en las inmediaciones, salvo que uno siguiese contando como personas a los cadáveres de los guardias.

Cuando un tiroteo ocurría en la casa del jefe de una organización criminal la policía esperaba un tiempo prudencial antes de intervenir. Daban por sentado que era un asunto entre bandas —y quizá esa suposición fuera correcta: Cody no tenía idea de por qué ni para quién debía matar a Farrel, ni falta le hacía saberlo— y dejaban que, en principio, los criminales se arreglaran entre ellos.

Y desde ya que los vecinos mostraban aún menos interés en denunciar una batalla en la casa de un sujeto de tan dudosa reputación como Farrel.

Nadie, nunca, se metía con un mafioso. Ni con uno vivo ni con uno muerto.

El Enterrador se fue. Caminaba sin apurarse mientras silbaba una melodía que le gustaba mucho: aquella famosa banda de sonido que Ennio Morricone compuso para *El bueno, el malo y el feo*, un también célebre *spaghetti western*, y que casi estaba hecha para ser silbada. Era una de las pocas manifestaciones musicales que surtían algún efecto en él. Salvo unas pocas bandas de sonido de wésterns, la música le provocaba tanta indiferencia

como casi todas las demás cosas.

Y así, recordando los fieros cruces de miradas durante el duelo de la película y sin dejar de mirar él mismo hacia los lados, regresó por donde vino. Ya se había olvidado de Farrel y del cruel destino que sin duda lo esperaba.

Capítulo 27: Un plan a la manera de Thomas Tanner

Hacía unos minutos que Cullen había recibido un mensaje a través de un archivo de audio. Tanner, desde la cocina, no alcanzó a oír el contenido, pero sí a percibir la extraña vibración de esa voz robótica. Seguro que el trabajo ya estaba terminado y la Sombra quería cobrar el dinero que Kuna Baráth le adeudaba.

Unos minutos después, cuando su amigo salió de la habitación y se reunió con él en la cocina, confirmó aquellas sospechas:

—Escúchame con atención—le dijo Cullen— y no te ofendas por lo que te voy a decir.

—Dilo de una vez—Tanner fumaba, exhalando volutas de humo a través de la ventana entreabierta—, no necesitas enredarte con introducciones.

—Thomas, necesito saber que estás mentalmente en las mejores condiciones para realizar este trabajo. O, al menos, en *buenas* condiciones.

—Estoy perfectamente bien. Estoy preparado.

Los dos estaban sentados a la mesa, mirándose a los ojos. Tanner mentía: él sabía que estaba mintiendo, y sabía que Cullen también lo sabía. Ya habría leído las expresiones de su cara, las más inconscientes y fugaces, como a la carta de un restaurante cualquiera. Y entre los platos del día que ofrecía Tanner se encontraban la inseguridad, un exceso de furia contenida que en cualquier momento podía cegar a la razón, la pena, incluso un renovado y potenciado impulso autodestructivo... Sin duda, Cullen ya habría concluido que Tanner no resultaba ser un socio adecuado para una tarea que requería

frialdad y precisión.

—Me alegra escucharte tan confiado—ahora era Cullen el que mentía. Sin duda, se dijo Tanner, él apoyaría a un amigo hasta las últimas consecuencias, así como Tanner lo había hecho y lo volvería a hacer con él. Uno no sumaba muchos amigos en este negocio, y por eso Tanner consideraba que les debía todo a los pocos que tenía. Y él daba por sentado que Cullen compartía esa opinión.

—Todo saldrá bien, Richard—dijo Tanner—. Cuéntame: ¿cómo y dónde se realizará el pago?

—Quedamos en reunirnos en una iglesia, a unos cinco kilómetros de aquí.

—¿Una iglesia? —Tanner expulsó la última voluta de humo de su cigarrillo acompañándola con una media sonrisa sarcástica—. Muy adecuado para gente como nosotros.

—Supongo que será por eso que utiliza un lugar así: ¿quién sospecharía que dos criminales pagan sus deudas en la casa del Señor?

—Sí, no es una mala idea. Aunque me sentiré un capo de la mafia siciliana entrando allí.

—En fin, el sitio del intercambio es lo menos importante. —Cullen mostró su típico semblante de concentración extrema, indicativo de que pasaría a detallar el plan—. Lo cierto es que Kuna Baráth no puede acercarse en persona a dejar el dinero, no resultaría verosímil. Debes tener en cuenta que, debido a su condición de aristócrata y de empresario supuestamente «legal», él es una persona pública.

—Claro que lo tengo en cuenta. Baráth no debería ir por allí entregando maletines llenos de dinero a sujetos dudosos.

—Exacto. Además, si fallara de alguna manera o se diesen cuenta de que se trata de un disfraz, eso echaría por tierra años de trabajo con el MI6.

—Entonces, Richard, me tocará ir a mí. Deberé disfrazarme

adecuadamente.

—Sí, así es, deberás ir tú, aunque ellos conozcan tu cara mejor que la mía. Pero no te preocupes: sabes que me dedico al disfraz y al ocultamiento, y tengo aquí todo lo necesario para modificar tu apariencia a tal punto que ni tu madre sería capaz de reconocerte.

—Hace tanto que no veo a mi madre que creo que no me reconocería de todos modos.

Cullen se permitió sonreír. A pesar de su concentración, se dijo Tanner, al menos había advertido que se trataba de una broma.

—Hay algo que aún no decido—siguió diciendo Cullen, ya con el mismo rostro adusto de antes—. Acompañarte usando yo también un disfraz, como si fuéramos dos hombres de Kuna Baráth, es una de las opciones que medito. Tú serías quien más hablara y ocuparías el centro de atención. Creo que, por más experto que fuera, nadie asociaría ningún rasgo físico mío con el de mi supuesto jefe húngaro. Sin embargo, estaríamos los dos expuestos si algo sale mal.

—No es necesario, Richard.

—No, es más bien inútil que yo te acompañe *directamente*. Creo que mejor sería que revisemos la iglesia, temprano, y yo me coloque como apoyo, al estilo francotirador, en un lugar en que ellos no puedan...

—Richard, cuando digo que no es necesario, me refiero a que no necesito que me acompañes.

Cullen se le quedó mirando.

—¿Estás loco? —preguntó—. Sabes mejor que nadie que en estos casos se debe contar con al menos un agente de apoyo.

Tanner respondió con absoluta tranquilidad, como en una conversación casual acerca del clima.

—Lo sé, Richard.

—Entonces, si lo sabes, ¿por qué dices tonterías? Si te descubren, o apenas advierten cualquier detalle extraño, no dudarán en acabar contigo.

—También soy consciente de eso. Pero no sucederá. Ellos deberían temerme a mí.

Cullen se incorporó. Tanner se quedó sentado con los codos sobre la mesa de la cocina.

—Pensé que te habías calmado—le dijo Cullen caminando en círculos como un padre preocupado—, pero sigues estando tan loco como siempre.

—¿Y qué esperabas? —Tanner sonrió: volvía a sentir la seguridad que lo había acompañado toda la vida y que parecía haberlo abandonado durante los últimos meses—. Sabes que he salido de peores que esta. Todo terminará bien.

Aunque Tanner no lo dijo, no eran únicamente la confianza y la conveniencia táctica las que lo motivaban a presentarse solo ante la Sombra o el subordinado que enviase: también quería evitar exponer a Cullen a un peligro tan directo. Consideraba que su amigo ya había arriesgado mucho por él, quizá demasiado. No solo modificó una misión, en la que se jugaba parte de su prestigio profesional, sino su propia vida. Y si bien aquel era un riesgo intrínseco a la profesión de Cullen, no era lo mismo afrontarlo con el apoyo de la enorme estructura del MI6 —como hacía todos los días— que hacerlo sin ella.

Discutieron el *modus operandi* durante unos minutos más, pero Tanner se mostró inflexible:

—Richard, te agradezco lo que has hecho por mí, pero a partir de ahora yo me encargaré. Tú debes concentrarte en el resto de tu misión.

—Todavía espero instrucciones y diseño tácticas—replicó Cullen—. Mi misión ha sido un éxito: el MI6 confirmó que no han visto a Farrel y que su casa se convirtió en una orgía de sangre. Comparado con la mansión del

difunto, un matadero luciría como un palacio.

Tanner siguió rechazando todo argumento de su amigo. Pasaron otros diez minutos hasta que Cullen se rindió:

—Está bien, Thomas—dijo abriendo los brazos y mostrando las palmas en señal de resignación—. Si tanto lo quieres, hazlo a tu manera.

—Siempre hice todo a mi manera, y siempre funcionó.

—Espero que esta vez vuelva a funcionar.

Cullen se fue a la habitación. Tanner se quedó allí, en la cocina, a solas con el silencio.

Él también esperaba, más que nadie, que *su manera* le siguiese funcionando.

Capítulo 28: Postales de viaje

Tanner se trasladaba hasta la iglesia en uno de los varios coches que poseían las diversas identidades de Cullen, todos ellos pagados y provistos por el MI6. En este caso, pisaba el acelerador de un Ford Fiesta de dos años y medio de antigüedad. No se trataba de un modelo no muy impresionante, ni era esa la idea. Por el contrario, se trataba de pasar lo más desapercibido posible.

Sin necesidad de apelar a los recursos del MI6 con los que contaba Cullen, Tanner y su viejo amigo habían revisado la zona por medio de los mapas satelitales en Internet. En Irlanda, país de gran tradición católica, existían catedrales y abadías de gran antigüedad, y alguna no exenta de lujo. Ellos advirtieron que, a todas luces, no sería este el caso: de hecho, y en rigor, Tanner se dirigía hacia una modesta capilla.

—Al menos—se decía Tanner en voz alta para romper el silencio de la ruta—, me matarán en tierra santa. Quizá me libre del infierno.

Y unos cientos de metros después se rectificaba:

—No, no me matarán. Serán ellos quienes terminen en condiciones de recibir el juicio divino, y en plena casa del Señor.

El monótono paisaje le producía una sensación de inmovilidad dentro del movimiento, o acaso de falsa movilidad, como si se tratara de una película de animación que repitiese los dibujos del fondo para ahorrar presupuesto. Y, precisamente, a la manera de aleatorios fotogramas de cine, le venían a la cabeza imágenes de su vida entera: los años en la academia del MI6, con Cullen y los otros; las veces que había salvado su vida por muy poco; el momento en que empezó a trabajar para Brooks; las primeras botellas de

whisky bebidas en menos de una semana, y las más fugaces que vinieron después; el día en que lo echaron del MI6, y antes de que terminaran de despedirlo él decidió que se convertiría en un mercenario; el chico aquel al que mató por accidente; la noche en que conoció a Sandra, y también *esa otra* noche —esa otra noche que era el espejo roto y sangriento de la anterior: la noche en que Sandra fue acribillada a balazos, ante los ojos de él, sin que pudiese hacer nada para impedirlo.

Tanner intentaba alejar esos pensamientos porque se asemejaba demasiado a lo que, según dicen, les sucede a los hombres a punto de morir: aquellos a los que, en el momento final, ven un resumen de su existencia proyectarse ante sus ojos. Una intempestiva serie de postales que despedían lo vivido y anticipaban el final.

Oleadas de frío y de calor le punzaban el pecho, y lo invadía una indudable sensación de *final*. Su única certeza era que, pasara lo que pasara, todo terminaría hoy mismo. Muriese la Sombra o muriese el propio Tanner, este asunto se terminaba.

Pensaba en eso y experimentaba cierto alivio. A estas alturas solo quería *terminar*. Aun si ese fin tenía que ser también el suyo. A fin de cuentas, cada hombre tenía un destino y su deber consistía en aceptarlo. Intentar torcerlo era el más inútil de los oficios.

Recordó aquella frase: «Quien a hierro mata, a hierro muere».

La Sombra era una leyenda. Si Tanner fallaba en su ataque y era él quien terminaba por morir, al menos sería un asesino legendario quien acabaría con su existencia. Mucho peor era ser asesinado por un matón cualquiera, o morir solo y aburrido en un hospital.

La vejez...ese era otro fantasma, otra sombra de la que Tanner no podía librarse. Todavía era joven, en términos generales, pero la edad —y sus malas aficiones sanitarias— le sobrepasaba a la hora de ejecutar las tareas físicas

que solía exigir su profesión.

El sol ya se escondía. Irónico que ese crepúsculo coincidiera con sus pensamientos sobre la decadencia.

Siguió manejando durante unos minutos más. A medida que Tanner regresaba al aquí y ahora, a la atroz inminencia del futuro, los recuerdos desaparecían y volvía la helada profesionalidad del mercenario que él era. Ya vislumbraba la modesta capilla, apenas iluminada por el sol menguante. Y ya no había nada más en lo que pensar.

Ya llegaba el momento de mostrar las cartas y saber quién ganaría la partida.

Capítulo 29: A la hora señalada

Tanner miró la hora en el móvil: estaba dos minutos adelantado a las ocho en punto, la hora a la que lo habían citado. O, mejor dicho, a la que citaron a Kuna Baráth, su supuesto jefe.

La fachada de la capilla se le antojó incluso más modesta de lo que vislumbró desde la distancia, cuando aún transitaba por la ruta.

Ahora acababa de estacionar el Fiesta a unos metros de su destino.

Bajó del coche, cerró la puerta y sin pensarlo levantó la mirada hacia el cielo. Lo recorrió una gélida electricidad, la sensación de que lo contemplaba por última vez. Aunque lo estaba intentado casi desde que se puso al volante del coche y partió de la casa de Cullen, le resultaba imposible sacudirse de encima esa espantosa sensación de fatalidad.

Y contrario a Cullen, un agente —y un hombre— más tendiente a observar la realidad en términos puramente racionales, él no desdeñaba esos presentimientos. Un cálculo resultaba muy útil, y él lo sabía bien. Pero también sabía que una intuición podía salvarle la vida cuando los cálculos fallaban.

Y contrario a lo que el cine había llevado a la gente a creer, los cálculos y las previsiones fallaban bastante a menudo. Fallaban en igual forma para el bando de los *buenos* como para el de los *malos*; categorías que, por otra parte, solo dependían del bando en que uno se ubicara. No existían conspiraciones a gran escala, o al menos no que Tanner supiera: solo infinidad de conspiraciones compitiendo una contra la otra. El mundo de la guerra fría se estructuraba en un equilibrio de horror. El de hoy era un caos absoluto y atomizado, y nadie sabía muy bien lo que podía pasar mañana.

Y, del mismo modo, Thomas Tanner no tenía idea de lo que le sucedería cuando entrase a la capilla. Salvo que resultaba improbable un resultado con matices: creía que todo le saldría o muy bien o muy mal.

Llevaba un arma apenas disimulada bajo la camisa. A nadie le resultaría anormal que él acudiese armado. En un bolsillo llevaba el sobre con el dinero. Claro que era dinero falso, «de utilería», lo llamaba Cullen. La intención no era llegar al momento de pagarle a la Sombra, pero a él podía serle útil para distraer al enemigo en determinado momento, además de completar su disfraz de negociador.

Cullen, en su rol de Baráth, le dijo a la Sombra que enviaría a uno de sus consultores de confianza, un inglés. Ese era el papel de Tanner, que usaba un bigote falso y una peluca de pelo largo y rubio. Cullen también había envejecido sus facciones mediante una sutil aplicación de maquillaje, imposible de advertir salvo que alguien se pusiera a observarlo con extrema atención, a plena luz y a centímetros de distancia. Cullen era un maestro del disfraz en todas sus formas, y la del maquillaje era una de ellas. Tanner solía bromear diciéndole que, si decidía retirarse del servicio, bien podría trabajar en teatro o en cine.

Ya frente a la fachada de la capilla empujó la pesada puerta con los dos brazos. Antes de entrar echó una mirada rápida. No vio mucho: aquel lugar se hallaba cubierto por la penumbra.

Resultaba obvio que a esa hora no celebraban misa ni habría nadie del clero, o no la hubiesen elegido para citarlo a él. Sin embargo, no habría sido un mal detalle dejar una luz prendida, si se suponía que a ese lugar lo controlaba la gente de la Sombra —Tanner ya no dudaba de que aquel hombre era una suerte de organización en sí mismo—.

Aquel recibimiento tan lleno de desidia no le inspiró a Tanner la menor confianza, pero ya no había vuelta atrás. Lo bueno era que no existiría ni la

más mínima posibilidad de que ningún ojo, por experto que fuese, detectara que él usaba maquillaje y postizos.

Había que ver el lado positivo de las cosas, se dijo Tanner, incluso si cabe la posibilidad de que uno se encuentre a poco de morir.

Dio un paso hacia adelante y penetró en la capilla. A pesar de la penumbra, advirtió que el interior no resultaba tan modesto ni precario como la fachada. Contempló las numerosas filas de asientos, las estatuas reducidas a oscuras siluetas que ahora no representaban, sino que apenas insinuaban las imágenes de los santos. Y más lejos en el camino de su mirada, ya en el fondo y por detrás de los asientos, el lejano atril bañado por una luz que a Tanner se le antojaba imposible. ¿O acaso el resplandor de la luna podría atravesar los vitrales y proyectarse hasta allí con tanta potencia?

Y justo cuando los pensamientos luctuosos volvían a atormentarlo —y lo rodeaban como una sórdida bandada de cuervos— se encontró con una visión de ultratumba.

Eso no podía ser lo que él creía que era.

Mejor dicho, *ella* no podía ser la que él creía.

Y sin embargo, contra toda evidencia de la razón, aquella mujer rubia de espaldas a él, parada contra una de las hileras de asientos más cercanas al atril, no podía ser otra que Sandra. Tanner no necesitaba ver la totalidad de su rostro: le bastaba con el sugerente perfil que alcanzaba a entrever desde su perspectiva.

«Estoy loco», se dijo. Y trató de hacerse entrar en razón, como si se lanzara a sí mismo un balde de agua fría.

«Esto ya me sucedió cuando caminaba con Cullen», se volvió a decir.

¿Pero de dónde sacaría Tanner las fuerzas para negar aquello que sus ojos no habían cesado de ver? Porque si aquella mujer era una alucinación o incluso un fantasma, resultaba evidente que el mero entendimiento de su

irreal naturaleza por parte de Tanner no bastaría para que se esfumase. Ella seguía allí, a medio camino entre un anticipo de aquel paraíso en el que Tanner no creía —y de haber creído, hubiese dudado que a él le tocara terminar allí— y una burla macabra del destino.

Ahora, paralizado, no se atrevía a dar otro paso adelante. Se había olvidado de Cullen, de la Sombra, de su misión.

Intentó buscar una explicación a medio camino entre la locura, lo sobrenatural y lo razonable: quizá se trataba de una mujer simplemente parecida —no igual— a Sandra y que su mente febril confundía con ella.

Pero, aun si fuese así, ¿qué hacía en una capilla cerrada, sin párrocos ni nadie que la recibiese, en posición de rezo frente a un atril vacío?

Y esa luz en el atril... Reforzaba aún más esa sensación que desde hacía unos segundos sitiaba el cuerpo de Tanner: la de encontrarse en una película de terror de mal gusto.

Cerró los puños y despertó de esa suerte de trance. Volvió a apoyar los pies en la tierra: recordó lo que había ido a hacer. Estaba contemplando a una rubia muy similar a Sandra, y que cuando se volviese hacia él revelaría un rostro diferente al de ella. Quizá similar, pero sin duda, no el mismo.

Y eso sería así porque Sandra —Tanner se lo repetía como si le costase creérselo— estaba muerta. La habían acribillado delante de sus ojos.

Caminó con lentitud en dirección a la mujer. Hasta que oyó un ruido que resonó con esa acústica tan gutural y característica de las iglesias. Provenía, según le indicó a Tanner su oído, de uno de los sectores laterales.

El ruido volvió a resonar. Él comprendió que se trataba de ese sonido tan característico que hace la madera al ser golpeada levemente.

Y se dio cuenta de que allí había, bajo una luz tan extraña como la del atril, un confesionario.

¿Acaso el cobrador lo esperaba allí? Como si el ambiente ya no se

hubiese tornado lo suficientemente extraño.

Recordó a la mujer, que por un segundo se había evaporado de su cabeza.

Cuando volvió a mirar hacia el frente, en dirección a las filas de asientos, ella ya no estaba allí.

No había nadie: solo aquellos asientos sin fieles que los ocupen, un mudo prólogo al atril resplandeciente.

Tanner pensó que había enloquecido *de verdad*.

Y al instante se dijo que, loco o no, debía de terminar con su trabajo. A fin de cuentas, para dedicarse a lo que él se dedicaba resultaba necesario estar un poco loco.

Ante otro previsible golpe, se dirigió al confesionario. Sin duda, esos golpes no se daban solos, sino que el cobrador habría elegido ese extraño recurso para llamar la atención de Tanner.

Capítulo 30: La culpa y el martirio

Por más justificaciones racionales que avalaran el haber aceptado esa decisión, Cullen no podía perdonarse el permitirle a su viejo amigo partir solo hacia el encuentro con la Sombra, o sus mandaderos.

A despecho de su paladar, intentó aplacarse con un método característico del propio Tanner: un vaso de *whisky*, servido de la misma botella a la que él le había dado un trago antes de partir. Por fortuna, y por pedido de Cullen, fue un trago muy breve.

—Es solo para entonarme un poco antes de la acción—le había dicho Thomas, y por un instante Cullen creyó encontrarse de nuevo frente a aquel joven irreverente al que conoció en la academia.

Y eso porque de Tanner se podían decir muchas cosas, pero existía un adjetivo que le calzaba mejor que ninguno: él era *incorregible*. Percibía la vida como a una enorme y empinada montaña rusa, y todo le valía salvo pedir que alguien accionara los frenos.

Lástima que siempre, aun de la más empinada de las montañas, llegaba el momento de bajar. Y Cullen temía que ese momento fuera a llegarle a Tanner justo ahora. Lo torturaba la culpa por no haber sido capaz de aplicar el freno a tiempo, lo quisiese su amigo o no.

Tanner se acercó hacia el confesionario, y la situación se le hubiese antojado graciosa —o al menos cargada de ironía— si no fuera porque le resultaba inquietante. Debía admitirlo, lo perturbaba la rareza del lugar. Ni siquiera se acordaba de cómo lucía una iglesia. Y sus pasos, ahora, retumbando en el vacío sepulcral mientras se acercaba a pagar su deuda.

Se le ocurrió que un *confesor* y un *cobrador* eran, en el fondo, la misma cosa.

Ya estaba frente al confesionario. La malla le impedía ver el rostro en el interior, pero allí se insinuaba una sombra, que debía de ser la silueta de un hombre. Tanner daba por sentado que no se trataba precisamente de un cura.

Si la capilla entera reposaba entre penumbras, el interior del confesionario parecía un agujero oscuro dentro de la propia oscuridad.

—Usted ha pecado—dijo una voz desde allí adentro.

—Mi jefe no está de humor para bromas, y le *confieso* que yo tampoco—dijo Tanner con su sequedad habitual. Había recobrado la compostura: nadie iba a llevárselo por delante con tonterías—. Vine a pagarle, y prefiero que la transacción se ejecute lo más rápido posible.

—*Ejecutar* —repitió la voz—. Esa es mi palabra favorita.

Tanner recuperó el entusiasmo: ¿estaría hablando con la Sombra? ¿Habría venido en persona a cobrar lo suyo?

No le preguntaría directamente. Intentó averiguar esa información mediante un subterfugio: dar por sentado que hablaba con el famoso asesino y esperar a que la voz lo corrigiese o no.

—Ha hecho usted un buen trabajo.

—Gracias.

Tanner celebró, dentro de sí, esa respuesta: en efecto, debía de ser él. Estaba hablando con la Sombra.

—Los diarios le dieron una importante cobertura—siguió diciendo Tanner—. Mi jefe considera que no fue un trabajo discreto, pero sí efectivo.

—Su jefe pagó por eliminar a Farrel, ¿no? Y eso fue lo que hicimos.

¿Hicimos? ¿En plural? A Tanner volvió a perturbarlo una sensación de desasosiego, ese frío que de repente comenzaba a circularle por las venas. Sin embargo, no ostentó ningún signo de debilidad. Por más que, supuestamente,

él era un mero subordinado, nunca se podía perder el respeto del interlocutor durante este tipo de conversaciones.

—Felicite también a sus ayudantes—dijo Tanner, siguiendo la estrategia de asumir que hablaba con la Sombra.

La oscura silueta se acercó a la malla del confesionario, donde lo rozaba un tímido haz de luz. Tanner creyó distinguir en la semioscuridad un pedazo de cabellera canosa.

—¿Está usted interesado en saber quiénes son mis ayudantes?

Ahora, el hombre del confesionario —se tratara de la Sombra o no—modulaba exageradamente al hablar. Sus palabras sugerían un tono irónico, aunque era difícil asegurarlo.

—Ni a mí ni a mi jefe nos interesa, señor —respondió Tanner—. Ahora, por favor, no tengo todo el día. Quisiera ya...

—¿Le interesa saber quién soy yo?

Lo había interrumpido sin ningún miramiento. El tono, Tanner no tuvo dudas esta segunda vez, era decididamente irónico.

—Quizá no era Farrel su objetivo—volvió a decir la silueta oscura de pelo cano—. Quizá usted busca a otro hombre.

Tanner maldijo para sus adentros. ¿Sabía la Sombra a lo que él estaba jugando? ¿Acaso lo supo desde el principio?

Se llevó la mano al arma, pero antes de que pudiese hacer algo con ella vio que la malla del confesionario se le venía encima.

Alcanzó a cubrirse el rostro con el brazo libre, pero no pudo evitar recibir un tremendo golpe en el estómago. Sintió una presión en la muñeca —unos dedos como garras y que se le clavaban en las venas— y soltó la pistola. Esquivó otro golpe, un puñetazo directo al rostro.

Retrocedió. Por instinto buscó el arma. Entendió que había quedado lejos de él, perdida en la oscuridad.

Y cuando prestó atención hacia el frente entendió que se enfrentaba a un hombre alto, aunque no especialmente grande. Sin embargo, su fuerza y habilidad resultaban temibles: se lo acababa de demostrar a Tanner, desarmándolo con unos pocos movimientos.

—¿Eres tú la Sombra? —preguntó Tanner.

—Yo no soy ninguna sombra—contestó el otro—. ¿Todavía necesitas evidencias de que soy real?

—Admito que me tomaste por sorpresa. —Tanner se puso en guardia: resultaba extraño que el otro no llevara una pistola y propusiese un combate cuerpo a cuerpo—. A partir de ahora no tendrás tanta fortuna.

—¿Tú crees? —El matón seguía con su tono irónico—. No me hace falta suerte para romperte en pedazos, Thomas Tanner.

Cuando lo oyó pronunciar su nombre completo ya no le quedaron dudas: él —o mejor dicho, su jefe— conocía el plan que había trazado con Cullen. Lo supo todo desde un principio.

A Cullen no dejaban de llegarle los recuerdos de la academia, y también de los trabajos que Tanner y él ejecutaron juntos al servicio del MI6. En otra situación le hubiesen arrancado alguna sonrisa moderada de las suyas, pero ahora las consideraba un mal presagio: como si su mente ya se estuviese despidiendo de Tanner.

No era propio de Cullen tomar decisiones basándose en *presagios*, *intuiciones* y ese tipo de sensaciones imposibles de justificar y mensurar. Sin embargo, no era un robot: y por eso experimentaba la llamada de algo profundo dentro de sí, algo más hondo que su carne y sus huesos, algo que la mera razón jamás alcanzaría a entender.

Y ese algo le susurraba un pedido... No, no se trataba de un pedido, sino de una *orden*.

Aquello dentro de él no dejaba de ordenarle:

«Ve en ayuda de tu amigo».

Cullen entendió que era mucho más lo que tenía por perder que lo que ganaría quedándose allí, dando vueltas alrededor de su casa.

Se puso ropa decente y fue corriendo hacia la cochera.

En medio de la pelea, Tanner tuvo tiempo para decirse a sí mismo que quizá abusara de la bebida, fumara más de lo aconsejable y no fuera lo suficientemente riguroso con sus ejercicios diarios, pero que sin duda conservaba su habilidad. Acababa de asestarle a ese hombre tres golpes seguidos, dos en el estómago y el último en plena mandíbula. Y debieron de haberlos sentido hasta sus antepasados.

Al menos eso supuso Tanner hasta que comprobó que el otro no solo seguía en pie, sino que no mostraba intenciones de morder el polvo en un futuro cercano.

El Enterrador se restregó el puño por la boca.

—Nada mal—dijo—. Te mueves bien para ser un hombre acabado.

Tanner sonrió mostrando los dientes.

—Y tú, hasta ahora lo único que haces bien es hablar.

—En pocos minutos lamentarás haberte mostrado tan altanero.

El Enterrador le lanzó una patada rapidísima, como un relámpago mortal. Tanner la esquivó por poco y lanzó su contraataque en forma de puño. Pero su rival le dobló el brazo y lo puso de espaldas hacia él.

—Intentas intimidarme con tu falsa confianza, mercenario. —Tanner sentía el aliento cálido del Enterrador contaminándole la oreja—. Es inútil, tú y yo sabemos que eres un muerto que camina.

Tanner giró y se liberó de esa llave. Lanzó otro puñetazo que al otro le rozó la cara.

—Caricias—dijo El Enterrador—. Ni siquiera necesito esquivar tus débiles golpes.

Tanner buscó la pistola con la vista. Perdió apenas un segundo en el proceso, tiempo de sobra para que lo tomara por sorpresa una brutal embestida. El Enterrador se acababa de lanzar hacia él con la cabeza gacha y el hombro hacia el frente, transformado en el escudo de un caballero medieval. Tanner voló hacia la fila de asientos y por muy poco consiguió interponer el brazo para no golpearse la cabeza.

Desde el suelo levantó la vista, pero no pudo levantarse a sí mismo. Una patada le giró el rostro y lo obligó a escupir una agria bocanada de sangre.

Ahora los golpes le llegaban como misiles: veloces, fuertes, constantes. Tanner alcanzó a cubrirse de algunos y hasta intentó contraatacar. Sin embargo, las dos o tres veces que sus puños alcanzaron al Enterrador no causaron ningún efecto. Aquello le recordaba a esas pesadillas en que se pelea contra un rival imposible ante nuestros esfuerzos.

Tanner ya sentía la humedad de la sangre que había desbordado su boca y le manchaba la camisa. Un crujido y un dolor agudo le hicieron saber que tenía una costilla rota.

Ya había, literalmente, bajado los brazos. Sus palmas abiertas descansaban sobre el suelo y el resto de su humanidad solo se movía por la inercia de los golpes del otro.

Al fin el Enterrador pareció sentirse satisfecho. Dejó de golpearlo y se alejó un par de pasos de él. Quería, sin duda, contemplar su obra. O eso pensaba Tanner, que ya casi no podía pensar. Si antes la penumbra le dificultó la visión, ahora contemplaba al hombre que lo acababa de humillar como a un borrón tras un vidrio empañado.

—Aunque creas todo lo contrario, Tanner—dijo el Enterrador—, eres un hombre de suerte.

Menuda suerte, se dijo él. Solo los años de entrenamiento, y acaso el instinto de lucha, le impedían desmayarse. Le dolía cada centímetro de su cuerpo. Y si existía una parte de él que deseaba seguir peleando —aunque fuese imposible, aunque resultara inútil—, también había otra que anhelaba recibir ya mismo la máxima pena del perdedor.

O en otras palabras, deseaba morir.

Pensó en Sandra: su mente comenzaba a divagar y ya no distinguía la realidad atroz de los bellos recuerdos que le venían a la cabeza.

Quizá, se dijo, fuera mejor así. Al menos, en su hora final solo padecería el dolor del cuerpo. Lo *otro* —la mente, el alma, el espíritu, lo que fuera— se quedaría encapsulado en las mieles de la memoria: oyendo la risa de Sandra, probando la humedad de su boca, empapándose con el néctar de su irrecuperable sudor.

—Mi jefe me pidió que no te matara.

Él ya casi se había olvidado del Enterrador. Su voz lo devolvió al angustioso presente.

—Así que, como ya te he dicho, eres más afortunado de lo que piensas.

Tanner no tenía fuerzas para responder. Si se quedaba inconsciente sus lesiones serían más peligrosas, así que luchaba por mantener los ojos abiertos.

—Antes de que te duermas—volvió a decir el Enterrador, que sin duda había percibido sus esfuerzos por no desmayarse—, te dejaré un regalo. Es una pequeña nota que mi jefe redactó para ti.

Aquel sujeto extrajo del bolsillo un sobre blanco, de los que se usan para las cartas comunes. Lo arrojó en medio de las piernas abiertas y extendidas de Tanner, y cerca de su sangre derramada.

—No la leí, aunque te confieso que me hubiese gustado. No sé qué asunto tendrá contigo el que le pagó, pero no quiere verte morir. Al menos, no ahora.

El Enterrador hizo silencio. En la capilla solo se oían los quejidos de Tanner y su respiración entrecortada.

—Bueno, estimado colega, creo que no hace falta decir que no es nada personal, más allá de que tú seas un asqueroso inglés y no me hubiese disgustado matarte. Pero tú sabes, son negocios. Nos dedicamos a esto.

Otro silencio. El Enterrador habló por última vez:

—Hasta nunca, Tanner.

Lo saludó con un ademán, recogió algunas cosas del confesionario y a paso lento abandonó la capilla.

La borrosa oscuridad se cerraba sobre Tanner, o al menos eso sentía él.

El silencio resultaba incluso más agobiante que las anteriores burlas del hombre que lo había destruido sin más arma que sus propias manos.

Y así, inmóvil, sintiéndose casi tragado por esa muda oscuridad, Tanner supo que aquella parte de él deseosa de morir crecía cada vez más en su espíritu.

Capítulo 31: Abre los ojos

Al principio, cuando apenas podía despegar los párpados, el universo entero se había convertido en una luz cegadora. A Tanner le llegaron unas vagas imágenes del último de sus recuerdos, la golpiza brutal que le dieron en la iglesia. Y durante un instante absurdo identificó aquella luz con el famoso túnel blanco que dicen haber entrevisto quienes sufrieron experiencias cercanas a la muerte. Quizá, se dijo Tanner, el hecho de haber pasado él sus últimos segundos en la casa del Señor, más algún error burocrático, había provocado una equivocación en la administración divina y ahora lo estaban enviando al Paraíso.

Hasta que la luz se fue y se hizo la oscuridad. Tanner supuso que habían advertido el error, y en unos segundos lo redirigirían a las llamas y al tormento que ameritaban sus actos terrenales.

Pero no pasó nada de eso.

Tanner logró abrir los ojos del todo, y de a poco consiguió enfocar la imagen de un cuarto blanco y una mujer. Su vestimenta y su actitud indicaban que, sin duda, se trataba de una enfermera.

—¿Cómo se siente? —le preguntó ella—. No se apure a contestar.

—Me he sentido mejor—dijo Tanner sin demora. —Supongo que estoy hospitalizado.

—Así es.

—¿Cuánto estuve inconsciente? ¿Qué hora es?

La enfermera miró su reloj.

—Son las dos de la tarde. Un amigo suyo lo trajo aquí la noche de ayer. Usted estuvo inconsciente unas quince horas.

Tanner intentó ponerse de pie, pero un dolor insoportable en las costillas se lo impidió. Se dio cuenta de que le dolía todo el cuerpo.

—Debe descansar—dijo la enfermera—. Nunca corrió peligro mortal, pero ha sido herido gravemente.

Tanner recordó aquello que el Enterrador le dijo, sobre que la Sombra —aunque él lo llamaba «el jefe»— no quería matarlo. Y también se acordó de la nota que el otro le dejó antes de irse.

Le preguntó a la enfermera por Cullen.

—Su amigo está en el pasillo—le respondió—. Lo llamaré después de revisarlo.

Ella efectuó sobre él la rutina del estetoscopio y esas cosas. No era una enfermera hermosa, de esas que solo se ven en las películas para adultos. Sin embargo, era una joven bonita y agradable. Cuando terminó de revisarlo, no comentó nada respecto a su estado de salud. Tanner ignoraba si aquella era una señal positiva o una terrible.

—Ya está—dijo la enfermera—. Ahora iré a avisarle al doctor y también llamaré a su amigo.

Cuando tocaron la puerta de la habitación a la que él consideraba su despacho, Brooks temió que se tratara de su esposa. No había mandado a llamar a nadie, y esa solía ser la hora de la tarde que ella elegía para molestarlo con quejas y pedidos.

Preparó en su mente una excusa más o menos genérica y, esperando lo peor, dijo:

—Pase.

La puerta se abrió y él suspiró aliviado: era Russel, uno de sus hombres. No formaba parte de la seguridad, y por ende, no vivía en la casa. Brooks imaginaba lo que venía a traerle.

—¿Algo interesante?—le preguntó invitándolo a tomar asiento.

—Más información en bruto que otra cosa, señor—dijo Russel agachando la cabeza, como pidiendo perdón. Después le extendió una carpeta llena de hojas, algunas impresas desde la computadora y otras arrancadas de diarios y revistas—. Aunque hay ciertos eventos interesantes que no salieron en los medios. Los señalé en rojo.

Brooks hojeó la carpeta atentamente, salivándose los dedos cuando se le dificultaba pasar de página. Se concentraba en lo señalado con marcador rojo, considerando lo que le había dicho Russel. Mantuvo un ritmo homogéneo, lo que siempre indica cierta indiferencia, hasta que uno de esos «eventos interesantes» lo motivó a detenerse. Apoyó la punta del dedo índice sobre aquellos párrafos, releyéndolos, repasándolos con la vista una y otra vez. Por el rabillo del ojo vio que Russel lo miraba, expectante, quizá esperanzado en recibir una felicitación gracias a un hallazgo que ni él mismo advirtió haber hecho.

Y Brooks debió de admitir que, si su subordinado pensaba eso, se acercaba bastante a la verdad. Levantó la vista, sin levantar el cuello, y clavó sus ojos en los de él:

—¿Este vínculo ha sido confirmado?

El otro asintió con la cabeza y apenas contuvo una sonrisa de satisfacción:

—Sí, señor, me lo han informado fuentes fiables y lo he comprobado en los archivos correspondientes.

—Esto es muy interesante, Russel, y ha estimulado mis ideas. Creo que tengo la pieza que me faltaba. Buen trabajo.

—Muchas gracias, señor.

Brooks sabía ser amable. Y, lo más importante, sabía *cuándo* serlo. En la intimidad, se jactaba de ser un gran líder. Podía hacer feliz a cualquiera sin

disminuir la felicidad y el poder propios. La única excepción a esta regla era su mujer.

—Quiero que sigas investigando en esta dirección—le pidió Brooks—. Cualquiera otra información relacionada, entrégamela al instante. Puedes irte.

Russel dijo que así lo haría.

Ya en soledad, leyó una vez más esos párrafos. Había algo que no figuraba allí, pero que Brooks sí sabía. Él estableció una relación, y ahora la desarrollaba en su mente.

Acababa de descubrir un arma para protegerse, o incluso atacar a ese insolente de Aldridge.

Cullen entró al cuarto,

—Luces muy mal—le dijo—, pero eso no es nada nuevo.

—Tampoco son nuevos tus agradables ataques de humor—contestó Tanner desde la cama.

—No sé cómo sigues vivo. Cuando te encontré, pensé que...

—Tengo muy claro por qué sigo vivo. Y fue por decisión de la Sombra. Y hablando de eso...

—Aquí lo tienes. —Cullen se sacó la hoja del bolsillo—. Es la nota que te dejaron. Resistí la tentación de leerla.

—En tu lugar yo la hubiese leído, Richard.

—Ya lo sé. Quizá soy demasiado ético a veces.

La nota consistía en una página escrita en computadora. Tanner la leyó en voz alta:

Señor Thomas Tanner:

No considere una amabilidad el hecho de permitirle vivir. Sucede que mi empleador no desea aniquilarlo de un modo expeditivo y tradicional:

prefiere destruirlo, muy de a poco, hasta que usted llegue al punto de desear la muerte como al único alivio posible. Por eso nos hemos limitado, de momento, a lastimarlo y humillarlo. Durante los próximos meses no podrá sentirse tranquilo, no importa qué tan lejos intente huir, o qué plan fragüe con la inútil esperanza de detenerme. Ya se habrá dado cuenta de que tal hazaña es imposible, y de que sus engaños no funcionan conmigo.

Le agradezco el dinero que me adelantó por el asesinato de Farrel, aunque le informo que él sigue vivo. Lo convencí de fingir su muerte, cambiar de identidad y salir de Europa. Pronto los agentes del MI6 lo descubrirán, o quizá se lo informe otra agencia, y el señor Cullen se llevará un buen disgusto. Eso le pasa por ayudar a un hombre sentenciado.

El señor Farrel también tuvo la deferencia de pagarme la parte del dinero que usted me adeudaba, y yo sabía que nunca iría a recibir. Soy una persona muy persuasiva, incluso ante los hombres que se suponen inconvencibles.

Pronto nos volveremos a ver. O, al menos, yo lo estaré mirando.

Sépallo, Tanner: existen muchas cosas peores que la muerte, y yo las hago todas.

Tanner terminó de leer y no miró a Cullen. Los dos se quedaron en silencio, luego le dijo:

—Siento lo de Farrel, Richard. Te traerá dificultades en el trabajo.

—No es nada—respondió Cullen—. A veces los trabajos fallan.

—Dímelo a mí...

Otro silencio. Esta vez fue Cullen quien lo rompió:

—No estamos del todo perdidos. Podríamos...

—No, Richard—Tanner lo interrumpió violentamente—. Lidiaré con esto solo, tú ya hiciste más de lo que te podía haber pedido. Quien haya

contratado a la Sombra tiene un asunto personal contra mí, y yo debo resolverlo solo.

Cullen insistió y Tanner se negó con rotundidad. Terminó el horario de visitas y Cullen debió irse.

Después el médico entró al cuarto. Le dijo a Tanner que no tenía lesiones serias y que le darían el alta mañana.

Al anochecer se quedó solo. Sin mucho que hacer, aburrido de la televisión del hospital, se puso a pensar en quién podría querer su cabeza, y a la vez poseía tanto poder como para contratar a la Sombra.

Trataba de concentrarse en eso y así evitaba pensar en el paso de los años, en la decadencia, en la atroz inminencia del fin.

Capítulo 32: Vuelta a casa, entrada al infierno

Hacía cinco meses desde que Tanner se había vuelto a Londres desde Dublín.

Durante ese período siguió alucinando la figura de Sandra: creía verla en la calle, en algún negocio —frecuentemente, una licorería— que se le ocurría visitar, en los bares a los que asistía con una regularidad notable.

Pronto se acostumbró y dejó de perseguir espejismos. Lo ayudó el hecho de que ya no salía casi nunca de su casa, salvo para ir a los bares o comprar bebida.

Brooks se comunicó con su antiguo y ocasional colaborador, y supo que no contaría con él nunca más. Todo el que penetraba en su despacho le hacía la misma pregunta, incluso Russel se atrevió a exceder el protocolo normal de sus comunicaciones y consultarlo sobre el tema:

—Disculpe, señor Brooks—le había dicho el investigador—, ¿es cierto lo que dicen de Thomas Tanner?

Y Brooks, con semblante melancólico, asentía:

—El hombre está en la mierda, Russel, y la última vez que hablamos no percibí que tuviese demasiados ánimos de salir.

—¿Cómo puede quebrarse un hombre tan fuerte, señor?

Antes de responder, Brooks entrelazó los dedos y se echó atrás en la silla, en su mejor pose de sabio:

—A muchos les sucedió esto, Russel. Tú eres joven, quizá conociste mucha gente, pero yo ya tengo más años y enemigos de los que me

convendría tener. Los hombres más resistentes, los que parecen indestructibles, son los que a menudo no sobreviven al primer golpe de *knock-out* que les aplican.

Fue al día siguiente de esa conversación que Brooks se enteró de la muerte del agente del MI6 Richard Cullen. Según los comentarios, el asunto tuvo algo que ver con su investigación sobre narcóticos en Dublín.

Y a partir de ese momento, Brooks empezó a decírselo a quienes lo consultaban sobre la caída de Tanner: la muerte de su amigo, quizá su único gran amigo, terminó de aniquilar su espíritu. Y Brooks se sentía un poco raro usando esa palabra, «espíritu», pero la consideraba la más descriptiva —y espectacular— a la hora de referirse a un hombre acabado.

Y Brooks remataba las conversaciones con una frase que —palabras más, palabras menos— decía lo siguiente:

—Tanner es un condenado, un muerto que camina. Está esperando por la piedad de sus verdugos: espera a que ellos lo terminen de destruir y le concedan el único alivio con el que él puede soñar.

Capítulo 33: Una sorpresa

Una noche, en principio igual a tantas otras, Tanner bebía en su bar favorito. La cerveza ya no le bastaba, así que acababa de pedirse un Chivas con hielo.

Como tantas otras veces, vio o creyó ver una mujer igual a Sandra charlando con un tipo de traje gris. Ella lo miró a él, pero Tanner desvió la mirada. Se había acostumbrado a vivir entre espectros.

Se concentró en la TV. Transmitían un partido del Chelsea, quizá de la liga doméstica o de la Liga de Campeones. A él le daba igual.

Se le acercó un hombre. Alto, canoso, rasgos afilados, el cabello cortado al rape. Tanner lo reconoció. Era el mismo que lo había golpeado aquella vez en la iglesia, ese mismo que lo dejó al borde de la muerte.

—Señor Tanner—le dijo el tipo parado frente a su mesa—, ¿se acuerda de mí?

—No me acuerdo de nadie—le respondió Tanner sin mirarlo.

—Me recuerde o no, deberé pedirle que venga conmigo. —El otro corrió apenas una solapa del saco y le mostró que llevaba un arma—. Me apena su desmemoria, porque mi jefe me hizo venir a Londres especialmente para traerle malos recuerdos. Pero no importa, yo cobraré lo mío de todos modos.

El sujeto se rio. Tanner apenas posó sus ojos en él. Después siguió ignorándolo y bebiendo. Se volcó en las rodillas un poco de cerveza.

—Usted no es capaz siquiera de acertar el trago en la boca—dijo el Enterrador—. Obedezca: ya sabe lo que pasará si se resiste, con armas o sin armas.

Tanner siguió en lo suyo. El otro insistió:

—Acompáñeme por las buenas, Tanner. Soy un profesional, no quiero

ensañarme con usted. Será más fácil para los dos si no se opone.

Tanner se puso de pie con grandes dificultades. Trastabilló y cayó encima del Enterrador, que debió sostenerlo.

—Maldita sea, Tanner, muestre un poco de dignidad.

A la salida los esperaba un lujoso auto deportivo. Antes de subir, el Enterrador revisó a Tanner. Comprobó que no llevaba armas.

—A usted de verdad ya no le importa defenderse—le dijo—. Tal cual como mi jefe afirmó: usted está deseando este momento. Usted ahora no me ve como un demonio, sino como un ángel que viene a llevarlo a la liberación.

Tanner no dijo nada. El otro lo llevaba del hombro y él parecía mirar hacia el suelo. Aunque, en realidad, sus ojos lucían perdidos y no miraban a ninguna parte.

Subieron. Un chofer arrancó. Tras unos minutos de silencio, el Enterrador dijo:

—Había oído rumores sobre su lamentable estado, sobre lo bajo que había caído desde nuestro encuentro en Irlanda. Pero creí que se trataba de exageraciones. Ahora me doy cuenta de que no.

Tanner se quedó callado. A esas alturas era la actitud previsible.

—Antes de enfrentarme a usted allá en Dublín—siguió diciendo el Enterrador— me había hecho ilusiones. Creí que iba a disfrutar de un duelo parejo contra un rival a mi medida. Ahora me doy cuenta de que usted ya estaba derrotado antes de empezar.

Tanner se había quedado dormido, la cabeza contra la ventanilla.

Se detuvieron en un barrio de casas modestas. El Enterrador despertó a Tanner mediante un golpe leve, con la mano abierta.

Bajaron ellos dos, el chofer se quedó en el coche y después se fue.

El Enterrador casi debió arrastrar a Tanner durante el camino. Al fin abrió

una puerta de madera y entraron a un exiguo departamento sin muebles.

Allí esperaba un hombre viejo, muy alto y muy flaco. A su lado estaba Sandra.

Y ahora sí que, sin duda, se trataba de Sandra.

—Nos volvemos a encontrar, señor Tanner—dijo el viejo con su voz de serpiente—. Por si no me recuerda, me presentaré de nuevo: soy el diputado Aldridge.

Tanner ejecutó un ademán torpe, que quiso ser un saludo.

—Veo que usted no está en las mejores condiciones para el diálogo—dijo Aldridge, y en su sonrisa asomaba una lengua de reptil—. Ni siquiera le sorprende ver a su amada supuestamente muerta aquí a mi lado, viva y radiante. Y tampoco se sorprendió las últimas veces que la vio en la calle, o cuando la vio recién en el bar. Ya ni eso le importa, Tanner. Usted ya está muerto, y por eso decidimos «oficializar» ese estado.

Tanner miraba a los ojos del sonriente diputado, pero no decía nada.

Aldridge volvió a hablar:

—Creo que será mejor que su querida Sandra, a la que nosotros conocemos como la Sombra, le explique lo sucedido. Este asunto no estaría completo si usted no supiese porqué he debido castigarlo.

«Sandra» se le acercó. Lucía tan hermosa como siempre.

—Sé lo que estás pensando, mi amor—le dijo con burlona ternura—. «Yo la vi morir, es imposible que esté viva». Pero, querido Thomas, ¿qué fue lo que en realidad viste? ¿Una silueta en la oscuridad del cuarto, cuando estabas borracho y acababas de levantarte? ¿No viste acaso un cuerpo que podría haber sido el de cualquier otra mujer bonita que alguien hubiera puesto allí?

—Usted vio apenas una sombra en la habitación, señor Tanner—acotó el diputado con la expresión de quien se cree muy ingenioso.

La falsa Sandra sonrió. Dijo:

—Los hombres se creen tan poderosos que hablan de la Sombra, el asesino legendario, sin sospechar que pudiera tratarse de una mujer. Aunque «sombra» sea una palabra de género femenino, nunca se les pasa por la cabeza. —Ella se alejó de Tanner y volvió a pararse cerca del diputado—. Pero son débiles ante la belleza. Por eso se enamoran de una mujer a la que en realidad conocen muy poco. Por eso se dejan encandilar por las curvas sinuosas y las palabras de amor, que los hacen sentir muy machos.

—¿Por qué me hiciste esto? —balbuceó Tanner.

—Ah, sí, nos estábamos olvidando—dijo Aldridge—. Ya que se dignó a hablar, permita que le cuente. ¿Usted recuerda al niño que mató durante aquel trabajo del poli corrupto?

—Lo recuerdo.

—Ese chico era mi nieto, y el poli al que usted perseguía era el marido de mi hija. Claro que esto no se difundió. Lo cierto es que yo sabía que mi yerno había traicionado a un narcotraficante, a quien yo por supuesto conocía. Acepté que él debía ser eliminado, así es nuestro negocio. Pero matar al niño no estaba en los planes. —El diputado se puso serio: en el rostro le palpitaba el rencor—. Ese fue un terrible error cometido por usted, y por ese error lo estoy haciendo pagar. Por ese error removí cielo y tierra para contratar a la Sombra. Y cuando descubrí que el mejor asesino del mundo era una mujer, se me ocurrió un plan maravilloso.

—No me quite mérito—dijo la Sombra—. Yo aporté varias ideas. Como la de hacer saber a Brooks que yo estaba en la ciudad. Brooks, tarde o temprano, se lo diría a Tanner, y a la tristeza se le agregaría el terror de saber que el mejor asesino del mundo quizá lo estaba persiguiendo.

—Es cierto, querida. Y fuiste, y seguirás siendo bien recompensada por tu trabajo, y por mostrar la cara. Sé que no es tu hábito, pero el dolor del asesino de niños aquí presente, el señor Thomas Tanner, no hubiese sido completo de

no comprobar con sus propios ojos el grado de humillación al que ha sido sometido, la magnitud del engaño en el que cayó. Todo fue una mentira, Tanner: se enamoró de una actriz.

Tanner agachó la cabeza.

—Usted está acabado, Tanner—volvió a decir Aldridge y sacó una navaja de su bolsillo—. Le concederé el bálsamo de morir, pero su muerte no será rápida.

Tanner le dio un codazo al Enterrador, le quitó el arma y le disparó en el estómago. Este cayó al suelo, gritando de agonía.

Ahora, él les apuntaba a la Sombra y a Aldridge.

—¿Cómo demonios...?—comenzó a decir el diputado.

—Cállese—dijo Tanner con voz firme y lúcida—. Me toca hablar a mí.

La Sombra y Aldridge mantenían las manos levantadas y una expresión de horrorizada sorpresa. Tanner habló:

—El plan fue excelente, debo aceptarlo. Y al principio funcionó. Pero me subestimaron: quisieron pasarse de listos forzando encuentros con Sandra posteriores a su falsa muerte, tratando de atormentarme haciéndome creer que me visitaban espectros o padecía alucinaciones. Y yo sé que soy muchas cosas, pero no un loco. Aunque reconozco que por un momento me hicieron dudar. Y también se equivocaron con esa «brillante» idea de difundir que la Sombra estaba en Londres. Eso llevó a Brooks a mencionarme el nombre de Aldridge. Y peor que eso fue llamar a Brooks, señor Aldridge. Usted subestimó sus medios y su coraje: él lo investigó, y me informó de la relación de aquel policía con el niño y con usted. Y las cosas comenzaron a ordenarse. No conocía los detalles del plan, pero imaginé que se trataba de una venganza.

—¿Y cómo es que no está borracho? —preguntó Aldridge—. Lo vimos beber muchísimo.

—Existe un invento muy sofisticado, quizá usted lo conoce. Se llama «cerveza sin alcohol». Reconozco que, además de sofisticado, es un invento infame, pero en esta ocasión me resultó muy útil.

—Te vigilamos durante algunas noches —dijo la Sombra— y yo misma te vi tomar *whisky* y cervezas comunes.

—Claro que sí. —Tanner sonrió—. Siempre tomaba lo justo para oler a alcohol, y al mismo tiempo no emborracharme. Pero tú, estimada Sombra, también viste lo que querías ver. Y toda esa pantomima de alcohólico depresivo fue para conducirme a este exacto momento, en que ustedes se acercarían a mí.

—Porque usted, por supuesto, no podía acercarse a nosotros—dijo Aldridge.

Tanner asintió.

—Fueron meses de actuar y hacer saber a todos de mi decadencia. Tuve la invaluable ayuda de un difusor como Brooks, en contacto con el noventa por ciento de los criminales de Londres. Así logré que ustedes, mis perseguidores, se revelaran y se presenten ante mí confiados, dándome ya por muerto. Y aquí están los dos, ahora, a mi merced. Por no mencionar a mi viejo amigo el Enterrador, actualmente retorciéndose en el suelo y a punto de cambiar su apodo por el de «el Enterrado».

Aldridge apretó los dientes y llevó la mano al interior de su saco:

—Hijo de...

Tanner disparó. Sin llegar siquiera a coger su arma, el diputado cayó al suelo.

Indiferente, la Sombra contempló aquel cuerpo delgado y canoso que ya no se movería nunca más.

Después miró justo a los ojos de Tanner:

—De profesional a profesional—le dijo—, te pido que me dejes ir. Yo

cumplía con mi trabajo, igual que tú cumpliste con el tuyo durante el asunto del policía, y durante tantos otros.

Tanner la apuntaba en silencio.

—Además—volvió a decir ella—, la pasé bien contigo. No todo fue una simulación...

Tanner contempló el rostro de Sandra. Contempló esa boca de la que se había enamorado. Contempló esos ojos que iluminaron el sueño de una vida diferente.

Y Sandra parecía adivinar sus vacilaciones.

—Amor—le dijo—, podríamos dejar esta vida, escaparnos juntos. Tenemos dinero y...

El estruendo retumbó en el exiguo cuarto. Las palabras de la Sombra se detuvieron en un gemido sordo y se ahogaron en un gorgoteo de sangre. Ella cayó de espaldas, la carótida escupiendo densos chorros negruzcos. Por puro instinto, intentaba llevarse las manos al cuello, como si aquello bastara para impedir el incesante flujo.

—Lo siento, linda —dijo Tanner—. Yo no estoy hecho para eso, y estoy seguro de que tú tampoco.

La vio desangrarse hasta el final.

Antes de salir del cuarto se volvió hacia el Enterrador. Seguía vivo, aunque no en muy buen estado. Le dijo:

—Somos profesionales, es verdad. —Tanner pateó el móvil de la Sombra, que había quedado en el suelo, hacia donde el Enterrador estaba—. Si tienes fuerzas, llama a un médico. Nada personal: hice lo que debía hacer, igual que tú lo hiciste antes.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, acostado y sangrando, el Enterrador recogió el móvil y apretó un botón. Sin duda, el marcado rápido a Emergencias.

Tanner salió.

Una vez afuera, limpió las huellas del arma y la arrojó lejos de allí.

No había nadie. En efecto, sus enemigos se confiaron, y les interesaba que la aniquilación de Tanner fuese lo más «privada» posible. Otro error.

En el silencio de la noche, se sentía bien. Lo aliviaba haber terminado con ese desagradable asunto. Ya no debía ejecutar su pantomima de hombre derrumbado y el mundo del crimen sabría de su regreso. Ahora Thomas Tanner podía recuperar su vida.

Era una vida con dificultades, igual que todas las demás. Era la vida que le había tocado.

Epílogo

Unos meses después, Tanner oyó el sonido del timbre.

Abrió la puerta, y lo que vio lo hizo sonreír:

—¿Cómo estás, viejo amigo? Pasa, pasa.

Cullen entró.

—¿Cómo debería llamarte esta vez? —le preguntó Tanner mientras servía cerveza para los dos.

—Ahora vivo en Manchester, y me dicen Roy. Pero tú puedes seguir llamándome Richard.

Brindaron.

—Veo que no necesitas disfraz —dijo Tanner.

—Ya no uso más disfraces. ¿Sabes una cosa? Fallar en la eliminación de Farrel fue una bendición. Nunca me hubiesen dejado fingir mi muerte y retirarme de no haber sido por eso. Ahora tengo una jubilación de lujo.

—¿Y cómo va tu vida? ¿Te convertiste en un tipo más divertido?

—Eso depende de cómo lo juzgue cada quien.

—¿Qué quieres decir?

—¿Casarse es divertido?

—¿Te casaste? —Tanner sonrió, alzó su vaso y brindó con el aire—. Te felicito. Quién iba a decir que hasta un canalla como tú podía hacer eso.

—A veces el mundo puede ser generoso.

Tanner asintió. Cullen volvió a hablar:

—¿Y tú, Thomas? ¿Qué cuentas?

—Ya sabes: bares, mujeres, trabajos menores. No quiero complicarme la vida.

—Te entiendo.—Cullen tragó su cerveza como todo un experto: Tanner comprendió que su amigo en verdad había cambiado su modo de vivir—. Debes venir a visitarnos. Darla conoce mi pasado en el MI6, aunque le conté lo justo y necesario. Le diremos que tú eres otro exagente, y no mencionaremos tu trabajo posterior.

—Cierto—dijo Tanner—. Matar gente no está tan mal visto, siempre que uno lo haga para el Estado.

Cullen sonrió, y esta vez fue él quien alzó la copa:

—Brindo por el Estado y sus jubilaciones.

—Podría visitarte en un par de semanas, Richard, el sábado o el domingo. ¿Te parece?

Cullen asintió. Tanner dijo:

—Quizá vaya acompañado de una chica.

—Me alegro de oír eso. Si planeas pedirle que te acompañe, supongo que el asunto va en serio. ¿Cómo se llama?

—Se llama Ginger. Por ahora no dio muestras de haber sido enviada para destruirme. Con eso me conformo.

Cuando Cullen se fue, Tanner meditó sobre si pedirle o no a Ginger que lo acompañase en su próxima visita.

Refrescó sus pensamientos con la última cerveza que le quedaba en la nevera. Y al final decidió que sí, que era momento de llevar la relación a un plano más serio. Momento de arriesgarse en busca de su propio bien, y no para un cliente.

Momento de dejar atrás los malos recuerdos y borrar de una buena vez la persistente sombra de Sandra.

Notas del autor

Espero que hayas disfrutado leyendo este libro tanto como yo disfruté escribiéndolo. Estaría muy agradecido si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia. Para dejar un comentario en Amazon, por favor haz clic [AQUÍ](#)

Suscríbete a mi lista de correo para mantenerte informado sobre mis novedades y futuras publicaciones. Para suscribirte haz clic [AQUI](#)

Conéctate con Raúl Garbantes

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto conmigo por favor encuéntrame en:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

Mis mejores deseos,

Raúl Garbantes

Autor

<https://amazon.com/author/raulgarbantes>

Otras obras del autor

Goya: Tres casos de suspenso e intriga

La Caída de una Diva (Serie de los detectives Goya y Castillo nº 1)

Fuego Cruzado (Serie de los detectives Goya y Castillo nº 2)

Noche Criminal

Suicidas del Aspa

Conspiración Marcial (Nathan Jericho investigador privado nº 1)

Cacería Implacable (Nathan Jericho investigador privado nº 2)

Legado Corrupto (Nathan Jericho investigador privado nº 3)

La Última Bala:

El Silencio de Lucía:

El Palacio de la Inocencia

Resplandor en el Bosque

Pesadilla en el Hospital General

Mirada Obsesiva

El Asesino del Lago: El caso de Blue Lake (parte 1)

El Misterio del Lago: El caso de Blue Lake (parte 2)

Los Secretos de Blue Lake: dos novelas de asesinos seriales, misterio y suspense

Investigador Privado Nathan Jericho: Tres libros de suspenso, intriga y conspiraciones

Colección Completa de Misterio y Suspense (6 novelas)

Colección Dorada de Misterio y Suspense (10 novelas)